

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

FRÍO
SERGIO PARRA



Imagen de la portada: “Frío” obra de la Serie “Mi Obra III” de MEFISTO

Digitalizado por *Revista Literaria Katharsis*

[http:// www.revistakatharsis.com/](http://www.revistakatharsis.com/)

El amor es una mascota. Hecha con el ADN de tu ser querido.

El instante Aleph, Greg Egan

1

La mayoría de gente ignora lo que es un *Drum*. La justificación más obvia a semejante desconocimiento estriba en que la mayoría de gente no está diplomada en enfermería. La verdadera razón, menos evidente, es que un *Drum* no es algo que se publicite en exceso, y por lo tanto nunca ha quedado incrustado en el acervo popular. Yo seduje a mi marido con un *Drum*. Se infiere, pues, que soy diplomada en enfermería. Sin embargo, puedo asegurar que soy la única enfermera que se ha casado gracias a ese ominoso artefacto.

Dicen que las mujeres somos más propensas a recordar detalles insignificantes, sobretodo si éstos están relacionados con nuestra primera cita, nuestra boda o nuestro cumpleaños. Pero el día que conocí a Fred Berg mis sentidos se hallaban concentrados en utilizar un *Drum* con él, así que he olvidado detalles como el fármaco que le suministré en la vena cava superior, justo en la entrada de su corazón, la causa de su ingreso (sólo recuerdo que se encontraba en España por motivos profesionales y que había sufrido una aparatosa caída) o incluso si me enamoré de él justo en aquel instante o fue un proceso gradual. Lo único que recuerdo con claridad es que su rostro me llamó la atención. No era guapo, poseía un atractivo tímido que pasaba desapercibido si no se exponía a la luz del escrutinio, bien que sus ojos azules, cristalinos, oriundos de Islandia resultaban tan cautivadores, tan expresivos en comparación con la neutralidad de unas facciones que se acogían al arte del simulacro y del disfraz, que a través del *Drum*, además de administrarle el fármaco prescrito por el médico, me cuidé de añadir unas gotas de mi perfume, de mi esencia, a fin de penetrar en su gélido corazón. Sólo entonces conseguiría que sus ojos traslúcidos mudaran en transparentes, como dos ventanas que me permitirían ver a los actores entre bambalinas, preparando sus papeles para salir a escena. ¿Tal vez le impuse que me quisiera? Lo ignoro, los actores no me revelaban lo contrario ni siquiera refugiados en su intimidad; tal vez sus ojos no eran tan transparentes como me figuraba.

El *Drum* parece una caña de pescar corta, dispone de un tambor y un carrete, y de una proyección acanalada. Preparé la zona de punción con alcohol isopropílico, empezando por el punto previsto de inserción, varios centímetros por debajo de la fosa antecubital, dado que el catéter es más fácil de fijar y el paciente se encontrará más cómodo si se preserva el pliegue del codo, desplazándolo hacia fuera en círculos concéntricos. Sus cejas apenas eran visibles. Luego, siguiendo la misma

técnica, desinfecté con povidona yodada. Nariz aguileña, pómulos hundidos, una mandíbula muy marcada que sorteaba por poco el prognatismo. Al retirar un anillo de plástico, la tapa acanalada se abría en dos aletas de ensamblaje como se despliegan los pétalos de una flor, pero con una violencia intimidatoria. Entonces emergía la amenazante aguja, de cinco centímetros de largo y dos milímetros de diámetro. Su cabeza rasurada era rubia, casi blanca. No pareció alarmarse ante la visión de la aguja, permanecía imperturbable, con aquella mirada fría posada en mis tejemanejes. Una vez llevé a cabo la venopuntura en el lugar más propicio de aquel relieve de venas, comencé a introducir el catéter mediante la rotación del tambor en el sentido de las agujas del reloj. En verdad parecía que estaba pescando, tratando de que algún sentimiento huérfano de aquel hombre picara mi anzuelo. Tras comprobar que no se interponía ninguna resistencia, le pedí que girase la cabeza hacia el brazo de la punción. Cada vuelta completa hacía avanzar el catéter unos trece centímetros por el interior de la vena. Su cuerpo estaba bien proporcionado, era alto, fuerte, de hechuras de atleta, aunque su única relación con el atletismo se limitaba a las retransmisiones deportivas de la televisión. Una vez efectuadas tres vueltas, le alcé el brazo para que formase un ángulo recto con el cuerpo. Esta maniobra, junto con la del giro de cabeza, evitaba que el catéter se dirigiese a la yugular. Por unos instantes sentí la tenue emanación de su piel, blanca como la nieve, nada que ver, por cierto, con la irradiación de rescoldo de otros pacientes. ¿Los nórdicos habitaban cuerpos más atemperados? Al fin llegué a la vena cava superior, justo en la entrada de su corazón. Retiré la aguja y luego el filamento de hierro que proporcionaba consistencia al catéter, y éste permaneció en el interior de su cuerpo, como un túnel que conectara su corazón con el exterior a través de aquel orificio del brazo. El extremo que asomaba lo conecté al equipo de administración cebado y su corazón comenzó entonces a sentir lo que yo deseaba que sintiese. De esta forma tan artificiosa, tan impuesta, ahora me doy cuenta, había capturado a mi marido.

2

A las seis y media de la mañana sonó el despertador, que apagué de un manotazo desabrido. Al menos ya es viernes, pensé. Sin concederme ni un segundo, salté de la cama y me dirigí, sonámbula, al cuarto de baño. Después de años madrugando, primero en el instituto, luego en la universidad (y más todavía cuando debía repasar para algún examen) y por último para acudir a mi hospital, había tenido tiempo más que suficiente para evaluar las distintas reacciones de mi cuerpo al levantarme capeando el sueño, y la conclusión a la que había llegado tras un prolongado proceso de prueba y error es que debía superar el tránsito de la modorra a la vigilia lo más rápido posible. Si, como mucha gente hace, me concedía cinco o diez minutos extra, incluso adelantando la hora de la alarma a fin de merecérmelos sin el acoso de los remordimientos, lo único que conseguía era revivir dos y tres veces el terrible trance de sentirme una proscrita del paraíso. Sé de quienes, valiéndose de la tecnología puntera de los relojes despertadores, adelantan la hora hasta cuarenta minutos y encadenan cuatro despertares, cuatro <<mamá, un poquito más>>, para regodearse en las sábanas, rehuyendo la árida obligación de luchar contra las legañas, que es similar a enfrentarse a un estómago hambriento, una boca sedienta o, imagino, un pene erecto. Yo era incapaz de hacer tal cosa, para mí el primer despertar era tan traumático como el segundo, el tercero o el cuarto, máxime si éstos tenían lugar la misma mañana. Tiemblo al imaginarme madrugando veinte veces a la semana en vez de las cinco pertinentes. Otra artimaña muy recurrida, sólo apta para voluntades férreas o espíritus temerarios, consiste en detener el estridente pitido pulsátil y dejarse arropar de nuevo por las sábanas sin la amenaza de un próximo despertar. El quid de la maniobra residía en abrir los ojos (<<de acuerdo, ya estoy despierto y no volveré a dormirme, lo juro>>) y mantenerlos así todo el tiempo. De este modo se podía disfrutar un momento más de la calidez de la cama sin ninguna perturbación futura, sin embargo yo evitaba esta modalidad de duermevela porque desconfiaba demasiado de mi fuerza de voluntad, y cada mañana se me revelaría como un arriesgado juego a la ruleta rusa; con cuatro balas en el tambor. Por último, llegué a experimentar también una variedad de esta última maniobra, eficaz sólo en época invernal, que consistía en destaparse, quedando a merced del frío matutino. Un frío que te obligaba a cruzar el umbral de la vigilia una y otra vez sin dormirte nunca del todo. Salvo sentirme como un escalador al que le ha sorprendido una tormenta de nieve en plena noche, lo único que conseguía

con esta treta masoquista era volver a caer en el pecado y despertarme mucho más tarde con los músculos entumecidos; amén de que llegaba tarde de todos modos.

Intercambiando algunos factores, modificando otros y añadiendo unos pocos de mi propia cosecha descubrí al fin la forma más llevadera de madrugar: el despertador no debía emitir ni pitidos ni zumbidos ni ninguna otra enervante escandalera capaz de provocarme taquicardias, sino sintonizar con una emisora de radio escogida al azar. De esta manera, cada mañana era diferente: me despertaba una voz masculina o una femenina, una canción animada o una melancólica, un boletín informativo o los últimos coletazos de un contestatario magazine conducido por una tal Elvira Rodríguez. Entonces, en cuanto emergía del sueño, no daba tiempo a mi cuerpo para protestar porque de un salto espasmódico, como impulsada por un muelle ajeno a mi cansancio y pereza, franqueaba la puerta del baño y me sumergía en la ducha. La travesía hasta espabilarme se tornaba tan efímera que enseguida olvidaba los placeres soñolientos de la cama, con la ventaja de que en vez de eludir mis obligaciones las acometía con brío, con el entusiasmo aventurero que me embargaba de pequeña cuando mis padres me levantaban un domingo de madrugada para acudir a un parque de atracciones, al zoológico o a un pícnic en el campo.

Sí, admito que parezco rebuscada, y además soy propensa a caer en la fabulación, pero no recuerdo si he mencionado que soy una escritora frustrada. Las circunstancias me llevaron a diplomarme en enfermería: las amistades, mis calificaciones en ciencias, una serie de televisión ambientada en un hospital, mis padres... todos se cuidaron de reconducirme hacia esta disciplina, a la que adoro, por supuesto, pero que me arrebató el tiempo necesario para desarrollar mi verdadera vocación. Así es la vida, supongo; somos lo que nos obligan a ser, nuestra voluntad sólo puede asistir impotente y atónita a tamaña manipulación, y rebelarse requiere de un coraje y una tenacidad de la que carezco. No obstante, en cuanto tengo la oportunidad, me embadurno de la mejor literatura, como hacía cada noche con la leche hidratante antes de acostarme, y como si ésta tuviese la propiedad de hacerme levitar, emprendía viajes a mundos lejanos, me transformaba en mujeres enamoradas, en reos condenados a muerte, en millonarios con proyectos megalómanos, en ciegos en busca del sentido de su vida, en ladrones, en cantantes de éxito mundial, en extraterrestres bulbosos de inteligencia suprahumana que recorrían los cometas del espacio profundo. Me embadurnaba, en definitiva, de una manera peculiar de ver el mundo, hidratándome con el lirismo de los grandes

narradores, con las metáforas, los retruécanos y demás figuras estilísticas que empleaban los maestros. Tal vez, cuando me jubile y el tiempo se me antoje una mercancía excedente, me enfrente a un folio en blanco. Inspiración no me faltaba, lo que echaba de menos era el momento adecuado, una suerte de recinto cercado que me nimbara y en cuyas fronteras se prohibiese el paso a las obligaciones diarias, a la velocidad, a las preocupaciones mundanas, al estrés y demás desórdenes incompatibles con la creatividad de un artista. Sé de escritores que han forjado sus mejores obras en concurridas cafeterías, rodeados de parroquianos vocingleros, continuamente afligidos por las tribulaciones sentimentales, la escasez económica y la opresión social. Pero yo no sería capaz ni de juntar unas letras bajo circunstancias tan adversas. Quizá no sea más que una excusa esgrimida por la pereza pero mi creatividad necesita de un ambiente sosegado, bucólico si me apuran, pero ante todo solitario y asceta, para desarrollarse libre y sin trabas. Además de mi trabajo en el hospital y las tareas domésticas compartidas con mi marido, Elisabeth era mi otra gran preocupación en aquel tiempo. El arte podía esperar, Eli, no. Los niños crecen muy deprisa y sabía que esos años con ella no se iban a repetir, así que me sentía casi en la obligación de exprimirlos al máximo, posponiendo para ello mi retiro espiritual.

Después de vestirme y recogerme el cabello en una cola, me dirigí a la habitación de Eli y la desperté con un beso en la frente, como cada mañana desde hacía seis años. Abrió sus ojillos azules y me miró confundida, aún regresando del universo onírico (la dificultad para madrugar debía de ser una afección congénita). Acto seguido me sonrió. Era una niña adorable con los ojos de Fred y mi mejor sonrisa. Creo que aquella suerte de mestizaje fisonómico en el que se aunaba mirada nórdica y ademán español inspiraba sosiego y agitación, hielo y fuego, a partes iguales, en un justo equilibrio que resultaba cautivador en cualquier rostro.

Cada vez que entraba en el habitación de Eli y me inundaba aquel perfume, mezcla de la colonia de los *Teletubbies*, la goma de borrar, el plástico de sus juguetes, los plastidecor y los dacs, la rosa de papel de seda que hizo en clase de manualidades y las sábanas festoneadas de rosa impregnadas de su olor corporal me retrotraía a mi infancia, a mis lecturas juveniles, y las imágenes que evocaba incrementaban la magia y color en aquella atmósfera alejada de la realidad azarosa de los adultos. En la habitación de Eli me sentía como aislada por un foco de luz en un escenario sumido en las tinieblas, en el que interpretaba una obra de enfáticos valores morales y sencillez en el discurso protagonizada por animales parlanchines.

Un refugio arcádico en el que me gustaba internarme de vez en cuando. Creo que en aquel ambiente de dibujos animados también sería capaz de liberar a la escritora que anida en mi interior. Tal vez podría narrar las aventuras de alguna princesa atrapada en el torreón de un castillo o de un niño que encuentra un casco, perteneciente a los gnomos, cuya estrafalaria utilidad consiste en establecer comunicación telepática con los caracoles, seres que simulan ser lentos y apáticos bien que en realidad poseen una vasta sabiduría que emplean para controlar el ecosistema de los bosques encantados.

<<Los caracoles son babosos, son hermafroditas, no poseen percepción extrasensorial y, además, están deliciosos a la cazuela>> me decía una voz procedente del mundo adulto y desencantado, mecánico, matemático, al abandonar aquel refugio de elfos, náyades, el mago de Oz, la pantera rosa y demás criaturas de ensueño.

Bajamos a la cocina y Eli se sentó frente a su padre mientras yo le preparaba el desayuno.

-Buenos días, papá –dijo ella con la voz somnolienta.

-Hola, cariño –decía él con el mismo acento. Sin embargo, Fred hacía mucho que se había levantado, así que su somnolencia parecía crónica, inherente a su personalidad; una somnolencia que nunca se manifestó con tanta intensidad como a los pocos meses de contraer matrimonio conmigo. ¿Me habría casado con él de haberlo conocido tan bien como ahora lo conozco? Es una pregunta que cada vez me formulo con más asiduidad, aumentando la incertidumbre acerca de la vida que he decidido vivir, retroalimentando la misma pregunta. <<Pero tienes un marido, una hija, un hogar>>, me exhortaba moralmente mi voz interior, <<es un poco tarde para retroceder o arrepentirse de nada>>. Además, la culpa podría ser mía: o lo que ahora percibía siempre había estado allí y no me detuve lo suficiente para reparar en ello o no existía ningún problema, el problema era yo misma, yo y mi cabeza dispuesta a desbaratar una familia feliz. Feliz y tranquila. Sobretudo tranquila. No existía ningún conflicto ni creo que se produjese nunca, pero yo me empeñaba en ver un conflicto en la ausencia del mismo. Soy retorcida, lo sé. Será consecuencia de mi espíritu creativo que, sabiéndose confinado hasta mi jubilación, necesitaba desahogarse creando fantasmas donde no los había.

Serví un cuenco de cereales a Eli mientras Fred continuaba enfrascado en su desayuno. Siempre que me despertaba, o más bien salía despedida de la cama, él ya estaba duchado, vestido y con su desayuno preparado, sin ningún rastro de legañas

ni de cansancio, salvo los connaturales a su forma de ser. Siempre se acostaba más tarde que yo y se levantaba antes. Envidiaba su forma de dormir, obviamente más eficaz que la mía, máxime si él no requería de ninguna ayuda acústica para desperezarse (ni de una maniobra casi espasmódica, propia de payasos saltando de cajas sorpresa, como era mi caso). Tal vez, me abandonaba a especular, su sueño era más descansado que el mío porque él no viajaba a lugares inhóspitos durante la noche. Si su sueño era tan pasivo como su vigilia, ni siquiera debía de abandonar nuestro dormitorio: permanecería allí tumbado, junto a su cuerpo físico, como si fuese una imagen especular de sí mismo. Dormía por partida doble, era lógico que no necesitara más horas de sueño ni que éstas se le acumulasen a lo largo de la semana, incrementando día a día las ojeras.

Tal vez Fred no soñase. Pero eso era imposible. Una vez leí que todo el mundo sueña, aunque luego no lo recuerde; es un modo de mantener en forma el cerebro.

Encendí el gas, puse a calentar la leche y me unté de margarina una tostada mientras contemplaba la pulcritud con la que se desenvolvía mi marido. Su rutina diaria ya resultaba metódica y su aspecto, impoluto: camisa limpia cada mañana, los faldones jamás desembozados, ni siquiera cuando estaba en casa, corbata anudada y apretada bajo su nuez, pantalones planchados, calcetines a juego, mocasines con herrajes dorados en el empeine, cabello ordenado. Pero en su manera de comer, maquinal, con la medida y distancia de un maniático de la limpieza, dejaba paladina constancia de su desvinculación con el medio: desmenuzaba un bollo con todos los dedos y éstos se movían con la exactitud de una de aquellas pinzas que se empleaban en las operaciones quirúrgicas que había presenciado en el hospital, examinando y sopesando cada porción antes de llevársela a la boca. Luego limpiaba los instrumentos empleados en forma de falanges con una servilleta y comprobaba un par de veces que no hubiesen quedado migas en la comisura de sus labios, en la camisa, en la corbata y en los pliegues de los pantalones. Por último, como si aquellos restos orgánicos no fueran con él, como si alimentarse hubiera sido un penoso pero necesario trámite para sobrevivir, cerraba la bolsa de los bollos y retiraba el plato fuera de su delimitado espacio para desayunar. Sin más que hacer hasta que el reloj le indicara que era la hora de marcharse a trabajar, dejaba la cabeza vencida a un lado, la mirada inerte y, en general, suspendía cualquier movimiento de su cuerpo, cual estatua de hielo. Me imaginaba su corazón deteniéndose, sus pulmones dejando de hincharse. Sólo su estómago, presumo, se encontraría digiriendo las calculadas porciones de bollo de aquella mañana mientras

sus dedos, aquellos apéndices precisos, se dedicaban a plegar la servilleta, repasando cada dobléz, hasta que conseguía un triángulo perfecto e impecable, tal y como originariamente fue expuesto en su caja en la sección de menaje de algún centro comercial.

-Hoy tengo turno en la unidad de corta estancia –comenté a Fred cuando me hube sentado con ellos. En realidad, él no me escuchaba, nunca lo hacía, pero en los desayunos el silencio se me hacía incómodo: tuve que padecerlos con mis padres durante años, un matrimonio que sólo parecía funcionar en la cama y frente a la familia. En parte, también me consternaba el hecho de que mi matrimonio hubiese terminado de la misma manera. Sin embargo, ese sentimiento quedaba difuminado por el firme propósito de evitar que Eli creciese pensando que sus padres no se querían, eximiéndome de ese modo del autoengaño: el autoengaño se transformaba entonces en un engaño más admisible: no soterraba el silencio por mí sino por mi hija.

-Muy bien –contestó él sin apenas mover un músculo. Su voz tenía la propiedad ubicua de cubrir todo el ámbito de la cocina como si surgiese de un magnetofón resonando en una caverna. Y se atrincheró de nuevo en un silencio lúgubre y sin fisuras.

Fred trabajaba como técnico informático para una multinacional, pero no conozco demasiados detalles de su empleo. Una noche, cenando, recuerdo que le recriminé su mutismo, ya que nunca me explicaba cómo le había ido el día, ni tampoco preguntaba por el mío.

-Pues comencé mi intervención a las diez horas –empezó aquella vez, atropellándose, como si me explicara algo que desconocía por completo-, al presentarme para recoger el material que iba a utilizar en la reparación, y al ser acompañado, claro está, por un empleado con las llaves del equipo que iba a ser reparado. A las diez y media procedí a llamar al técnico de hardware para informarle de la hora de inicio de la intervención. El técnico de soporte corroboró el trabajo a realizar y que constaba en el parte de intervención, o sea, cambiar los contenedores, que se llaman hoppers, de las monedas. En esta primera conversación con el técnico de hardware le hice constar que la mecánica de todo el sistema tenía una apariencia bastante abandonada, porque ya ves, faltaban tornillos en algunos de los soportes, había suciedad en la tronera, en el tobogán, vamos, en todos los sitios y lugares. También vi roturas en el metacrilato embellecedor de las partes electrónicas y un apreciable mal estado de los contenedores. Además, advertí

también que los conductores eléctricos habían perdido el afianzamiento a la estructura y estaban sueltos. Luego observé que las piezas de repuesto no eran nuevas. A las once de la mañana procedí al desmontaje de los contenedores averiados y constaté que el contenedor superior sólo tenía un tornillo, y debería tener dos, en la parte trasera en su unión a la estructura general del soporte de los contenedores y que atraviesa una parte de plástico, no sé si metacrilato, de color blanco, ya ves qué faena. Además, este único tornillo estaba siendo utilizado como pasante sin tuerca alguna, tal y como te lo cuento. El contenedor de la parte inferior disponía de tres de los cuatro tornillos pero no estaban debidamente apretados, ya que estaban llenos de óxido que había corroído la rosca del vástago. Di constancia de la dificultad de acceder a los diferentes tornillos por el evidente mal diseño respecto al mantenimiento *in situ* del conjunto de contenedores. Las herramientas usuales de un técnico en informática y electrónica no son suficientes, ya que eran necesarios útiles de tipo mecánico, como llaves fijas, llaves de tubo, llaves Allen, destornilladores de pala ancha y vástago muy corto, etcétera. Deduje que en el momento del montaje de las distintas partes de esa máquina se debió acceder por otro sitio que no es la puerta delantera. Como dato aclaratorio, uno de los tornillos en su parte inferior coincidía con una barra de refuerzo, lo que aún me dificultaba más su desmontaje. Aprecié la falta de arandelas de tipo estriado o de tipo flotante para conseguir que en el movimiento del motor al paso de las monedas no se aflojasen las tuercas. De todo esto informé al técnico de hardware, te lo aseguro. A las doce terminé el cambio de los contenedores. Puesto en contacto con el técnico de soporte le doy el OK del desmontaje y montaje, advirtiéndole de nuevo de la falta de tornillos traseros del contenedor de monedas. Este señor opinó que no creía que aquél fuera el motivo de la avería. Luego, el empleado de la empresa propietaria comenzó a hacer unas pruebas y observó que había errores en la salida de monedas, y sin embargo no se reflejaba ningún error en la ventanilla del usuario. Mirando por la tronera en su parte final comprobé que había una especie de tela amarilla adherida intencionadamente pero raída por el uso para impedir el paso de la susodicha moneda. Esta tela, especie de guata, daba la impresión de llevar ahí mucho tiempo, y debido al paso de las monedas se había despegado de las puntas superiores, lo que provocaba a veces que las monedas quedaran detenidas. Luego, mira tú por donde, encontré restos de papel de embalaje que se utiliza para los cartuchos de monedas. Ese señor no tenía razón, ya lo ves y lo observas.

Después de aquella esperpéntica experiencia teñida de acento islandés, idéntica a la que él sufriría si me preguntase qué había hecho en el hospital y yo le contestase como sigue: <<pues mira, cariño, a las nueve cero cero he empleado un esfigmomanómetro con un paciente, que como sabrás consta de un brazalete hinchable, un fonendoscopio y una perilla de goma conectada por un tubo a un medidor de presión, y para ello he ajustado el brazalete en el brazo del paciente y lo he hinchado con la perilla para comprimir la arteria humeral>>. Después de aquello, digo, aprendí a no recriminarle más su mutismo: prefería que estuviese callado.

-Ya he terminado, mamá.

Emergí bruscamente de mi ensimismamiento: quizá por imitación y también me había acostumbrado a desayunar con la cabeza derribada y la mirada perdida en un punto indefinido, como si echase un sueño breve, un <<cinco minutos más, mamá>>, con los ojos abiertos.

Me encargaba de llevar a Eli al colegio y él de recogerla, así que ambas le dimos un beso de despedida y nos marchamos, dejándole allí en silencio, como a él le gustaba.

El colegio de Eli quedaba a pocos minutos de nuestra casa, por ello siempre permito que se siente delante, a mi lado como <<una niña mayor>>. En el corto trayecto, mientras me explicaba lo que quería para su cumpleaños (superada ya la época de peluches y muñecas, se avecinaban tiempos de videojuegos, DVD's de dibujos animados y deportivas de marca) toqueteaba la radio, adornando sus pedidos con canciones, boletines informativos, más canciones y... las señales horarias de las ocho. Llegábamos tarde. Eli se agarró al cinturón al sentir como el coche se encabritaba, acelerando.

-Corre, corre, mamá –decía ella con los ojos muy abiertos, contemplando como adelantábamos a otros vehículos.

Le sonreí, por un momento me sentí como una fugitiva huyendo de la policía. Las balas silbaban a nuestro alrededor, una hacía estallar la luna trasera; los neumáticos chirriaban en las curvas, poniendo a prueba los amortiguadores de mi todoterreno robado a punta de pistola. Era como en aquella película, <<Un mundo perfecto>>, en la que Kevin Costner huía de la justicia junto a un niño pequeño que se convertiría en su mejor compinche.

-Es tarde, es tarde –repetía Eli frenética, contaminada por la adrenalínica persecución, mientras se golpeaba con un dedo la esfera de su reloj del pato Donald.

Al llegar me detuve frente a la entrada, obstaculizando la calle, y un coche que nos seguía comenzó a apremiarnos con bocinazos cortos pero insistentes. Así que, después de besarla y comprobar que entraba al edificio, partí a toda prisa, lanzando una mirada de soslayo al otro conductor. Cuando metí la tercera y enfilé hacia el hospital, puse una cinta de música animada en el radiocasete: la necesitaba para espantar la tristeza y la melancolía, y también para amonestar a la desgana con la que emprendía aquel último día laboral. <<Ya es viernes, último día; y te espera un fin de semana en la montaña rusa>>, pensé con cinismo; una montaña rusa averiada en un día lluvioso, con mi marido encerrada en casa contemplando el lento transcurrir de las horas. Gracias a Eli resultaba más soportable. Sin duda, el suicidio emocional más eficaz aquella mañana hubiese sido sintonizar una melodía romántica en vez de aquel jubiloso *soul*.

Me imaginaba en lo alto de una colina extasiada por el paisaje que se extendía bajo mis pies como una lengua de vegetación. Un río discurría por el tupido bosque de encinas, dividiéndolo en dos mitades simétricas: dos ojos verdes a cada lado de una acuosa nariz azul. En aquel idílico escenario y con ese *soul* de fondo se libraría la batalla contra las tropas de Tristeza y de Melancolía y contra el rudo general Desgana. Mi caballo no dejaba de piafar y de relinchar, mordiendo el freno, atemorizado. Sin embargo, yo continuaba escuchando aquella música que fortalecía mis ánimos, inundándome de un furor sin límites. No, nada de temas románticos. Necesitaba un ritmo acelerado y optimista para saltar de la grupa de mi caballo y, erguida frente a mis enemigos, espetarles <<¡aquí estoy yo, no me venceréis nunca!>>. Aficionada como soy a la historia y habiendo leído la *Biografía* alejandrina de Plutarco, la *Historia* de Curzio Rufo o la *Expedición de Alejandro* de Arriano me veía transformada de pronto en el invencible Alejandro Magno. Con mis rítmicos movimientos de manos la música atronaría en las alturas, aumentando así mi seguridad y derrumbando la valentía y el arrojo del general Desgana, que terminaría por espolear su caballo para huir señalado por la vergüenza de la derrota; y le seguirían las excelsas falanges de Tristeza y Melancolía.

Aquel era el inmensurable poder de una canción, capaz de intensificar o contener mis sentimientos, moldeándolos como si estuviesen formados de arcilla.

3

Después de emplear el *Drum* con Fred, me acosté con él a los pocos días. No sé cómo sucedió, los acontecimientos se precipitaron sin control. ¿Necesidad? ¿Atracción sexual por el exotismo nórdico? ¿Un efecto secundario de la típica compasión que nos inspiran a las enfermeras los hombres indefensos? Lo ignoro. Aunque fijase los ojos en la neblina de los recuerdos, no era capaz de divisar los verdaderos motivos, que de buen seguro se hallaban agazapados en algún oscuro rincón de mi cabeza. Mis sentimientos, además, suelen deambular díscolos por donde les viene en gana. Nunca he logrado condensar lo que sentía hacia algo o hacia alguien en un bellissimo haiku o en un epitafio conmovedor, ni siquiera en un anodino <<te quiero>> o cualquier otra fórmula encorsetada, porque mis exuberantes sentimientos escapan al sentido de las palabras, se cuelan por las fisuras inherentes a la lógica y al raciocinio de una herramienta para la comunicación tan tosca como es el lenguaje. De ese modo, me veía incapacitada para resolver aquel barullo emocional con una descripción, ni para mí ni para los demás. Y sin embargo, aquella sustancia etérea e ininteligible que eran mis sentimientos resultaba ser el motor que me impulsaba a enfrentarme a casi todas las decisiones importantes de mi vida.

Fred, curiosamente, salió de mi vida con la misma facilidad con la que había entrado. Unas semanas más tarde, de improviso, nos encontramos en el pasillo de mi planta. Cuando hubo reparado en mí se quedó paralizado. Luego, ante mi fruncimiento de labios, se acercó vacilante, como si avanzara a tientas por un campo sembrado de minas.

-Ah, hola. –Sus palabras surgieron espesas como el engrudo.

-¿Hola? ¿Cómo te has dignado a venir aquí? –le pregunté, indignada.

-Tenía que hacerme unas pruebas. –Hablaba sin altibajos, imitaba un soniquete de una sola nota.

-Ah, claro, las pruebas. ¿Nada más? –le interpele de nuevo con más energía.

-Espero que no sea muy desagradable mi presencia aquí.

-Al menos te has presentado, aunque sea por unas puñeteras pruebas. ¿Dónde te habías metido?

-He estado ocupado.

-Ya, ocupado –escupí por aquella desfachatez. –Podrías haberte disculpado, ¿no?

-Estuve a punto de llamarte. –Su tono era dificultoso, abriéndose paso entre las palabras como lo haría por la espesura de una selva virgen.

-Pero perdiste mi teléfono.

-No, no.

-Vaya, lástima, era una buena excusa. Entonces ¿qué haces hablando conmigo? ¿Te remuerde la conciencia?

Comprobó si disponía de algún resquicio para enfilear el pasillo y escapar de mí sin tener que apartarme a un lado. No lo había. Cabizbajo, continuó:

-Los demonios que albergo en mi seno se agitan y me piden cartas en el asunto. Sé que parece retórica pura y dura y un ampuloso juego de metáforas puras e impuras.

-¿Qué? ¿Qué dices? –Aún no me había acostumbrado al peculiar modo de expresarse de aquel islandés que exornaba su discurso hasta extremos ridículos.

-No sé si sabrás lo terrible y mordaz que es la conciencia en algunos casos. Acataré sin remisión ni vacilación la línea de acción que decidas tomar. –Parecía que hablaba con los circunloquios y la laboriosa imprecisión de alguien poco habituado a hablar en público.

-¿Cómo? A ver... ¿cómo esperas que ahora me comporte contigo? –dije intentando ordenar aquel enredo.

-Tan sólo puedo explicarme, escuchar y asentir.

-¿Y qué quieres explicarme?

-Quiero explicarte el dolor y la náusea que estoy experimentando en este momento. Creo que estoy a punto de deshacerme en sollozos y gimoteos.

-¿Por qué? –inquirí, desconfiada; y algo perdida.

-Porque me siento, como era de esperar, culpable, y si me siento culpable será por alguna razón.

-Tú sabrás.

-Sé perfectamente los días que han transcurrido desde la última vez que nos vimos y las ocasiones de hablar contigo que he frustrado. De momento, lo único que desearía y esperaría de ti sería que me permitieses la gracia de poderte dirigir la palabra alguna vez que te apetezca o te venga en gana.

-Haz lo que quieras, como has hecho hasta ahora.

-Sólo tú lo puedes decidir, y si es nunca jamás lo acataré sin remisión y lo comprenderé con sumisión.

-¿Por qué precisamente ahora? ¿Porque te has encontrado conmigo por casualidad? Y si no llegamos a encontrarnos hoy, ¿me habrías llamado entonces?

-No lo sé, no podía reunir el valor suficiente para agarrar el teléfono. Pero cada vez que te recordaba debía mirar mi imagen circunscrita en el espejo del baño y evitar la náusea. En lo que sí me gustaría hacer especial hincapié es en que no soy mala persona. Creo y quiero pensar que no soy mala persona. Y tú no eres una chica patana o chiquilicuatre de tres al cuarto y es por ello que estoy tomándome este tema con total entrega y dedicación para poder paliarlo en lo que pueda.

Me mordía el labio inferior, intentando descifrar aquella insólita forma de expresarse que, *a priori*, parecía estar revestida de ironía. Sin embargo, sus ojos límpidos contrastaban con aquellas sospechas. Sus ojos me revelaban que las palabras, aunque inseguras, eran profundamente sinceras. Debían de serlo. Creo que me convencí de ello porque lo necesitaba; porque lo difuso y original de su discurso me desarmó.

-Pero a ver... ¿qué esperas de esta *conversación*? –le pregunté.

-Espero recibir mi merecido castigo. Y si de verdad quieres atinar en mi talón de Aquiles yo te ofreceré la espada de Damocles que puedes utilizar para devolverme lo que yo te hice, y esto es la ignorancia y la indiferencia. -Era como si las reglas gramaticales, las metáforas y los símbolos que empleaba hubiesen pasado por un tamiz mal diseñado, permitiendo que se colara lo apropiado y lo inapropiado, lo correcto y lo incorrecto, lo elevado y lo pueril; mezclado todo con un tono teatral similar al de las telenovelas sudamericanas, pero con acento islandés. Me recordaba a un niño aporreando sin ningún orden una máquina de escribir: de buen seguro que, con el tiempo, uno podría leer palabras e incluso fragmentos con sentido en aquella amalgama de letras. Entre los balbuceos de un bebé también puede adivinarse un <<papá>> o un <<caca>>. -No sé si será ya un imposible y una empresa tan ardua y farragosa como inalcanzable. Quiero que me inflijas todo el daño que seas capaz, y para ello te revelo mi punto débil. De esa manera me sentiré aliviado. Lo que quiero es obtener tu beneplácito; pero lo veo muy distante y lejano. Es por ello que ahora mismo lo que quiero es ganarme la posibilidad y el derecho a que te apetezca hablarme y dirigirme la palabra. No sé como tengo la vergüenza de hablarte.

-Mira, será mejor que lo olvidemos y que cada uno siga su camino. Fue un error, ¿de acuerdo?

-Entiendo perfectamente que no me quieras dirigir la palabra y me trates de la misma manera que yo te traté a ti. No tengo la categoría humana y moral y el nivel de la índole que sea para que hagas otra cosa conmigo.

-Si pretendes darme lástima, no lo estás consiguiendo. Yo nunca hubiera hecho algo así.

-Lo sé, tú tienes esa suerte, o esa gracia, o sencillamente así eres. Algo tan sencillo y básico como un simple y sencillo proceso de comunicación sencillo, no lo he logrado ejecutar contigo. Aún no entiendo cómo llevé a cabo un comportamiento tan frío, viscoso, desagradable, feo y nauseabundo.

-Oye, tengo que irme, estoy trabajando –le apremié para huir de allí; era yo la que deseaba encontrar un resquicio en aquellos momentos. ¿Tan ciega fui que me había acostado con ese hombre sin percatarme de la poca naturalidad de su comportamiento?

-Pero no he terminado, yo...

-Vale, mira, eh... salgo en una hora, ¿hablamos luego?

-Sí, quiero que me preguntes.

-¿Que te pregunte?

-Sí, lo que se pregunta en los casos en los que se conoce a una persona para una relación de tal índole. Quien, como, para qué, cuando, qué, cuál y los que se te puedan ocurrir a quien sea menester.

Palabras, palabras y más palabras que apenas resaltaban unas de otras en aquella voz metódica, casi sincopada, como la de uno de aquellos relojes para ciegos que dan la hora con una enumeración monocorde. Por suerte, con el tiempo perdió acento islandés y bastante de aquel desconcertante tono maquinal.

El hospital comarcal donde trabajo no es muy grande. Sin embargo, con el transcurrir de los años, en mi cabeza se ha transformado en un lugar sagrado, donde se decide el destino de los pobres mortales que acogemos y que han sido señalados, de una u otra forma, por el infortunio. Por ello me siento orgullosa de mi labor, incluso me imagino que soy una suerte de Virgilio, el poeta clásico que acompañó a Dante por los tres reinos sobrenaturales: el Infierno, el Purgatorio y el Cielo.

Bajo los cimientos del hospital, enterrado en lo profundo, se encontraban los nueve círculos que componían el Infierno, un enorme cono invertido que se estrechaba hasta el centro de la Tierra, donde vivía Lucifer. ¿A cuántos habremos

enviado allí abajo, junto a los lujuriosos, los glotones, los avaros, los iracundos, los herejes, los violentos? ¿Cuántos estarán recorriendo las ruinas del Infierno, la selva de los suicidas, la cascada de agua tintada de sangre o la fosa de las serpientes? ¿Cuántos se habrán tropezado con el Minotauro, la escolta de demonios o el propio Satanás mordisqueando a Judas Iscariote? Cuando llegue mi hora, espero no precipitarme en aquellas espantosas profundidades.

El hospital en sí era el Purgatorio. Constaba de dos edificios: el edificio Magenta y el edificio Azul, donde se repartían los siete niveles correspondientes a los siete pecados capitales. Allí podías ingresar por un sencillo accidente o por haber infringido la ley divina. En nuestras manos, entonces, quedaba el determinar si el paciente debía permanecer en el Purgatorio, descender al Infierno o, a través de la capilla de la última planta del edificio Magenta, elevarse hacia el Cielo. El resto podía regresar al mundo mortal hasta la próxima ocasión. Con nuestros equipos de rayos X penetrábamos la carne, dejando expuesta el alma, la verdadera condición, a fin de ser justos en nuestro veredicto. Era una gran responsabilidad actuar como magistrado en el destino de un paciente que hubiese vulnerado alguno de los siete pecados capitales, por eso considero apasionante la medicina, una de las disciplinas más íntimamente ligadas al porvenir de las personas, tanto en lo natural como en lo sobrenatural. Los inculpados por el pecado de la gula se enviaban a la planta baja del edificio Magenta, donde se halla la cocina, la sala con máquinas de café, bebidas y cosas para picar. En la planta segunda del mismo edificio residían los perezosos, en la zona de cuidados paliativos y la unidad de convalecencia. Decenas de hombres y mujeres permanecían encamados frente a un televisor, día tras día. En la planta primera del edificio Azul, la sala de partos. Allí se dirigían los lujuriosos y las consecuencias de su trasgresión en forma de recién nacidos; nuevas almas a las cuales evaluar, para liberarlas o para condenarlas a otro nivel. No obstante, resulta ser el nivel menos concurrido (la lujuria cuenta con medidas de profilaxis a fin de sortear el escrutinio divino). La planta segunda se reservaba para la unidad de traumatología y cirugía ortopédica y la unidad de cirugía general, amén de un despacho de anestesistas muy codiciado por los perezosos del edificio Magenta y, en general, por los habitantes de todos los niveles. Aquí ingresaban los orgullosos y los envidiosos. La mayoría provenían de accidentes de tráfico originados principalmente por adquisición de vehículos grandes y caros, poderosos; máquinas que entrañan demasiada responsabilidad y que no nacen de la necesidad de desplazarse de un punto a otro sino de la exhortación del orgullo y la envidia, que

te incita a una ostentación rodante de tu envergadura. Ambos pecados, en plena carretera, frente a las normas de seguridad vial, frente a otros orgullosos y envidiosos, desembocaban en comportamientos competitivos a la par que temerarios. Una temeridad que incluso puede contaminar otros ámbitos de la vida, conduciéndote a una privación tácita de la salud, una suerte de suicidio por omisión; ¿o no es una forma de suicidio el llevar a cabo cualquier acción sin tomar las medidas de seguridad oportunas por desidia? El orgullo y la envidia son pecados difíciles de erradicar, quizá porque en el amanecer de los tiempos promovieron el afán de superación, funcionaron como atajos evolutivos que nos guiaron hasta el nivel de vida actual. Por último, la planta tercera del edificio Azul, que albergaba, entre otras cosas, la salita de juegos para niños ingresados, avaros e iracundos *per se*. Quien haya estado rodeado de una jauría de críos alborotadores sabrá a qué me refiero. Sus espíritus, aún poco formados, derivan con facilidad hacia dichos excesos. Obviamente, las distintas plantas no son compartimentos estancos: pueden contener pacientes que hayan cometido más de un pecado. En este caso, se fiscaliza al paciente con arreglo a su pecado más representativo.

Supongo que aquella estratificación de mi hospital, tomando como modelo *La divina comedia*, resultaba disparatada, pero mi cabeza nunca deja de funcionar, aderezándolo todo de matices líricos, adornando la realidad con guirnaldas de colores y farolillos de verbena. Sí, supongo que siempre seré una soñadora que se encuentra más a gusto en el dormitorio almibarado de su hija que en la realidad fría y gris. De todos modos, creo que conducirse por la vida de esta guisa nunca debe ser censurable, y mucho menos si en la censura sólo subyace la pose afectada madurez de quienes no han reflexionado demasiado sobre la necesidad de fantasear; que suelen ser los mismos que desaprueban el vivir en el recuerdo. Porque a todos nos gusta ver películas, leer libros, escuchar música. A todos nos gusta que nos expliquen historias e imaginarnos que somos otras personas. Fantasías sexuales, delirios de grandeza, ambición y proyectos. Pues soñar se me antoja como acudir al cine sin pagar entrada o leer un libro mentalmente cuyo autor somos nosotros mismos. Y ya no digamos sentarse con un antiguo amigo a recordar viejos tiempos: es como revisionar una película con la que nos sentimos identificados en el pasado, llorando en las mismas escenas o riéndonos con los mismos chistes. ¿Qué oprobio había entonces en llevar a cabo esa actividad en el interior de tu propia cabeza? ¿Qué diferencia había entre tu imaginación y un reproductor de DVD a efectos de evaluar tu madurez?

Para finalizar, en las alturas, sobre el hospital, se encontraba el Paraíso, los nueve cielos: el de la Luna, el de Mercurio, el de Venus, el del Sol, el de Marte, el de Saturno, el de las estrellas fijas, el del Primer Móvil y el del Empíreo. Lo único realmente interesante de este tercer bloque, además de la belleza formal con la que se describe el lugar en *La divina comedia* (sobretudo si se lee en italiano, algo que yo nunca hice), es la figura de Beatriz; por lo demás me temo que es un reino aburrido y carente de interés, plano y aséptico como el temperamento de Fred.

Actualmente yo estaba en la Unidad de Corta Estancia de medicina interna, en el nivel de los lujuriosos, la sala de partos. Por suerte, ya había terminado mi atareada semana en cirugía, en el edificio Azul: la peor experiencia que puede existir para una novata, ya sea ésta una canguro, que únicamente asistía los fines de semana y los festivos, o una sufrida suplente, siempre pendiente del teléfono como un mercenario, sin vacaciones durante los días señalados en rojo en el calendario. Con el añadido de que, exceptuando algunas plantas, cada zona se empeñaba siempre en excluir al personal que no pertenecía a su grey (o secta, según se mire), máxime si te enfrentabas con una veterana cascarrabias en cuyo currículum no se concebía el término *aprendiz, becaria o en prácticas* y por lo tanto consideraba una especie extraña e insultante cualquier tipo de intrusión no avalada por la experiencia y la veteranía.

En el aparcamiento del hospital localicé el coche de María, una compañera que siempre llegaba una hora o dos antes que yo y se marchaba la última de nuestro turno. No me explicaba cómo conseguía madrugar tanto ni por qué nunca se apresuraba en regresar a casa. Tampoco tenía problemas para sustituir a cualquiera de nosotras, lo cual la convertía en un elemento imprescindible en aquella planta, la solución segura a cualquier imprevisto. ¿María no tenía vida propia? Por lo que había llegado a averiguar, vivía sola y no acostumbraba a salir demasiado de casa, al menos nunca acudía a las fiestas que organizábamos ni intervenía mucho en las conversaciones. Vestía como una mujer de setenta años aunque contara con mi misma edad. Tampoco era muy agraciada físicamente: ligera alopecia, voz gangosa, cejijunta, y siempre que te prestaba atención arrugaba la cara como si se hallase deslumbrada por el sol, evidencia del supremo esfuerzo que estaba llevando a cabo.

Estacioné a unos cincuenta metros de ella y la observé desde el interior de mi coche durante un rato. Sus manos se aferraban al volante de forma lánguida,

imagino que no sabía donde ponerlas; al menos, si fumase, podría ocuparlas en algún quehacer. Pero no, María ni fumaba ni bebía ni parecía haber tenido nunca una relación sexual. Representaba a la perfección su papel de enfermera del Purgatorio, inmune a los pecados de cualquier naturaleza. Tampoco escuchaba música alegre ni romántica.

Apagué el motor y mi radio agonizó, aguardando en silencio algún movimiento por su parte. ¿Cómo sería su vida? ¿Sería feliz? ¿Echaría de menos a un hombre a su lado o por el contrario prefería la soledad? Sentí un poco de lástima por ella, aunque ¿mi vida era preferible a la suya? Música, la música se había detenido y me encontraba de nuevo en inferioridad de condiciones, a merced de mis enemigos emocionales. Tarareé la canción que estaba escuchando por el camino y las dudas se esfumaron de nuevo. Continué observándola. Se rascaba la cabeza. Otra mujer, en su lugar, hubiera repasado su peinado; pero ella no era de ese tipo. Comprobó el reloj de pulsera, asintió, convencida de que ya no era demasiado pronto para entrar en el hospital, y se apeó de su coche. Yo hice lo propio y, rodeándola por delante, me hice la encontradiza.

-¡Hola...! –me llamó María. Era tan despistada que probablemente no se acordaba de mi nombre de pila y debió de parecerle indecoroso llamarme por mi apellido.

-Hola, María, ¿qué tal?

-Bien. ¡Acabo de llegar! ¿Y tú qué tal?

Solía hablar con aquel tono enfático que en vez de ocultar su desorientación la acentuaba.

-Pues mira, viniendo hacia aquí he librado una cruenta batalla contra el general Desgana, pero como ves le he vencido.

María dio un paso atrás, torció la cabeza y me escudriñó entrecerrando los ojos.

-Me tomas el pelo, ¿no?

Mi ocurrencia resultaba tan evidente, era una metáfora tan elemental, que aquella muestra de desconfianza o aguda suspicacia devino en torpeza y en obtusidad. Si le hubiera dicho que era verdad, que de ninguna manera le tomaría el pelo, subrayando con énfasis mis palabras como ella hacía siempre con las suyas, de buen seguro me habría creído a pie juntillas.

-Era una broma.

-Ah.

Me sentí ridícula aclarándoselo. Y he de admitir que también me invadió un conato de rectificación: tal vez María había captado el sentido de la broma y su

exagerada ingenuidad era una pose para burlarse doblemente de la ingenuidad que me había llevado a mí a sospechar de tal grado de ingenuidad, complaciéndose en demorar la ocasión para revelarme su intrincado juego de espejos. Sin embargo, no podía concebir a nadie tan retorcido... sólo yo estaba preparada para personificarlo debido a mi tendencia a afincarme en el terreno de lo inverosímil.

Entramos en el edificio Azul del hospital general de Igualada y subimos hasta la primera planta, donde se encontraba la Unidad de Corta Estancia de medicina interna, la sala de partos (los lujuriosos de Dante) y los consultorios de la mutua de accidentes laborales. Una planta tranquila, en la que llevaba trabajando más de un año ininterrumpidamente en turnos de mañana o de tarde; salvo algún turno de noche cuando tuve que sustituir a alguna compañera como favor personal. Empezábamos a las ocho y terminábamos a las dos y media.

Recorrimos pasillos saturados de la luz lechosa que emanaban los fluorescentes. Los interfonos cobraban vida para reclamar a algún Virgilio, con la resonancia propia de la ubicuidad celestial. Realmente el Purgatorio podría ser semejante a un hospital. Aquel olor antiséptico que lo impregnaba todo acrecentaba la sensación de que te hallabas en un lugar sagrado, efecto idéntico que te inspiraba el aroma entre rancio y mohoso de las iglesias.

Ya en el despacho nos encontramos con Julia, una compañera que representaba el paradigma de la frivolidad y la pijaería. Se tomaba su empleo de enfermera como una suerte de pase de modelos. No importaba si los atavíos se ocultaban bajo el uniforme blanco, cuando avanzaba por los pasillos lo hacía como si éste fuera traslúcido, como si siendo ella consciente de las prendas que conformaban su revolucionario atuendo también lo fueran necesariamente los médicos, los pacientes, los visitantes y demás enfermeras que se cruzasen en su enaltecido y cimbreante recorrido. Me recordaba al monarca de aquel cuento popular que desfilaba desnudo ante el pueblo con el orgullo y la prestancia que otorgan las ropas caras, sólo porque la reacción de los demás era de positiva admiración.

-Hola, chicas –explotó en un torrente de alegría tan histriónica que se asemejaba al sombrío hermetismo de mi marido: los dos estados de ánimo diametralmente opuestos resultaban tan impostados, tan chirriantes, tan indisolubles con la realidad circundante como una comparsa acompañando un triste sepelio con vítores, tambores y serpentinas en el caso de Julia o como un ataúd con muerto en su interior irrumpiendo en la fiesta de cumpleaños de una niña en el caso de Fred. Ambos me producían el mismo efecto desazonante: ella me hacía sospechar que no

había cogido el sentido de algún chiste y él, haberme sumido en la frívola inconsciencia del tonto feliz, soslayando la gravedad que requiere el vivir la vida.

-Hola, ¿qué tal? –saludó María con voz gangosa, en un baldío intento por imitar el tono manufacturado de orquestadora de tómbolas de Julia.

Yo me limité a cabecear con laconismo, aderezando el gesto con una sonrisa mínima: hasta que llegase el café que nos tomábamos tras repartir la primera medicación, mi cuerpo no comenzaba a arrancar; y menos ante la felicidad hiperbólica de Julia.

También habían llegado Berta y Sandra, las auxiliares. Ya estábamos todas. Las enfermeras del turno de noche nos cedían el testigo, poniéndonos al corriente de todos los pormenores acaecidos durante la imaginaria, y empezábamos a preparar la medicación del desayuno. Mientras, las auxiliares de enfermería comprobaban la tensión arterial de todos los pacientes y el índice de glucosa en sangre de los diabéticos a los que se les hubiese prescrito un control antes de una comida. Acto seguido, repartíamos la medicación y después, utilizando los carritos de la cocina, los desayunos.

Al principio, cuando era una simple estudiante en prácticas, mis ojos no sólo incidían en la piel de los pacientes sino que la traspasaba, me colaba de rondón hasta sus almas, tratando de descubrir quien era mi paciente, qué le había ocurrido, cómo se sentía; intentando experimentar por unos minutos lo que él experimentaba en un ejercicio de dedicación y empatía. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, traté con rostros que empezaban a repetirse (aunque no perteneciesen al mismo paciente), con historiales calcados, con patologías idénticas, con comportamientos clonados, con nombres semejantes, y la empatía devino en tedio y la dedicación, en un proceder soñoliento, como el que se impregna en las cadenas de montaje o en la fabricación en serie de algún producto. La monotonía había arruinado mi entusiasmo inicial, y aquello me afligía, porque no debía olvidar nunca que estaba tratando con seres humanos, que en apariencia podían parecer que encajaban en una docena o dos de moldes prefabricados, pero que en esencia sus mentes y sus vidas discurrían por senderos muy diferentes, alejándose aún más unos de otros en cada encrucijada, en cada toma de decisiones, aumentando exponencialmente la diversidad, hasta que el camino culminase en el sepulcro. Así que me obligaba a hablar con ellos, a intercambiar información como si de un encuentro entre dos viajeros se tratara; sólo de esta forma conseguía atisbar las diferencias, y sólo de esta forma reaparecían los vestigios de dedicación y empatía de mis comienzos.

Don Julián, doña Gertrudis, el señor Parrondo, Javier... todos eran distintos, aunque nombres, historiales o situaciones se reprodujeran de unos a otros. Atribuirles la condición de pecadores que han ingresado en el Purgatorio y que yo, Virgilio, les conduciré por aquel reino hasta que se estime cuáles serán sus destinos, el Cielo, el Infierno o el regreso al mundo mortal, incrementaba la personificación de las biografías, porque no me limitaba a sanarles una herida sino todo en su conjunto: herida, pesar, amargura del alma, desorientación, soledad. Una prueba más que fantasear no sólo es una actividad inocua sino recomendable, más que ver una película o leer un libro. Era un modo de disfrazar la realidad, tal como hacía Julia, de acuerdo: pero ella imponía a los demás que participasen de su universo de estrás y yo sólo recurría a ese disfraz a modo de herramienta para dejar fluir mis sentimientos hacia los demás con mayor libertad, sin demandar nada a cambio; incluso la relación podía ser unilateral: yo les trataba como piezas únicas y ellos me catalogaban como *una enfermera más*. No esperaba que se esforzaran, era mi trabajo; y la imaginación, puesta al servicio no sólo para recrear el Purgatorio sino también para esbozar sus vidas, para recordar que bajo aquella piel clonada existía alguien que puede haber conocido el amor o la desgracia, haber viajado a lugares exóticos o haberse relacionado con personajes ilustres, era mi estimulante, mi modo de infundirme aliento cuando tropezaba con la molicie, al igual que hacíamos tomando un café para vencer al sueño o alimentándonos para apaciguar los borborigmos del estómago. En este caso no importaba el medio sino el fin. Mi fin era conseguir una mayor eficiencia en mi trabajo, como quien da más empaque a su diplomatura con un master; el fin de Julia era el mero espectáculo para crecerse sobre la demás. Yo recurría a mis sentimientos para ser partícipe de los sentimientos ajenos y resultar menos intrusa, más familiar y hospitalaria; <<Así da gusto>>, me decía alguna anciana con voz trémula y ojos húmedos de agradecimiento. Ella, no obstante, explotaba el disfraz de la realidad en beneficio propio.

Tomamos un café en el *office* de la planta para entrar en calor. La pared estaba decorada con un cuadro de aire *naïf*, bajo el cual se apoyaba Julia, sonriente, y en la pared opuesta otro de un pintor impresionista de principios de siglo veinte llamado Juan Andersen, bajo el que me apoyaba yo. En el centro, encaradas hacia Julia, todas escuchaban con obligada atención, ya que era la única que rompía el silencio en aquellas tempranas horas relatando sus apasionantes planes de fin de semana.

Siempre nos narraba sus correrías del sábado y el domingo (si estábamos a lunes) o sus propósitos para los mismos (si estábamos a viernes). El resto de la semana lo dedicaba a disertar acerca de la moda y los complementos de belleza disponibles en el mercado. Era viernes, luego tocaba maravillarnos con sus suculentas expectativas del fin de semana junto a su idolatrado Juancho.

-Pues nos iremos a los Pirineos, a un pueblecito perdido por aquellas alturas. ¿Cómo lo veis? ¿A que es fantástico? Estoy deseándolo. Juancho sabe esquiar, pero yo no tengo ni idea. Bueno, esquiaba de niña, ya sabéis, en las excursiones del colegio a la nieve. Pero estoy hablando de esquiar en serio. Juancho es un profesional. Si vierais como baja las pistas, es impresionante. –Hizo un gesto de enamorada tan teatral y soñador que se me antojó postizo. –Luego iremos a un hotel de unos amigos de sus padres. Tenéis que verlo. Ya haré miles de fotos. Es precioso, todo de madera, es plena montaña, rodeado por la naturaleza. Juancho, el muy pillín, ya me ha dicho que me prepare, que la naturaleza le aviva su instinto animal, ja ja –Se carcajeó de forma convulsa reclinando la cabeza hacia atrás, haciendo tintinear sus pendientes en forma de dos aros de metal. Cuando se hubo recuperado del acceso de risa, se esponjó el peinado y continuó hablando.

A fin de abstraerme de aquella retahíla de frivolidad insoportable me sumí en los recuerdos. Sí, puse a reproducir una película mental. Revisé las imágenes de mi cita con Fred después de aquel encuentro fortuito y extravagante en el hospital que nos reconciliaba tras una relación sexual apresurada e inconsciente; porque de alguna manera que no termino de comprender acepté su invitación para cenar.

Tampoco sé cómo me enamoré de él, pero alguien dijo una vez que los sentimientos son una de las cosas más expuestas a los caprichos del azar. Supongo que fue decisivo mi estado de ánimo. Había salido de una relación muy dura, estaba desvalida, desengañada de los hombres. Y aquel comportamiento excéntrico no parecía ser el de un hombre, ya fuera porque no dominaba todavía nuestro idioma o porque jamás se relajaba frente a una mujer, la cuestión es que no era capaz de vincular sus reacciones con mi turbulenta relación anterior, y cuando eso sucede, una ya está indefensa ante el amor, aunque éste le haya propinado más de una dentellada.

Durante aquella cena había aparcado su teatral verborrea para sustituirla por la vacilación y el silencio, la misma vacilación y silencio que lo acompañaría siempre y que tanta confianza me dio en los inicios de nuestra relación. Por ello, creo, tuve la sensación de que se preocupaba por mí: si no me escuchaba con reverencial

atención (para no hablar) me formulaba infinidad de preguntas (para no tener que afirmar nada, ni elaborar algo que explicarme). Me dejaba siempre hablar más a mí, evitando su atropello de palabras a toda costa, sorteando mis interpelaciones con una sonrisa bondadosa (<<¿Aquella palabrería en el hospital iba en serio? ¿No me tomabas el pelo?>>), y negaba con la cabeza, amparándose en otra sonrisa). Aquel signo de indefensión constituyó, creo, otra zancada decisiva en nuestro enamoramiento. Yo hablaba y hablaba y él aceptaba sin ningún tipo de discriminación mis aseveraciones, mis consejos, mis críticas, mis conjeturas... y si yo también optaba por el mutismo, él no parecía incomodarse como otros, incluso se congratulaba de aquella tregua que lo eximía de afirmar, negar o cabecear durante un tiempo. Entonces, nos mirábamos a los ojos, y me extraviaba en sus honduras, fascinada ante un hombre muy diferente a los demás; alguien, quizá, en quien confiar al fin. De acuerdo, pensaba en aquel tiempo confuso y febril, si por la calle alguien nos pregunta <<Perdona, ¿sabe qué hora es?>>, nuestra respuesta, a menos que pretendamos mofarnos del pobre hombre, no será: <<Sí que lo sé>>. Quizá Fred sí interpretaría la pregunta de esa forma, por su irregular destreza con nuestro idioma, su timidez o cualquier otra deficiencia que lo incapacitaba para comprender que no siempre la finalidad de una pregunta es la que se ha expresado literalmente en la misma. Pero con un optimismo ilusionado y ciego me convencí de que era un defecto menor, o a veces hasta gracioso, y que se corregiría con el tiempo. Después, demasiado tarde, descubrí que todo su comportamiento respondía a una impostura a fin de diluir la reacción íntima y sincera frente a las cosas; las pocas veces que lloró o se rió, parecía que alguien detrás de su cara movía los músculos con palancas e interruptores. ¿Cómo surgió entonces el amor? Creo que la mera aproximación a los motivos exactos provoca que la trayectoria del análisis se desvíe errática hacia un lado o hacia otro, dependiente del estado del mar como un buque derrelicto. Realmente me había casado con él, y me sentía entre desorientada y arrepentida, como el beodo que descubre las consecuencias de sus actos una vez desvanecida la nube etílica, y en un alarde de elocuencia exclama: <<¿Qué coño he hecho?>>.

Así y todo, en una ocasión rellené una de las hojas de ingreso que se emplean para atender a nuevos pacientes, intentando esclarecer alguna razón, puesto que remontándome sin más a los inicios de nuestra relación, repasando sus fases, sus sinuosidades, los sucesos importantes, no conseguía aclararme, no encontraba la pieza que estaba mal encajada, afectando a la armonía del conjunto. El

rompecabezas parecía bien construido, no atisbaba piezas desaparejas: el problema residía en que unidas no mostraban nada con un mínimo de sentido, sólo la blancura, el tono monocromático de la nada. Aquella preceptiva hoja de ingreso me sirvió, al menos, para ordenar de otra manera los prolegómenos de mi enamoramiento.

Fecha. 23 de marzo.

Hora. Sucedió sobre las diez de la noche, durante una romántica velada. Cena en restaurante de lujo.

Enfermera. Yo. Ana Carrasco.

Motivo de ingreso. Signos de enamoramiento, o al menos eso quise ver.

Diagnóstico médico. No consta, no hay atisbos de cardiopatía.

Condicionamientos sociales. Vivía con sus padres en su país, pero recién terminada la licenciatura de ingeniero informático se mudó a un piso de soltero en Barcelona. Después de conocerme a mí, emigró a España.

Estado físico. Normal.

Estado mental. Apático.

Actividad. Mínima.

Movilidad. Limitada.

Incontinencia. Continente.

Alimentación y bebidas. No tolera la comida caliente. Sopa, templada. Prefiere alimentos ligeros y frugales como la verdura hervida, el pescado a la plancha y las ensaladas en todas sus variantes. No requiere ni de prótesis dental ni de una sonda nasogástrica.

Eliminación digestiva. No existe alteración, creo.

Eliminación urinaria. Frecuencia, una vez en toda la cena.

Estado de la piel e higiene en el ingreso. Limpio. La integridad de la piel es normal, no hay indicios de heridas, quemaduras o eritemas (ni siquiera el rubor natural en los tímidos y apocados como él modificaba su palidez natural). Coloración lechosa, no hay ictericia ni tono cianótico.

Movilidad. No requiere de bastón, caminadores, silla de ruedas, muletas o prótesis, aunque su frecuencia al levantarse, andar o moverse en general es prácticamente nula, como si en su anterior vida hubiese sido una estatua y en ésta aún le quedasen algunos vestigios de su naturaleza pétreo. No hay atisbos de edemas maleolares o varices.

Comunicación. No necesita ayudas de lenticulas o audífono. Responde a estímulos verbales, aunque no a demasiados; siempre parece que una parte de su consciencia permanezca en la sombra. No se detectan perturbaciones en el oído ni en la vista, pero su conversación es limítrofe con la afasia.

Escolarización. Sí. No presenta dificultades para leer o escribir, aunque cometa algunos errores connaturales a la utilización de un idioma que no es el materno.

Valores y creencias. No desea asistencia religiosa. Es ateo y racionalista. Es ocasiones, demasiado.

Alergias. No constan.

Hábitos tóxicos. Sí. Alguna copa aquella noche, pero normalmente agua, a poder ser fría o con cubitos de hielo.

Estado de ánimo en el ingreso. Pacífico y sosegado.

Pruebas complementarias. Queda pendiente un análisis de sangre y de orina, un cultivo, un RX, un electrocardiograma y un TAC.

Julia, al término de su alocución egotista, quedó esbozando un mohín bobalicón, de iluminada por un súbito fervor religioso, y con la cabeza degollada a un lado; incluso me pareció vislumbrar un hilo de baba que colgaba de la comisura de sus labios, quirúrgicamente inflamados, hasta su escote, pero sólo fue producto de mi imaginación. La pobre María fijó la mirada en lontananza, allá donde se había perdido la de Julia, en busca de aquello que había capturado su atención. Pero lo único que divisaba, tras comprobar una y otra vez que la trayectoria coincidía con ese punto, era un techo blanco, acaso tatuado de rastros de humedad que dibujaban formas caprichosas.

Transcurridos unos prudenciales segundos con objeto de evitar romper el clima extático que nos debía embargar a todas, continuamos charlando sobre otros asuntos, mientras Julia escardaba con unas pinzas algún pelo díscolo de sus cejas y retocaba su profuso maquillaje frente a un espejito de aumento, y María persistía en encontrar algún significado oculto en aquellas manchas en el techo, como una exegeta de las nubes. Un caballo, un coche, un conejo, un árbol; la cara de mi abuela. En ocasiones, los prolongados extravíos de María me recordaban a mi marido. Fred no solía equivocarse de camino cuando nos tropezábamos con una bifurcación, y si lo hacía, al poco se percataba de que los demás había tomando otro camino y corregía su rumbo; no en vano él era ingeniero y María sólo una

enfermera despistada. Sin embargo, en su embelesamiento en asuntos aparentemente anodinos, como si gozaran de la eternidad para malgastar la vida de esa forma, eran calcados. No repruebo que alguien complete los crucigramas del periódico o los libros de pasatiempos en un viaje de tren; lo que me resulta incomprensible e inquietante es que se despilfarre la mayor parte de tu tiempo libre en ello.

Continuamos con la jornada de trabajo. Mientras las auxiliares levantaban a algunos enfermos y hacían las camas, nosotras acompañábamos a los médicos que pasaban visita. Eran las nueve y media de la mañana y, como era acostumbrado, debía enfrentarme de nuevo al doctor Oliver Martínez, que se empeñaba en que nos dirigiéramos a él por el hipocorístico *Oli*. Oli era un hombre entrado en la treintena, bien parecido, alto, de unos rasgados ojos negros que le daban un aire maquiavélico. Hacía poco que se había mudado a Igualada desde el sur del país, así que a su voz engolada se le unía un ligero acento andaluz que enloquecía a todas las enfermeras y auxiliares de la planta, exceptuándome a mí.

Por algún motivo que ignoro, Oli tonteaba con todas pero parecía hacerlo con especial insistencia conmigo. Yo no me veía más atractiva que las demás, no sobresaltaba en ningún aspecto; incluso Julia se había erigido como la chica explosiva del hospital. Sin embargo, mis reticencias, mi falta de interés por él y mi condición de casada parecían emanar algún tipo de feromonas que le hechizaban; así como un cazador se enorgullece más de la cabeza de alce disecada en su sala de estar, del que se dice que es una presa difícil de embaucar, antes que de media docena de anodinos pichones alineados en un anaquel. Era mi condición de captura laboriosa, mi falta de sumisión y mansedumbre, la que me convertía en una pieza codiciada, y no el tamaño de mis astas, la pureza de mi pedigrí o que me hallase en peligro de extinción. Julia no advertía que con su pintalabios sólo encandilaba a merodeadores de medio pelo, la resistencia, la nimia exhibición, la ocultación entre la maleza del bosque era lo que te transformaba en caza mayor en el mundo de la cinegética sexual. De ahí que dichos individuos no se conformen acudiendo a una prostituta para desahogarse e inviertan tiempo, esfuerzo y más dinero en una noche con aquella mujer entrada en kilos y no demasiado atractiva pero que tiene cara de no haber echado un polvo en condiciones en mucho tiempo. ¿Debía, pues, tirarme a los brazos de Oli y dejar que hiciese una muesca en su tabla de autoestima para que perdiera el interés por mí?

-Buenos días, Ana –me dijo con una sonrisa radiante.

-Hola, Oli. –Más indiferencia que enardeció su deseo.

En cuanto estuvimos apartados de los demás, comprobando el historial de un anciano con problemas respiratorios, amartilló su rifle, apuntó con la mirilla y descerrajó:

-Bueno, ya es viernes, dulzura. Me dijiste que esperara hasta hoy para proponerte una cita. ¿Cuándo voy a poder disfrutar de los cuidados de una enfermera tan guapa y aplicada como tú?

Bufé, hastiada. En otras circunstancias hubiese sorteado su requiebro con algún comentario ingenioso que evitase contrariarlo, así todo seguiría como siempre: yo escondiéndome en la espesura de la selva y él acechándome con su arma en ristre, hasta que el aburrimiento por fin hiciese mella en su interés por mí. No quería enemistarme con nadie de la planta y prefería continuar soportando la dinámica del gato y el ratón. Sin embargo, estaba Fred, estaba mi futuro conyugal, estaba la forma en que afectaría cualquier decisión que tomara (porque debía tomar alguna sin más demora) en la felicidad de Eli y, por añadidura, en la mía, estaba el sentido de mi vida, estaba la sensación de haber cometido demasiados errores, estaba la incertidumbre, estaba el haberme dejado empujar por la inercia y estaba la ligera sospecha de que yo era la responsable de todos aquellos factores encadenados, dispuestos en hilera y a punto de derrumbarse como fichas de dominó. Y abrumada por todo ello, contraataqué con vehemencia, al igual que un animal acorralado propina dentelladas incluso a la mano amiga.

-Mira, Oli, estoy muy agobiada últimamente, ¿entiendes? Si lo que quieres es cenar conmigo, creo que no hay posibilidades, lo siento. ¿Recuerdas que estoy casada? Casi no te conozco, no somos amigos, y no entiendo qué sentido tendría aceptar tu invitación. Así que déjame en paz de una vez, ¿de acuerdo?

Así como los apicultores acaban inmunizándose a las continuas picaduras de las abejas, Oli parecía haber construido un escudo para detener el rechazo, o al menos para tomárselo con ligereza. Hizo un afectado aspaviento de contrariedad y me dijo que de acuerdo, que lo entendía, que no pensaba insistir más... por ahora. Que guardaba la secreta esperanza de que algún día no declinaría su invitación y entonces empezaríamos a conocernos de verdad y descubriríamos todas las cosas que teníamos en común. Frente a aquella muestra de imperturbabilidad por parte de Oli, tan frecuente en mi vida gracias al temperamento a la deriva de Fred y a la

estulticia de María, opté por no abrir más la boca y continuar con mi trabajo, a la espera de una próxima arremetida.

Cuando me hube alejado de Oli, Berta se inclinó hacia a mí y en tonillo confidencial me bisbeó:

-Vaya, parece que a ese bombón le gustas.

-Es un gilipollas –rezongué a modo de catarsis.

Berta me observó asombrada, tratando de calibrar el sentido de mis palabras.

-Pues pásamelo a mí, bonita –me dijo cuando empezó a creer que hablaba en serio. –Lo que daría yo para que un tío como ése me tirara los tejos.

-Es todo tuyo.

-Te tomo la palabra, ¿eh? Luego no quiero que te pongas celosa si se enamora locamente de mí –me advirtió en un tono que, cual funambulista, avanzaba por la sutil línea divisoria que cruzaba entre la ironía y la seriedad, a fin de no quedar en evidencia si en realidad yo no estaba bromeando.

Reprimí el objetarle que yo no era capaz de sentir celos de un tipo que ya se había acostado con la mitad de las mujeres del edificio, prefería olvidarme del tema y no desalentar los propósitos de Berta. Después de todo ella era la que deseaba ser seducida por un profesional que ya había exprimido el significado de ese arte por el exceso de uso, y yo no era nadie para juzgar sus gustos.

Tras pasar visita, mientras los celadores de planta transportaban a algunos pacientes en sillas de ruedas o en camillas para realizarse pruebas, TAC's, ecografías, rayos X y demás, me concedí unos minutos para la reflexión, en busca de serenidad. Y para ello no había nada mejor que visitar a mi diosa Eir: el Oráculo de Igualada, mi oráculo, con sede en la unidad de obstetricia de la planta primera del edificio Azul, en el Hospital General de Igualada. Desde que Fred me explicó algunas sagas nórdicas que se habían transmitido oralmente en su país, resolví empezar a dirigirme a ella como mi diosa Eir, que así se llamaba una Aesir, la principal raza de los dioses escandinavos y también una de las más importantes familias del panteón germánico, que tenía fama de ser la mejor de los médicos; la personificación de la ayuda, del socorro y del curanderismo.

Aquella anciana sexagenaria, menuda y delgada, al borde de la jubilación, receptáculo de sabiduría y experiencia, iluminada por la clarividencia y el discernimiento, era, entre otras cosas, aficionada a los palíndromos. La palabra más larga que conocía que leída al derecho y al revés decía lo mismo era <<reconocer>>, aunque sabía cientos. Y no se limitaba a las palabras, también

recopilaba frases, incluso cuentos palindromáticos. <<Ana lava lana>>, solía decir en cuanto me veía. <<Ana lleva al oso la avellana>>. <<Yo hago yoga hoy>>, componía cuando quería recomendarme que me tranquilizase, que intentara navegar por aguas calmosas. <<A mamá Roma le aviva el amor a papá y a papá Roma le aviva el amor a mamá>> era una de las más largas que conocía. <<A ti no, bonita>> también solía decirme. Creo que si fuera capaz de comunicarse únicamente con palíndromos, lo haría. También atesoraba un cúmulo de datos extraños o turbadores acerca de su profesión, que me desgranaba a la mínima oportunidad: <<Según Plinio, una mujer llamada Alcippe dio a luz un elefante, y según Delrio, otra parió un león. Según el doctor Reyes la mujer puede concebir leones, elefantes, perros y marranos.>> <<En el *Libro de anatomía*, de Montaña de Montserrate, se describe cómo una enfermera expulsó por la boca huesos y carne humana en tal cantidad que se podría formar con ello una criatura>> <<¿Y qué me dices de la tesis del fraile Fuente de la Peña, el cual afirmaba que una mujer podría parir cada día del año siendo los fetos de nueve meses? Como el juego de las muñecas rusas. Después de cuarenta años viendo vaginas, te aseguro que todo es posible en este mundo. Estremecedor, ¿verdad?>> Y lo era, incluso podía llegar a ser algo sórdida en su discurso, pero así y todo demostraba una erudición sin límites. También me recomendaba lecturas: ella fue la que me había sugerido la idea, y me había proporcionado algunas pautas, para recrear con verosimilitud la cosmogonía de *La divina comedia* en aquel hospital anodino.

Tal vez mi imagen idealizada de aquella mujer estaba espoleada por mi fantasía desbordada, pero era innegable que cuando hablaba sus palabras tenían el ritmo solemne de una sacerdotisa mística y que sus consignas se hallaban nubladas de trascendencia y ambigüedad cual oráculo de Delfos. La señal inconfundible, sin embargo, la que originaba aquella aureola de misterio a su alrededor, era su ojo de cristal. Un ojo turbio, de leche cuajada, que daba la sensación de ser más indagador que cualquier otro ojo sano.

De este modo, con el tiempo, aquella anciana achaparrada se había convertido en mi confidente, en mi Pepito Grillo particular; una suerte de consciencia de quita y pon a fin de ordenar mis embarullados pensamientos. Mis problemas con Eli, algunas rencillas con mi marido o con alguna compañera de planta, los acosos de Oli... incluso el sentido de la vida o el significado del amor. Le exponía toda clase de cuestiones, más o menos trascendentales. Pero aquella mañana estaba decidida a

revelarle la preocupación que me había perseguido desde el día que contraje matrimonio con Fred.

La encontré al final del pasillo, en una salita donde al personal se nos permitía fumar. Una nube de humo se había remansado frente a su rostro anguloso, desdibujándolo; no sabía si sonreía o si estaba seria, ni tampoco si me escudriñaba con su mágico ojo de cristal. Me ceñí al procedimiento habitual y le mostré el salvoconducto en forma de cara triste y asolada por la pesadumbre (no en vano, Julia ya se había cuidado de constatar que tenía muy mala cara aquella mañana, y más siendo viernes), y me situé frente a ella. Oh, Diosa, ilumíname con tu sapiencia. Le expuse, por fin, la tesitura en la que me encontraba y recalqué el temperamento irresoluto de mi marido y su existencia semejante al de un autista.

Primero permaneció inmóvil, tal vez concebía que hubiera sobrellevado un problema como aquél y que en ninguna ocasión se lo hubiese planteado. Temí que aquella falta de confianza la ofendiera. Pero no fue así, imagino que en su infinita magnanimidad cabía el que yo no hubiera estado preparada para revelarles mis más hondos quebraderos de cabeza hasta aquel día. Carraspeó haciendo vibrar la flema perpetua de su garganta y comenzó a hablar:

-Siempre tenemos carencia de donantes de sangre, en este hospital y en cualquier hospital del mundo. Las reservas de sangre, salvan vidas. Donar sangre incluso resulta beneficioso para salud. Y no obstante, carecemos de ese líquido vivificador.

Asentí, animándola a continuar, aunque aún no comprendía adónde quería llegar.

-Un hombre tiene por término medio unos cinco litros de sangre. La mujer, un poco menos. Y los niños, menos aún. Si calculamos que en promedio cada uno de los cinco mil millones de habitantes de este mundo tiene unos cuatro litros de sangre, resulta que hay unos veinte mil millones de litros de sangre humana. Te parece una barbaridad, ¿verdad? Pero resulta que toda la sangre de la humanidad cabría en un cubo de unos trescientos metros de largo por un metro de alto, una extensión inferior a este edificio. ¿Te percatas de ello?

Esperé unos segundos con la esperanza de que el tiempo clarificara aquella idea en mi mente, como los intestinos absorben las proteínas y los minerales de los alimentos ingeridos. Me di por vencida. Como era habitual en ella, sus consejos distaban mucho de ser cristalinos, sus sentencias solían estar veladas, como su rostro tras las nubes de humo que exhalaba por la boca.

-Lo que intento decirte es que las cosas importantes, las cosas vitales, no suelen ser, en definitiva, muy grandes, incluso parecen desdeñables. Lo que nos impulsa a

vivir, es pequeño, casi insignificante. Lo que nos hace felices no es un gran detalle, sino una serie de detalles nimios. Tu marido es el conjunto, lo grande, lo que llamó tu atención. Pero en su interior se esconden los detalles, los detalles que tú necesitas. Lo que hay que dilucidar es si esos detalles que esconde son los que tú buscas o no. –Tosió de nuevo y, acto seguido, consumió su cigarro de una sola calada. –Y para sacarlos a la luz, sólo se me ocurre un camino, que no por tortuoso es menos infalible.

Cuando me lo hubo revelado inicié un gesto de protesta, pero ella se me anticipó con su tono grave e inequívoco. Siempre que consultaba con mi diosa Eir esperaba escuchar un veredicto dicotómico por sistema: o aprobatorio o reprobatorio. Como si de una legisladora de la ética universal o un árbitro de un litigio moral se tratase. Bien que en aquella ocasión, su veredicto fue poner en marcha un elaborado plan. Supongo que la razón era que esta vez mi pregunta no admitía una sentencia o una exhortación sino asesoramiento.

–¿Cómo voy a hacer eso? –balbucí.

–Tengo experiencia con los hombres. No sabes cuantas veces he tenido que echar mano a ese truco. Aunque baja y rastrera, es una artimaña que nunca falla. Los hombres necesitan percibir la amenaza de la pérdida para advertir lo que tienen. Cuando se nos avería nuestro televisor nos damos cuenta de la compañía que nos proporcionaba. Adereza la sensación con la punzada de los celos y el plato está servido. Tan fácil como eso. –Hizo un gesto de aplomo para acreditar su disparatada propuesta y, acto seguido, abrió los brazos como exponiendo sus argumentos a la contemplación de los demás: tanto confiaba en la infalibilidad de los mismos que no le importaba que fueran susceptibles del juicio unánime de todos los que pasaran por allí.

Ante aquella seguridad omnipotente, rechacé apelar de nuevo a su autoridad con una última mirada implorante. Le agradecí su tiempo y dedicación y me alejé de ella, dejándola en una especie de trance filosófico, sosteniendo un nuevo cigarro con un escorzo hierático. Sentí su mirada en mi cogote, pero no me volví por temor a convertirme en estatua de sal. Mi diosa Eir había emitido su dictamen y ya nada podía negociarse.

4

Mi misión era fingir una aventura. Además, para dar verosimilitud al chismorreo que debería generar yo misma, debía de fingir que había sido con Oliver Martínez, el médico cazador de chicas.

El plan estaba minuciosamente estudiado por mi diosa Eir. Empezaría a emitir señales ese mismo fin de semana, mostrándome más distante de lo habitual con Fred, para infundarle la sensación de que me hallaba en las nubes del recuerdo, y también era apropiado sonreír de vez en cuando, siempre en actitud soñadora, como si evocara algún episodio maravilloso de mi vida. El lunes debía acudir al hospital con ropa sexy, maquillada y perfumada, y allí comenzaría a difundir la noticia de mi idilio con Oli entre algunas compañeras seleccionadas, que a la vez reproducirían el mensaje en progresión geométrica; hasta que toda la planta, y es posible que gran parte del hospital, tuviese constancia de mi relación con aquel médico. El lunes por la tarde, al terminar mi turno, llamaría a mi marido para comunicarle que el coche se había averiado (ya que habrá sido debidamente saboteado por mí) y pedirle que pasara a buscarme. Avisaría a Oli y le confesaría en un tono reservado que necesitaba hablar con él en el aparcamiento, que tenía algo muy importante que decirle. Allí se desarrollaría la actuación decisiva: Fred habría llegado, los ojos de mis compañeras se posarían en él como si de un condenado a muerte se tratase, alterando su susceptibilidad aún más, y entonces Oli haría acto de presencia, pero sorprendido por la llegada de mi marido, se retiraría con una disculpa en forma de balbuceo. Fred ya empezaría a sospechar algo. Y al regresar a casa, el golpe de gracia, el desenmascaramiento que reduciría a polvo su existencia monótona. Cuando me declarase culpable y, acto seguido, me mostrara profundamente arrepentida, él cambiaría.

Era así de sencillo, en teoría. Aunque la parte práctica me abrumaba: nunca he sido muy buena actriz, y demasiados parámetros escapaban de mi control. Sin embargo, confiaba en mi diosa Eir, nunca me había fallado, no debía oponerme a aquel retorcido plan minuciosamente confeccionado para la ocasión.

¿Sería capaz de llevarlo todo a cabo? Lo ignoraba, lo descubriría sobre la marcha. La última parte era la que me parecía más peliaguda: la confesión de mi desliz, de mi aventura con el médico del hospital que él había podido conocer en el aparcamiento; un hombre más joven y apuesto que él. No, lo de apuesto era prescindible: demasiado ofensivo. Mejor ceñirse a *más joven*; una puya justa y

verificable objetivamente que no amenazaría con arruinar por completo mi matrimonio, sólo lo transformaría en una sustancia volátil. O más bien, inflamable. <<Según lo que hagas ahora, Fred, puedes perderla para siempre>>, le advertiría su vocecita interior. Limitarme a *más joven* le dejaba un mayor margen de posibilidades para recuperarme; excederme con un *más apuesto* podría llegar a resignarlo, y que asumiera la derrota, evitando competir contra mi amante.

Funcionaría, porque estaba esmerándome en limar todas las asperezas, hasta que la actuación se desarrollase con la precisión quirúrgica del afamado doctor Gomariz.

<<Recuperaréis la intimidad emocional>>, fueron las postreras palabras de mi diosa Eir. <<Probará el veneno de los celos y cada uno de tus gestos, cada una de tus palabras o descuidos se convertirán en pruebas irrefutables de sus sospechas y de su malestar>>. El instinto de competición natural en los hombres despertaría de su largo sueño y Fred lucharía por mí, sacaría lo mejor de sí mismo, me recordaría cuales fueron las virtudes que me enamoraron en el pasado, y al recordarlas todas mis dudas se esfumarían. Fred me perdonaría e, impulsado por una ferviente certidumbre alimentada por un deseo renovado, se convencería de que podía volver a encandilarme como lo hizo antaño, que vencería el embrujo de lo prohibido, un embrujo que sólo me había extasiado momentáneamente, que todavía no nos habíamos instalado en la rutina, que existía una brecha para revestirlo todo de novedad; que a ambos todavía nos quedaban muchas regiones de pasión por explorar; sorpresas, aventuras, descubrimientos, cariño... amor. Mi diosa Eir tenía razón, como siempre; fingir que todo continuaba igual, que no estaba disgustada con Fred y su existencia mustia, no sólo era perjudicial para mí, sino para mi matrimonio y mi hija. Le infligiría un gran dolor, pero era un dolor inevitable, como el que produce el seco tirón de una tiritita o el mordisco de una vacuna. Con el tiempo, la ofensa se consumiría, sofocada por un amor restaurado al fin; sofocada, sobretodo, por la falta de oxígeno que antes me había suministrado Oli para avivar mi pasión y mis ganas de vivir. Con el tiempo, sí, ni siquiera los rescoldos de aquel fuego adúltero sobrevivirían en nuestro fortalecido matrimonio.

Conduciendo de regreso a casa, por un instante me imaginé que aquella mentira fuese cierta. Me imaginé una vida junto a Oli, una vida con innumerables momentos excitantes llamados a perpetuarse. Me replanteé, incluso, cómo habrían sido aquellos últimos años si no hubiese conocido a Fred y me hubiera enamorado, por contrapartida, de Oli. Otras amistades. Otra forma de disfrutar de las vacaciones.

Otro pueblo, quizá en tierras andaluzas, en una casita de pizarra y adobe, rodeada de geranios y recipientes con agua que contendrían los claveles con los que cada mañana me agasajaría. Otra forma de hacer el amor. Otra forma de vivir. Otra... Eli. Cuando pensaba en ella, entonces cerraba súbitamente los ojos para evitar deslumbrarme por el fulgor de otro destino. Arrepentida y avergonzada de aquel pensamiento, trataba de convencerme de que una joya siempre brilla más cuando se contempla desde el otro lado del escaparate. Una vez en tu dedo, parece perder su magia, y nuestra atención se desvía entonces hacia otras alhajas. No importaba cuál, bastaba con que fuera diferente para que nos resultase más atractiva. Y si no me hubiera casado con Fred, Eli no habría nacido. Habría nacido Laura, Marta, quizá Javier. Pero no Eli. Cerraba los ojos y frotaba mi joya con intensidad, con la esperanza de que al abrirlos se hubiese instalado de nuevo su esplendor original. Pero si no lo conseguía, era Eli la que me ayudaba a contemplarla desde el ángulo adecuado, ese ángulo en el que toda joya desprende un calidoscopio de destellos.

<<Fuiste injusta con papá>>, me decía otras veces sin contemplaciones, con una voz adulta, como si ya hubiera crecido y fuese una adolescente que sólo podía ver a su padre los martes y los jueves de cada semana y para ello debía coger un avión hasta Islandia. Pero su cuerpo continuaba siendo menudo e infantil. <<A lo mejor fuiste tú la que dejaste de brillar. ¿Nunca te lo planteaste desde su punto de vista?>>

Llegué a casa con la mente en blanco, me había impuesto no darle más vueltas a aquel asunto o terminaría enloqueciendo. Improvisaría sobre la marcha, como hacía en el instituto cuando me presentaba a un examen sin haber estudiado lo suficiente pero con la confianza casi mística de que alguien, quien fuese, no permitiría que nada se torciese en mi vida. ¿Los prolegómenos que luego tomarían forma encarnándose en mi diosa Eir?

-Hola, ¿qué tal? –me saludó nuestro nuevo vecino, que en aquellos momentos regaba su jardín con la vista en el horizonte.

-Digamos que bien. ¿Y usted?

Se llamaba Harald Sturluson y era oriundo de Reykjavik, en el enorme peñasco en forma de meseta que era Islandia. Hacía escasas semanas que se había mudado a aquella casa lindante con la nuestra. El anterior propietario, el señor Carrasco, un anciano de avanzada edad, había fallecido no hacía mucho y aquel turbador hombre

con un parecido asombroso a Sean Connery la había alquilado a los herederos. Nuestra urbanización era pequeña, de no más de quinientos habitantes, así que resultaba del todo casual que en ella habitaran dos islandeses, máxime si vivían uno junto al otro.

Vestía siempre elegante, gorra de visera, suéter negro de cuello cisne, pantalones de pana, zapatos caros, barba cana bien recortada. Su rostro transmitía serenidad pero sus ojos delataban que bajo aquel manto de apacibilidad se sucedía un trabajo frenético, una explosión de ideas, pensamientos, suspicacias y preocupaciones que tiznaban su apariencia y empañaban la pulcritud de su trato y el timbre de su voz. El señor Sturluson nos explicó que el motivo de su emigración se debía a cuestiones laborales: dirigía una pequeña empresa de consumibles informáticos (otra casualidad) y había abierto una sede en España con la intención de expandirse en el mercado europeo, sin embargo aquel embolismático rumor que se traslucía en sus actos y en sus miradas excitaba mi imaginación. ¿Un desengaño amoroso? ¿Sus ancianos padres habían fallecido y, sin más familia en la que apoyarse, había decidido abandonar su país y con él la tristeza y la soledad? ¿Harto del frío había resuelto por fin instalarse en ambientes más cálidos? Cualquier opción era posible si me inspiraba lo suficiente, porque nuestro trato con los vecinos solía ser reservado, y si ellos no sabían demasiado de nosotros, el pudor y la falta de curiosidad provocaba que nosotros aún supiéramos menos de ellos. Apenas sus nombres, a qué se dedicaban, cuánto tiempo llevaban viviendo en aquella urbanización, si tenían hijos o no y algún otro detalle superficial, nada más. Para dar volumen a esta aureola de misterio, también su estilo al vestir conciliaba el clasicismo más demodé con el vanguardismo; mi imaginación no encontraba dificultades entonces para concebir su despacho, equipado con un gramófono de bocina del que emergía una pieza decrepita de jazz junto a un ordenador portátil de última generación; una gorguera adornando su cuello en las cenas importantes sobre una gabardina a la última moda.

Fred rehuía los ambientes cálidos, las estufas, los calefactores, las mantas o las prendas de abrigo, como si fuese un fragmento de hielo desprendido de su país, una suerte de sustancia termolábil tratando de persistir en su forma. ¿El señor Sturluson, en su calidad de nórdico, también estaba construido con el mismo material? Al menos, aquel sosia de Sean Connery no parecía sedado por la morfina anímica.

-Bueno, he de irme, señor Sturluson; estoy agotada.

-Descuida. Pero llámame Harald, ¿de acuerdo? Nunca me ha gustado que me llamen señor, y menos aún desde que me he convertido en uno de ellos. –Hablaba por un rincón de la boca, abriendo un tercio de ella, pero a pesar de todo poseía una dicción envidiable; incluso teniendo en cuenta que su lengua materna no era el español.

Traté de rescatar un jirón de simpatía para aquel hombre, el cual no tenía ninguna culpa de lo que me sucedía, y sonreí.

-Te llamaré Harald, entonces.

-Hecho. No te distraigo más, nos vemos en otro momento. –Realmente parecía que articulaba las palabras como si en un lado de sus labios sujetara un gran puro. Quizás sufría algún tipo de parálisis facial leve, el mismo problema que aquejaba a mi marido en su alma pero localizado en aquella zona de la boca. ¿Algún virus nórdico amenazaba con anquilosar el mundo?

-Hecho –le imité con otra sonrisa, la última, la que terminó por agotar por completo los músculos simpáticos de mi cara.

Al abrir la puerta no me esperaba el típico recibimiento conyugal tan cacareado en las películas o en las teleseries familiares, pero el silencio que me arremetió, como si se hallara contenido entre las paredes de mi casa, me sumió más si cabe en la tristeza, en la soledad; en el arrepentimiento. No había forma de acostumbrarse a esa desazón. Eli se quedaba a comer en el colegio, nuestros horarios eran incompatibles con el suyo, así que Fred, que ya había llegado, estaba solo y como siempre se hallaba sumergido en su libreta de cuentas, encerrado en su despacho. Parecía que ansiaba regresar a casa para meterse en su despacho e instalarse en la rutina confortable de siempre. En una gran libreta anotaba al céntimo los gastos de la semana, en un control exhaustivo pero exasperante de la economía familiar. Tanto de luz, tanto de agua, tanto de impuestos. Parecía recrearse en la lentitud deliberativa de aquellos apuntes. Le avisé de que ya había llegado pero opté por no molestarle más, dirigiéndome a la cocina para poner la mesa. Al fuego hervía una sopa de fideos y junto a ella había una ensalada de pepino y tomate. Su habitual comida frugal y baja en calorías. Apagué el fogón para que la sopa se enfriase: tampoco soportaba las comidas demasiado calientes. Creo que si pudiera alimentarse de cubitos de hielo aderezados con copos de nieve y beber agua de un lago congelado, lo haría sin problemas. Serví un poco de vino para mí y agua mineral de la nevera para él.

Comimos viendo la televisión, en silencio, tan sólo intercambiamos un par de frases protocolarias. Recogí los platos y Fred se marchó de nuevo a trabajar, dejándome sola; aunque sola me había sentido todo el tiempo. Me tumbé en el sofá, abrí la novela policíaca por el punto de lectura y me hundí en aquella historia durante toda la tarde. Mientras leía, al menos, dejaba de ser yo, dejaba de pensar en mí y de sentir lástima de mi situación. <<¿Quieres un consejo?>> Escuché la voz de mi madre el día que le comuniqué que iba a contraer matrimonio con Fred. <<No creo que alguien como tú se deba casar con un nórdico. Si unes el fuego y el hielo, normalmente el es fuego el que se consume primero>>.

5

La cena se desarrolló con mansa somnolencia, tan sólo Eli aportaba un poco de color al cuadro. Nos explicaba con entusiasmo sus aventuras en el colegio. Así era yo antes, pensé. ¿Qué nos había pasado?

Fred la escuchaba mientras llevaba la comida a su boca con movimientos ajenos. De buen seguro que si por él fuera recurriría a una de aquellas bombas de alimentación enteral que le administraría la cena directamente al estómago mediante una sonda nasogástrica, ahorrándose mover los brazos y las manos, masticar, tragar.

Tras la cena, Eli se fue a su habitación a jugar con su consola y Fred se entregó a la poltronería hogareña, sumido en un letargo que, cual prólogo de una aburrida novela, anunciaba el profundo sueño en el que caería al dar las doce de la noche. No importaba que fuera viernes. Cuando yo era más joven acostumbraba a salir los jueves, los viernes y los sábados; acudía a cenas, charlaba con amigos, bailaba en discotecas, contemplaba el amanecer mientras desayunaba chocolate caliente. ¿Dónde se había escondido aquella época? Era una época repleta de excesos, lo tengo presente. Pero también lo era aquella situación de tedio exacerbado: un exceso de ausencia de excesos. ¿Y qué era la vida si no se sazónaba con algunos abusos o no se arrugaban un poco las tersuras de la monotonía mas que un sueño pacífico que no se diferenciaba en mucho de la muerte? Observé a Fred, engullido por las fauces acolchadas de su butaca, con los ojos caídos y la expresión inerte, con la luz del techo apagada e iluminado tenuemente por la lámpara de sobremesa que podía graduarse a placer, y en aquel instante se me cruzó por la cabeza la horrible idea de que si yo desaparecía del mundo, hasta si Eli lo hacía, él continuaría imperturbable allí sentado.

Cuando Eli ya dormía, me recostaba en el sofá y entonces la sala de estar devenía en un remanso de paz sólo mínimamente perturbado por las chirigotas a bajo volumen de la televisión. Con un reajo comprobaba si Fred se había dormido, pero no, sus ojos permanecían abiertos, dirigiéndose hacia la pantalla de la televisión pero traspasándola como si ésta fuera transparente. La gente (o al menos yo) solía pensar en sus asuntos cuando llevaba a cabo alguna actividad, sobretudo si resultaba monótona o repetitiva. Si pasaba el aspirador por casa, pensaba en Eli. Si preparaba la comida, me planteaba comenzar una dieta hipocalórica por enésima vez para espantar lo kilos de más que divisaba de soslayo al pasar ante los escaparates y

espejos de la calle. Si leía, a veces apartaba el libro y reflexionaba acerca de lo leído. Hasta si veía la televisión como aquella noche, mi mente discurría lánguida por otros derroteros a fin de no anquilosarme con la soporífera disposición de las 625 líneas. Fred, no. Fred acometía cualquier empresa con la vista derramada en el aire, con una expresión de bobalicona ausencia, con el centro de gravedad extraviado en el infinito, con sus sentidos encapotados por la desgana, enturbiados como los de un buceador avanzando por el ingrátido paisaje submarino, en las abisales profundidades de la molicie y del hermetismo más lúgubre. Al principio, atribuí aquella actitud a una profunda concentración en sus quehaceres, a una invocación de toda su capacidad intelectual con objeto de resolver el problema de forma específica, asegurándose de ese modo una máxima diligencia en el empeño. Sin embargo, pronto descubrí que su mente sencillamente se paralizaba si no era imprescindible recurrir a ella.

Me hubiese gustado acompañarle en su abstracción, quizá por regiones de tristeza o melancolía, por las heridas de una infancia desdichada, de un pasado que desconocía en gran parte; me hubiese gustado demostrarle que estaba dispuesta a superar cualquier obstáculo que se opusiera a su felicidad, que siempre podría contar conmigo, que estaba allí para ayudarle en todo. Bien que para ello necesitaba que él contribuyera, que me permitiese franquear aquel espacio íntimo al cual había vedado el paso a su propia esposa. Ante mi preocupación sólo recibía un <<no me pasa nada, cariño>>. Incluso hubiese preferido discutir algún día. Como lo hacían Jaime y Cristina, nuestros otros vecinos. A menudo se colaban sus voces preñadas de ira a través de las ventanas abiertas, y pensaba que la ira era sinónimo de vitalidad, una prueba de que el *rigor mortis* aún no ha acontecido aunque aquel cuerpo hiciese horas que no reaccionara a ningún estímulo. Y resulta más inquietante el silencio sostenido, el silencio de alarma de un pueblo fantasma en el que antaño el estrépito de los arcabuces y el fúnebre desgarrar de las voces la vaciaron de vida. No aspiraba a reproches en forma de insultos ni a sermones densos, ni tan siquiera a sarcásticas carcajadas de ópera. Me conformaba con una sucesión atropellada de gritos catárticos que nos desgañitase a ambos; luego ya nos cuidaremos de tomar *hibitane* para el escozor de garganta y haríamos el amor para restaurar el alma. Era preferible un acceso de ira a uno de abulia, una imprecación a un silencio contenido, un golpe en la mesa a una parálisis que no transmitiese nada. Pero nuestra relación navegaba por una calma chicha originada por el tedio. Ni siquiera ya era tedio, sino hastío.

A las doce en punto se fue a la cama y yo continué viendo la televisión y deambulando por mis pensamientos hasta que el sueño me venció.

El sábado por la mañana, después de desayunar con Eli, me asomé al dormitorio para comprobar si Fred aún dormía. Como era habitual en los días festivos, continuaba espantado en la cama, dando la sensación de que no se metió en ella con placidez y a continuación se había arrojado con las sábanas sino que se había precipitado sobre el colchón desde el techo. Como si al salir del baño se hubiera resbalado, topándose en su trayectoria de descenso con aquel nuevo terreno que conciliaba la consistencia del suelo firme y el ondulante sopor de un océano de aceite. Cuando alguien en el hospital sufría una caída de una cama, una litera, una silla, una silla de ruedas o sencillamente mientras andaba por los pasillos o los jardines se debía rellenar una exhaustiva hoja de registro de batacazos donde se contemplaban factores extrínsecos, como el suelo resbaladizo, el calzado inapropiado, la ausencia de barandas o si el paciente estaba acompañado por un familiar o el personal de enfermería, y factores intrínsecos, como si se hallaba desorientado, agitado, sufría inestabilidad motora, problemas de visión o tomaba psicofármacos, diuréticos o hipotensores que propiciaran una lipotimia, insomnio, vértigo y demás. Es fundamental determinar si la medicación se podía relacionar con alguna causa coadyuvante de la caída y si, de este modo, el hospital tenía algún grado de responsabilidad en un hematoma de más, una herida, una luxación o una fractura del tipo que fuere. Estudiar una caída, sus causas y consecuencias, se asemeja a la disposición científica con la que se aborda un hallazgo arqueológico: en todos sus recovecos debe incidir la luz del escrutinio más minucioso a fin de inferir el origen de cada arañazo, de cada escoriación, de cada doblez y de cada fragmentación; recrear todas las circunstancias, su aspecto original, su verdadera pigmentación, sus usos y, sobretudo, su datación mediante la técnica del carbono catorce. Así de predispuesta me hallaba yo a contemplar la naturaleza de una caída, con el rigor y la perspicacia de un detective privado. Yo era el Sherlock Holmes de los batacazos. Sin embargo, con mi marido no era necesario iniciar ninguna investigación. <<Elemental, querido Watson, Fred Berg, aunque parezca lo contrario, no se ha tropezado con nada, sólo está echando un pacífico sueño que se prolongará hasta la hora de comer, como lleva haciendo desde siempre>> proclamará Holmes sin moverse ni un ápice del vano de la puerta, y sin necesidad

de echar mano de su lupa. Con Fred, el caso estaba resuelto de antemano. Los arqueólogos debían volver a sus polvorientos museos a desentrañar los secretos de piezas más misteriosas e imprevisibles que aquélla. La enfermera debía hacer añicos su hoja de registro de caídas del hospital más aburrido y rutinario del mundo.

Resolví irme con Eli a un centro comercial que no quedaba muy lejos, al menos así huiría de la quietud de aquel ambiente. Huiría de aquel sábado. Y también del domingo, que sería un calco de todos los sábados y domingos de los últimos cinco años.

<<Ya es hora de que le pongas los cuernos a tu marido>> dijo mi voz interior con exultante determinación, como si aprovechara la coyuntura para desquitarse de algún antiguo agravio. Y aquel lunes, después de mis acostumbradas dificultades para madrugar, me esmeré en mi aspecto: una falda negra plisada, un jersey de cuello alto que realzaba mi figura y maquillaje agresivo. Comenzaba la sagrada misión que me había encomendado mi diosa Eir.

6

-¿Entonces tú y Oli...? –repitió por enésima vez María, como si tratase de digerir un objeto sólido, de acero, con sus inofensivos jugos gástricos.

Me había aplicado en mi actuación, todas se habían tragado aquel objeto compacto y macizo, aunque María era la única que lo había hecho sin masticar, de ahí su dificultad para asimilarlo. Julia parecía la que más se había convencido de la verosimilitud de mis palabras, ya que se aplicaba rímel en los ojos con especial insistencia y apenas intervenía en la conversación. Berta, por su parte, me observaba un tanto desconcertada: ¿qué había pasado con la misántropa que llamaba gilipollas a Oli?, supongo que se preguntaría.

-Sí, el viernes noche, cedí.

Aquella frase podía interpretarse de tanta maneras que me resultó idónea para la ocasión. ¿Habría cedido a cenar con él? ¿A besarlo? ¿A tener sexo? ¿Habría abandonado a mi marido para profesarle amor eterno a aquel altivo médico andaluz? Todas las hipótesis eran viables.

María permaneció en silencio, observando el techo. Al parecer quería continuar interpretando las formas que creaba la humedad.

-No me lo puedo creer –intervino Berta, y añadió de inmediato: -Pero felicidades, chica; has conseguido llevarte el premio gordo del hospital.

Simulé ruborizarme y Julia resopló. Al parecer no le sentaba bien que la atención del público se centrara en mí. Siempre había sido la protagonista y nosotras las secundarias. Además, aquella mañana quería desgranarnos sus aventuras con Juancho en la nieve, y mi noticia, obviamente de más calado, convertía la suya en un soporífero parte meteorológico.

-¿Y tu marido? –inquirió, tratando de resarcirse de su fastidio. -¿Sabe algo?

Compuse una mueca de resignación.

-No, todavía, no. Pero supongo que habrá que decírselo. Espero que reaccione bien.

-Pero ¿lo vuestro va en serio? –insistió.

-¿Lo mío con Fred o lo mío con Oli?

Frunció la boca, retocándose con un rápido juego de manos sus pantalones vaqueros desgastados y su niqui blanco, bien que aquellos movimientos espasmódicos no pertenecían a alguien consagrado a sus propios encantos. No aquella vez. Sus movimientos más bien denotaban cierto nerviosismo. Y envidia,

mucha envidia: esa idiota no sólo tiene un idilio, sino que además está casada, pensaría. Mi Juancho es magnífico pero... ¿cómo voy a competir contra dos hombres? Su futuro en los escenarios parecía condenado a papeles de reparto, quizás hasta de sencilla espectadora.

-Me refiero a lo tuyo con Oli –aclaró con una sonrisa forzada.

-No lo sé –dije levantando los hombros. –Probaremos, ¿no?

Todas se rieron, menos María, que perseveraba en su contemplación extática de las humedades del techo. Y, por supuesto, tampoco Julia se confabuló con aquella veleidad, concentrada en la armónica disposición de su cabello, recreándose en ello para no verse obligada a intervenir más.

-¡Un oso polar! –exclamó María de repente. –¡He visto un oso polar allí arriba!

Cuando continuamos pasando visita, temí que Oli se hubiese percatado de algo, que alguna información se hubiese filtrado ya y que aprovecharse aquella tesitura para ser más descarado conmigo. <<Tú has dicho que me querías, es más, que has salido conmigo. ¿Qué esperabas?>> me diría tratando de besarme.

-¿Qué tal, Ana? –me dijo en realidad con un tono melifluido lejos de las miradas de las demás enfermeras y auxiliares.

-Bien –titubeé. No me atrevía a mirarle a la cara, no fuera a transparentarse la fabulosa mentira en la que se sustentaba mi renovado aspecto.

-Hoy estás muy guapa.

-Ah, gracias. Eh...

-¿Sí?

¿Sospecharía algo? Aguardaba a que le revelase mi atracción por él para estallar en carcajadas y advertirme que era hartamente curiosa aquella táctica de comunicarle primero a los demás lo que sentía por una persona, incluso fabulando acerca de una supuesta cita.

Por un momento todo me pareció absurdo. ¿Simular un idilio? Mi diosa Eir estaba loca. No era una diosa, era una simple mujer próxima a la jubilación que se dedicaba a escudriñar vaginas día tras día. <<Madura, Ana, madura>>, no era un palíndromo, pero no por ello dejaba de ser un excelente consejo.

-¿Qué pasa? –insistió.

Por suerte la leve quejumbre del paciente irrumpió en aquella pausa dramática y me rescató de una respuesta inmediata. Oli atendió al señor Narbona mientras yo

me debatía entre varias posibilidades. Ya había dado el primer paso. La noticia de mi idilio con Oli ya era materia de interés general, no podía echarme atrás. Pero por otro lado... por otro lado no me sentía con fuerzas de continuar. Quería regresar a casa, al silencio y quietud hogareña, a la monotonía de mi relación con Fred, que me producía insatisfacción, sí, pero también una falta total de sorpresas y desengaños. Sabía a qué atenerme, una sensación que echaba de menos en aquella situación dominada por la incertidumbre.

-Bueno, ¿por dónde íbamos? –me dijo de nuevo Oli.

-Creo que había dicho *eh...*

-Sí, eso habías dicho. Pues adelante, continúa.

-De acuerdo. –Me aclaré la garganta. –Eh...

Cuando hubieron transcurrido cinco segundos, aún debatiéndome entre el camino a seguir, Oli decidió por mí, haciendo todo el trabajo.

-No es necesario que digas nada, corazón. Ya lo sé todo. Sé que estás fingiendo frente a tus compañeras, que estás explicando que el viernes cenaste conmigo y que pasó de todo entre nosotros. –empezó con una sonrisa de suficiencia.- No te culpo, te entiendo muy bien. Supongo que en el fondo te hubiese gustado cumplir ese sueño, pero no te atreviste a decírmelo. Pero no pasa nada, ¿sabes? Podemos quedar este viernes para cenar y así no será necesario que finjas más. ¿Qué te parece? No se lo diré a nadie. –Se puso la mano en el pecho y se irguió con cómica solemnidad. –Te lo prometo bajo el juramento hipocrático.

-Eh... -continué yo, reanudando la frase allí donde la había dejado. –Te espero en el aparcamiento cuando salga, a las tres.

Articulé la frase como si fueran palabras en un idioma extranjero, una sucesión fonética que no comprometía a nada; su significado no podía hacerme ningún daño.

Oli me guiñó un ojo de confabulación como respuesta, ya que una de las auxiliares se acercaba a nosotros.

Antes de salir del hospital acudí al servicio para retocar mi maquillaje. Para el último acto, el decisivo, debía estar impecable, arrebatadora. Por un momento me sentí como la emperejilada Julia. Me contemplé en el espejo, oscureciendo mi imagen con el vaho. ¿Adónde había llegado? Sacudí la cabeza, obligándome a no reconsiderar más veces mi decisión, y me dirigí a escena respirando hondo.

Por teléfono le había dicho a Fred que había extraviado las llaves del coche, no me veía capaz de sabotear el motor de mi propio coche, no tenía ni idea de mecánica. Así que al llegar al aparcamiento, agredido por las miradas de las enfermeras y demás personal del hospital, divisé a Fed junto a mi coche, con el suyo estacionado al lado. Me miraba fijamente a lo lejos, ¿quizá ya sospechaba algo? Por el momento, no creía que ninguna de mis señales hubiese surtido efecto. Le saludé e hice aparecer las llaves de mi bolso con un arabesco de prestidigitador.

-Al final las he encontrado –le dije con el corazón palpitándome en los oídos. Me temblaban las manos y las llaves tintineaban a su ritmo revelando mi nerviosismo, así que las aferré con el puño y compuse mi mejor sonrisa de inocencia.

-Entonces asunto arreglado. –No se había percatado de nada, parecía inmune a las miradas, a mi evidente inquietud y a mi maquillaje. ¿Dónde estaba Oli cuando se le necesitaba? Por una vez que deseaba sentirme acechada, el cazador parecía haber perdido su interés por mí. ¿El haberme entregado sin oponer resistencia le había hecho perder el interés por mí? -Bueno, ¿nos vamos? –me apremió Fred.

-Sí, sí... –por fin aparecía, emergía en aquel momento de las puertas automáticas del vestíbulo principal. –Ah, es Oli. ¡Hola! –exclamé con un brinco de arlequín, impelida por la tensión creciente.

No necesité simular el bochorno del encuentro, la sensación que transmitía era fidedigna. Oli se detuvo un instante, quedándose en guardia, contemplando el panorama que le esperaba, pero de inmediato reanudó la marcha hacia nosotros, ya que era demasiado tarde para cambiar el rumbo. Bordeó con el donaire de un cómico de cine mudo el alcorque de un árbol que aún no había sido plantado, como eludiendo los terrenos cenagosos: suficiente consistencia gelatinosa tenía ya el suelo firme en aquellos momentos. Alzó una mano para saludarme. Parecía un niño. Y yo también. Dos niños jugando con el material inflamable que eran los sentimientos de una persona.

-¿Quién? –me interrogó Fred frunciendo el ceño.

-Pues uno de los médicos de mi planta –le aclaré con un trémolo en la voz. –Te he hablado de él muchas veces, pero como nunca me escuchas.

-¿Me has hablado de él?

-¡Hola, Oli! –exclamé de nuevo para ahuyentar a los monstruos, como si cruzase un bosque tenebroso cantando, sin pensar en la situación en la que me hallaba.

-Ana –vaciló Oli, mirando alternativamente a Fred y a mí, sin saber a qué atenerse. En sus ojos se adivinaba un fondo de temor, cabía la posibilidad de que yo

hubiera llamado a mi marido para que le diese una buena lección, a fin de desembarazarme de su acoso de forma taxativa. Sonrió nervioso.

-¿Qué tal? ¡Qué casualidad!

-¡Bueno! ¡Salgo a esta hora! –se rió. –¿Qué tal?

-¡Pues me marchó a casa! ¿Y tú?

-¡A casa también! –De nuevo risas, y yo le acompañé.

-¡Te presento a mi marido, Fred!

-¡Hola, Fred, soy Oli! –Y le estrechó la mano con energía de pistón.

Fred nos contemplaba con la extrañeza con la que presenciaria una obra cuyos histriónicos actores se desarrollaran en aquel ritmo dactílico y artificioso más acorde con una epopeya grecolatina. Por su parte, Oli no dejaba de interrogarme con los ojos.

Nos despedimos de él y, sin intercambiar palabra alguna, ambos nos subimos a nuestros respectivos coches. Al cerrar la puerta, dejé escapar el aire contenido. ¿Qué había hecho? Aquella situación había sido más embarazosa que la sufrida con diecisiete años, cuando mis padres me encontraron un paquete de tabaco en el bolso. Encendí la radio, busqué en el dial una canción animada y seguí a mi marido hasta casa, esperando que todo hubiese surtido efecto y que al día siguiente, al despertar, mis problemas con Fred se hubieran arreglado por sí solos. No tenía intención de repetir aquella escenita nunca más. De hecho, no tenía ánimos para regresar al hospital y que todo el mundo me observase tratando de adivinar quien había mentado: si Oli, que ya habría difundido que nunca había cenado conmigo y que tampoco había nada entre nosotros o yo, la enfermera recatada. Toda la culpa la tenía mi diosa Eir, y yo misma, por seguir sus designios cual devota religiosa.

Antes de entrar en casa, nos encontramos con el señor Sturluson, o Harald, como gustaba que le llamase, que estaba podando los rosales que crecían en la valla que dividía nuestros respectivos jardines. Nos saludó con un movimiento de cabeza y se nos quedó mirando hasta que franqueamos la puerta de la entrada.

7

Después de cenar y de acostar a Eli me senté en mi sofá, mirando con un reojo a Fred. Él permanecía impasible atravesando el televisor con su visión de rayos X, abismado en su ausencia. No parecía que le hubiese originado ningún palpito con mi actuación, ni siquiera una ligera inquietud. Aún podía echarme atrás. Sí, aunque soportara unos días de bochorno acudiendo al hospital, todavía era capaz de suspender el final de la obra sin que mi público prorrumiera en silbidos y abucheos. Pero si me decidía a continuar, debía hacerlo aquella noche, antes de que el eco de Oli se extinguiese o se tornara ininteligible por el creciente atropello en la reverberación.

Agarré una revista y fingí que la leía, pasando las hojas a un ritmo regular, examinando las ventajas y los inconvenientes de aquellas dos opciones, y tan pronto me resolvía por una como por la otra.

La cuestión fundamental era: ¿Deseaba continuar junto a aquel hombre anodino, plano, exento de pasión? ¿Deseaba continuar una vida sin sustancia?

Por mi cabeza cruzó una imagen fugaz de Eli que iluminó la respuesta afirmativa. Sí. Quería continuar aquella vida con Fred y con mi hija, o al menos sentir que lo había intentado todo antes de rendirme. Me amparé entonces en el fin de mis actos: reavivar nuestra relación, añadirle una pizca de condimento, para continuar juntos, para ver como Eli se hacía mayor, para envejecer en aquella casa, en paz. La legitimidad del propósito enmendaría lo mezquino de aquel engaño.

Me aclaré la garganta, dispuesta a comenzar. Sin embargo, cuando la voz comenzó a emerger, clausuré la salida, sumergiéndome de nuevo en la lectura de aquella revista, refugiándome en el placer momentáneo de la postergación. Me repetía de forma incesante que mañana sería otro día, como un devoto ora por enésima vez en busca de consuelo. Fred no pareció apercibirse de mis vacilaciones, pero no tardaría en hacerlo; debía decírselo aquella noche o nunca, porque la verdad comenzaba a pudrirse en mi interior. Necesitaba formular aquella mentira antes de que mi aliento hediondo originase más sospechas. Necesitaba purgarme con la penitencia de mentir a mi propio marido en algo tan grave como una infidelidad o arrastrar la carga para siempre.

Por fin, con actitud teatral, cerré la revista, levanté la mirada hacia su rostro y comencé a confesarle mi ficticia aventura con Oli.

-Fred, debo decirte una cosa. No sé cómo ha podido ocurrir.

Apartó la vista de la televisión para mirarme. Aquella imperturbabilidad en sus ojos incrementó mi titubeo, así y todo me obligué a continuar sin más dilación.

-¿El qué? –dijo con voz inocente. ¿En verdad no había notado nada? ¿Ni mi inversión desproporcionada en cosmética, ni mi ropa, ni las miradas de las enfermeras?

-Verás, me duele mucho tener que decirte esto. Oli y yo. No sé qué me pasó.

Poco a poco fui descubriendo el sendero que debía seguir para salir de aquel bosque de incertidumbre, pero a pesar de todo, mientras narraba mi desliz, parecía escucharme a mí misma con la densa irrealidad y la ausencia de ecos y reverberaciones que se originan en las cámaras anecoicas.

No sé qué esperaba que sucediera mientras confesaba que en un par de ocasiones, mientras él estaba en el trabajo, había invitado a Oli a casa y que, incapaces de domar nuestras pasiones, habíamos terminado en nuestra cama de matrimonio. Tal vez esperaba más, mucho más, y por ello fui encrudeciendo el relato cada vez que comprobaba que las constantes vitales de mi marido continuaban planas, sin las elevaciones ni depresiones propias de los pacientes vivos. Hasta que, vencida, asumí que ni un carro de paros, con toda su parafernalia de sueros, agujas, sondas, material para intubar, aspirador, tubos de analítica, vías EV, gasas, esparadrapos y placas causarían ningún efecto en él. Cualquier reacción hubiese bastado, cualquiera: una mudez pesada, un rostro perplejo ante una evidencia inadmisibile, un grito, una imprecación, un juramento, objetos volcados o esparcidos por el suelo; incluso una casi imperceptible tensión que hiciese temblar su labio inferior. Pero a pesar de lo acostumbrada que estaba a la aridez de sus facciones, su falta de reacción me desarmó. Su rostro parecía poseer las propiedades inamovibles de las máscaras y su cuerpo, la quietud de escaparate de los maniqués. Entonces mi cuerpo denunció con vehemencia aquella neutralidad, y la mejor forma que encontró de hacerlo fue recurriendo a la expresión exacerbada de los sentimientos; como si una obesa vituperara la anorexia engullendo una tarta de crema, o como los trabajadores japoneses, que se sobrecargaban de actividad a fin de evidenciar el exceso de trabajo al que estaban sometidos. Parecía que mi cuerpo se había empeñado en sobreactuar frente a Fred con la esperanza de remover su conciencia, o de arrancarle cualquier emoción, la que fuese; sin embargo lo ilusorio tuvo los mismos efectos secundarios en mí que lo real, la impostura devastó mi alma al igual que lo hubiera hecho la naturalidad: la obesa había engordado más y el empleado japonés se había fatigado. Para encarnar aquel personaje, paradigma de la sensibilidad que

demandaba, me había implicado tanto en su interpretación, había dotado de tanto verismo sus reacciones, que al final me había transformado en él en una suerte de esquizofrenia actoral; y entonces ya no supe si lloraba de verdad o lo hacía como último y desesperado intento de que Fred me imitase.

No lo hizo, y sintiéndome sucia, mentirosa y fracasada hice mutis por el foro y me refugié en mi habitación, conteniendo lágrimas estériles con sollozos y una retahíla de disculpas.

Durante más de media hora lloré con ganas tendida en la cama, vaciándome de mí misma; tal vez así, sin nada en mi interior, conseguiría ser otra persona que no fuese Ana. Luego, aún con la cabeza hundida en la almohada, oí como la puerta se abría. Era Fred, que situando la silla del tocador junto a la cama, se sentó en la penumbra para observarme.

-Lo siento, Fred. Lo siento mucho –balbucí volteándome para mirarle. Me aferré al embozo de la sábana, mostrando todos mis dedos, como si me asomara por una ventana, temerosa, sólo dejando entrever los ojos y la nariz. En parte, y aunque suene miserable, me sentí un poco aliviada de que hubiera quebrantado su férrea monotonía para venir a... ¿a qué había venido? ¿A consolarme? ¿A insultarme? ¿A comunicarme que quería el divorcio? O ¿simplemente a contemplarme en silencio? - ¿Fred? ¿Cómo estás? –le pregunté sin más, anhelando una respuesta que me revelase a qué debía atenerme a partir de aquel momento.

-¿Te acuerdas de que en mi país fui profesor de matemáticas? Quiero contarte algo, Ana. Me despidieron de aquel colegio a los pocos meses, yo nunca lo dejé, no quería dejarlo porque estaba muy satisfecho con aquel empleo. Vivía entregado a mi trabajo, era un hombre cumplidor, o quiero creer que lo era.

-Entonces ¿por qué te despidieron? –le pregunté tratando de llegar a algún punto con esa inesperada declaración.

-Porque era un monstruo.

-¿Un monstruo?

-Sí, por favor, déjame explicarte, necesito sacarlo y extraerlo de mi interior. – Opté por no interrumpirle más, nunca le había visto con tantas ganas de comunicarse y temía romper el hechizo. –Los niños creían que eran demasiado serio y disciplinado. Nunca gastaba bromas, ¿sabes? Me limitaba a impartir mi clase como si fuese un libro de matemáticas capaz de relatar con tono robótico lo que

atesoran sus páginas. Tampoco me solían formular preguntas, así que mi clase no se detenía por nada, parecía más bien un monólogo que seguía un esquematizado programa de enseñanza. Pero el asunto trascendió al resto del profesorado, y más tarde al director del colegio. Sumas, restas, multiplicaciones, divisiones, fórmulas, teoremas, raíces cuadradas. Me amonestaron porque mi clase sólo se ceñía a los números, a los guarismos, y el rendimiento de mis alumnos estaba disminuyendo alarmantemente. Me aconsejaron que debía preocuparme por cada historia personal, atender a sus necesidades, experimentar empatía, estimular la curiosidad, amenizar las lecciones, hacerme cargo de sus problemas para progresar... ser amigo de ellos, un colega, y dejar de verlos como meras pizarras en las que podía escribir lo que se me antojara, o lo que quisiera o lo que fuera. Me recordaron que no eran alumnos sin nombre y sin cara, que no eran anónimos sino personas como yo, o como tú, o como quien fuere. –Me recordó a mi relación con mis pacientes y mis ímprobos esfuerzos por superar el trato mecánico y superficial. Fred parecía no haberlo conseguido. –Lo intenté, te prometo que lo intenté o al menos quiero creer que lo intenté. Pero no pudo ser, no comprendía como podía entablar una amistad con un grupo de críos inmaduros con los que no compartía nada, ni yo con ellos ni ellos conmigo, o sea, nada. Nunca les he gritado, ni les he insultado, ni les he regañado, ni nada de nada. ¿Qué fallaba entonces? ¿No era suficiente con eso? Al parecer, no. Porque prescindieron de mí en aquel colegio a los tres meses de iniciar el curso. Soy trabajador, lo sabes. No bebo, no fumo, no trasnocho, no cometo excesos de ningún tipo, y sin embargo parecía que me enemistaba con aquellos niños, que no era capaz de mantener un trabajo por... por exceso de responsabilidad, tal y como te lo digo. Creo que hasta les infundía terror. ¿Te lo puedes creer? Como si vislumbrasen una amenaza que puede despertar en cualquier momento, como si fuera un volcán en reposo: todo el mundo lo teme aunque lleve años sin entrar en erupción y sus parajes sean tranquilos... demasiado tranquilos. Una tranquilidad inquietante que augura una tormenta de proporciones descomunales, que puede arrasar con todo y con todos. Pero no es así, Ana. Te lo puedo asegurar, o creo que puedo asegurártelo. Yo no reprimo ninguna furia, yo soy un hombre pacífico, siempre lo he sido desde que tengo uso de razón, y hace mucho que tengo uso de razón, o eso presumo, no sé. A lo mejor debería contar chistes de vez en cuando, ¿no?. Tengo un compañero de trabajo, Alfredo Beltrán, que los cuenta sin parar, sobretodo chistes verdes, muy verdes. Le cae bien a todo el mundo, aunque todos sabemos que le pone los cuernos a su mujer cada fin de semana y se gasta el sueldo

en bares y en prostitutas, prostitutas de las caras y de las baratas, de toda tipología. Pero Alfredo es tan gracioso y divertido y ameno que les inspira confianza a todos sus compañeros y compañeras. –Durante su relato permanecía con la vista despeñada, entonces me miró a los ojos y comencé a llorar de tristeza al contemplarle tan indefenso. Había tratado de malherir a un oso de peluche, frío y distante, sí, poco cariñoso, poco compatible con mi personalidad, pero un buen hombre. Idiota. Maldita idiota. –O ese amigo tuyo, Oli, ¿no? No sé, parecía simpático, parecía tener cierto gracejo, un brillo especial en los ojos, pero a mi no me transmite confianza, me resulta amenazador, como si no le importaran demasiado las demás personas, sea cual sea la índole de éstas. Tal vez yo también sea así, a veces lo pienso; pero yo no sé disimularlo como ese hombre, supongo. Desde pequeño me he dado cuenta de que la mayoría de los chicos que me rodeaban y se revelaban como ruines, egoístas, avariciosos o mujeriegos resultan encantadores para el género femenino; y para todo el mundo en general. O Eli, ella tiene posters de cantantes muy guapos, y pronto serán sustituidos por raperos que te atemorizarían si te asaltasen en un callejón oscuro, o en una tipología de calle o avenida semejante o parecida. Y llevará una carpeta forrada de actores muy atractivos que sólo se relacionarán con mujeres que son modelos o también son famosas, y sus relaciones durarán poco, o se sucederán continuos casos de infidelidad, de cuernos, de adulterio o como tú o quien fuere quiera llamarlo, denominarlo. Se enamorará del que mejor juegue a fútbol en su colegio, o del primero que se atreva a ponerse un *piercing* en la lengua, aunque sea un reputado rompecorazones. Y acudirá a discotecas llenas de humo y de ruido y se besará con los chicos que más tiempo pasen en el gimnasio cultivando su cuerpo o los que hayan invertido sus asignaciones semanales en ropa de moda, transgresora, amoral, original. Y yo, en un rincón, no conseguiré nunca agradar a nadie, porque no destaco en nada, porque mi desvalimiento parece inquietante. Por eso me despidieron de aquel colegio, por eso nunca he salido con ninguna chica en mi juventud, por eso mis padres no solían relacionarse demasiado conmigo. ¿Sabes una cosa? Mis padres creían que era homosexual hasta que contraí matrimonio contigo, porque nunca me vieron con ninguna chica ni tampoco hablaba de ellas, sólo con uno o dos amigos que a veces traía a casa y con los que pasaba la noche charlando. Bueno, ellos charlaban y yo me mantenía un poco al margen, porque no sabía qué decir, claro. Parece que lo importante es decir muchas cosas aunque sean perogrulladas, y si son divertidas mucho mejor, así como te lo cuento. Pero yo no

puedo, tiendo, y creo que es más lógico así, a comprimir, a resumir la información, a eliminar las partes redundantes o superfluas; algo así como comunicarme mediante archivos *zip*, *arj* o *rar*; perdona, es nomenclatura de la informática, del trabajo, vaya. Si intento hablar como los demás parece que salgo de mi cuerpo, me elevo hasta el techo y desde un plano cenital observo mi patética actuación, demasiado consciente de mi escasa naturalidad. Me siento postizo, que no soy yo, porque en aquel momento, no sé, quizá estaría en mi cuarto, tumbado, sin hacer nada, mirando la bombilla del techo, contemplando como los fotones lo embadurnan todo de luz. No hace mucho que la empresa reunió a todos sus empleados para hacer una foto de grupo y publicarla en una revista del sector. La foto estaba tomada desde las alturas y todos debíamos alzar las manos hacia el objetivo como si tratáramos de alcanzarlo, así, como dando un salto, como saltamontes con corbata. Pues yo no era capaz de hacerlo como los demás. Los demás ejecutaban el movimiento como si fuese lo más natural del mundo, como si de verdad sintieran lo que estaban haciendo. Pero yo me veía ridículo, en una pose que denotaba mi incomodidad y mi falta de gracia, como si no hubiera nacido para hacer algo así, o algo parecido. De hecho, creo que no he nacido para nada, no entiendo qué debo hacer ni qué hago aquí, sea cual fuere la índole o fuese menester, ningún deseo o interés viene nunca en mi ayuda; me levanto porque es la hora, y los fines de semana duermo y duermo porque no sé que otra cosa hacer: sólo me pongo boca arriba si me canso de estar de costado o me levanto a orinar si tengo muchas ganas, y luego me siento en el borde de la cama, y como no tengo ganas de nada más y sentado no estoy tan cómodo como acostado, pues me acuesto otra vez. Eso es así. Hasta cuando estoy tomándome un café con mis compañeros del trabajo, lo estoy haciendo porque todos lo hacen, para estar con ellos. Nunca me tomo un café, simulo que me tomo un café. Simulo que hablo con ellos. Hasta creo que simulo que vivo, en ocasiones o a veces, no sé. Entonces, una vez, alguien, tú, se fija en mí. He de admitir que me sentí afortunado, no fue un sentimiento demasiado intenso, pero te juro que fue genuino. Y mira lo que ha pasado, a pesar de todo, no he sabido hacerte feliz, me he comportado igual que esa gentuza a la que adorará Eli o que algunos compañeros de clase que ocultaban su vileza detrás de buenas palabras y muchas risas. He resultado igual de ruin, sólo que de otro modo, o de otra manera.

No, pensé sollozando, la ruin era yo. Había fingido un idilio deseando hacer daño a mi marido, probando si al clavarle una lanza en el corazón emanaría sangre o si por el contrario hasta se hallaba congelada en sus venas. ¿Quién era el ruin? Me

sentía como uno de esos niños que al encontrarse con una araña paralizada, muerta en apariencia, bien que en realidad efectuando un sutil escorzo de defensa, optan por aplastar un tercio de su cuerpo con objeto de comprobar si en verdad aquella muerte era fidedigna. Una comprobación que nacía de una egoísta y brutal curiosidad, sin importar que tras esclarecerla el crimen era irreversible en aquel insecto mutilado, siguiendo el fúnebre silogismo: si está muerta y la aplasto, seguirá muerta, y si no está muerta, morirá por haber tratado de engañarme, por jugar con la muerte, por cobarde. Pobre Fred, pobre incomprendido; rechazado incluso por su propia mujer. Cuando mi diosa Eir había relatado aquella maquiavélica táctica jamás se me había pasado por la cabeza una escena semejante. Yo me figuraba exponiendo un alegato absolutorio preñado de efusiones sentimentales, como lloros, lamentos, autocríticas o incluso ligeros vahídos. Pero Fred no me dio oportunidad para exonerarme de la culpa porque él no me había culpado, más bien se había culpado a sí mismo. Y aquella inesperada reacción me derrumbó por completo, rebajándome a la categoría de niñata cruel asesina de insectos inofensivos.

-En la televisión he visto como los integrantes de las familias desayunan todos juntos, todos sonrientes, explicándose mil cosas. Siento no ser así, pero no soy capaz de entenderlo o de comprenderlo o de asimilarlo o de lo que sea o fuere. -Y yo soy una maldita ingenua que pretendía que las fantasías incrustadas en mi psique por las películas y las novelas se materializasen en un mundo mucho más complejo y atribulado que el *naïf* que publicitaban. Soy una maldita soñadora que pretendía vivir en un serial en blanco y negro. Lo siento, Fred.

Pero no articulaba ninguna de aquellas palabras, sólo lloraba, incapaz de detenerme. Y Fred proseguía, ajeno a la catástrofe emocional que acontecía en mi interior, relatándome todo aquello con la neutralidad de una computadora. No se estaba abriendo a mí, no intentaba recuperarme haciéndose el dolido, porque ni siquiera estaba dolido, en su cabeza todo tenía una lógica tan aplastante que no asumiría jamás cambiar ni por mí ni por nadie, y lo que trataba de decirme era que tampoco se veía capaz de emular a los hombres que a mí me parecían encantadores. A esos hombres de los que las mujeres nos quedamos prendadas a pesar de que en nuestro fuero interno sabemos que nos harán daño. O tal vez era que guardábamos la secreta esperanza de lograr cambiarles algún día. La diferencia con Fred, como él mismo había admitido, era que esos hombres se cubren con máscaras imperfectas, demasiado toscas para embaucarnos, y él prescindía de cualquier tipo de máscara.

Ambos tipos de hombre terminarían lastimándome, y ahora me doy cuenta de que si confié más en Fred, otorgándole el beneficio de la duda, por encima de personajes como Oli, fue porque aquella desfachatez, aquella pureza de niño pequeño que hace travesuras sin ocultarlas, sin atrincherarse en la hipocresía, sin remordimientos, sin participar de los sentimientos ajenos, me sedujo. Porque alguien que descubría sus cartas nada más empezar la partida, que desvelaba las trampas que pretende llevar a cabo contigo, no puede ser tan malo como otro jugador dispuesto a deslumbrante con burdas tretas de tahúr aficionado. Entonces ¿las mujeres no podíamos convivir con los hombres? ¿No existían más que los malos mentirosos y los malos sinceros? Dios... ¿quizá nos sentíamos mejor con los semblantes pérfidos que simulaban no serlo, que se ocultaban tras su indumentaria a la moda, sus *piercings*, sus músculos y su charlatanería arrebatadora porque así podíamos exhibirlos con más orgullo, levantando las envidias de nuestras competidoras más cercanas? ¿Por esa razón Oli continuaba teniendo éxito entre las enfermeras del hospital aunque todas sabíamos que era un cabrón? Por ello, siempre navegando a contracorriente en las cuestiones sentimentales, más preocupada del bienestar de mis pacientes que del mío propio, menos atareada en emperejilarme que en imaginar un entorno que me hiciese sentir más plena, el Infierno de Dante, el Purgatorio, mi diosa Eir, ¿me había enamorado de un hombre que siempre andaba desenmascarado por el mundo mostrando impudicamente su ánimo taciturno, su carencia de sentimientos, su pragmatismo frío y árido? Fred no difería mucho de uno de aquellos cerdos con barriga cervecera que dedican todo su tiempo libre a ver los partidos de fútbol en la televisión, comiendo palomitas y eructando, ya que han conseguido seducir a una mujer que está junto a él, con la que fornicaba de vez en cuando para desahogarse, y de ese modo ya no necesita mantenerse en forma para encandilar a ninguna otra. Pero Fred me había avisado subliminalmente de que él, en cierto sentido, también se iba a comportar de la misma manera. Me iba a volver loca, así que me impuse no reflexionar más sobre aquel asunto. Seguiría mirando a Fred con los ojos turbios por las lágrimas hasta que concluyera su soliloquio y luego me hundiría en el sueño, en busca de un lugar mejor donde vivir, un refugio arcádico como la habitación con sabor a peladillas de Eli.

-Yo no puedo reírme, no puedo llorar, no sé cómo hacerlo. A veces trato de ensayar frente al espejo, pero sólo consigo componer muecas horripilantes. En la tele todo el mundo llora con facilidad, e incluso con los ojos húmedos y la nariz roja continúan siendo bellos. Tú también, Ana. Estás llorando y tu rostro continúa

siendo el de siempre. Si yo intento llorar arruino todas mis facciones, creo que transmitiría más risa que pena o ambas cosas a la vez, no lo sé. O cuando tú y Oli no dejabais de reiros en el aparcamiento del hospital; si yo hubiese intentado reirme con vosotros os habríais asustado, hubieseis creído que estaba sufriendo un ataque al corazón o algo de esa índole. Siempre me ha parecido que la gente ríe demasiado, no sé, que no ejerce ningún tipo de discriminación ante un comentario jocoso, porque creo que así los demás te consideran persona de *carácter agradable*, característica muy importante para interactuar con los demás. El caso es que yo no puedo ser así. Nunca he sido así. La vida me parece demasiado grave y compleja para sonreír, incluso para estar serio. No puedo desperdiciar energía ordenando a mis músculos faciales continuamente: <<ahora serio, ahora ríete, que estás frente a tu amigo, serio otra vez que estás en un funeral, ríete, que han explicado un chiste>>. Así que decidí no ordenar nada a mis músculos, formando esta expresión neutra que me caracteriza. Y de la misma manera, también opté por no hablar. ¿Para qué? ¿Para decir lo obvio? Ahora mismo no dejo de hablar y lo que te estoy explicando ya lo debes de haber deducido tú sola, ¿te das cuenta de la inutilidad de estas palabras? Mejor lo dejamos y descansas. Mañana decide qué quieres hacer, sea cual fuere tu resolución.

No, Fred, a veces necesitamos que nos repitan lo que ya sabemos. A veces necesitamos que nos repitan por enésima vez que nos quieren aunque se nos demuestre día a día. Sin embargo, comencé a pensar que aquellas necesidades emocionales se sustentaban en un funesto absurdo.

Antes de marcharse me pareció que una lágrima anegaba su ojo izquierdo, pero fue una ilusión fugaz provocada por mi propio lagrimeo. Eso debió de ser, porque Fred regresó de nuevo en su silencio lúgubre, dejando a mi elección el tipo de vida quería vivir. Si era con él, pues bien. Si era con otro, pues también.

Me dormí enseguida, pero creo que mientras soñaba, aunque el sueño era alegre y risueño, continuaron resbalando mudas lágrimas por mis mejillas toda la noche.

8

Aquella mañana amanecí con gripe, mi tristeza había debilitado mis defensas naturales y los virus se habían colado de rondón en mi organismo. Fred llamó al hospital avisando de que estaba enferma. Por un lado me alivió no tener que enfrentarme a Oli y a mis compañeras de planta en aquellas circunstancias; me las imaginaba a todas mofándose de mí y a Julia dirigiendo el concierto de carcajadas, un jubiloso y burlón *scherzo* en el que María sería la única que no participaría, quizás ensimismada aún en el enigma hermenéutico de las manchas de humedad. Pero por el otro lado me compadecía de Fed, porque debido a mi postración estaba obligado a vivir de forma más apresurada, haciendo la comida, llevando a Eli al colegio, fregando los cacharros, recogiendo la casa; y ahora sabía más que nunca que le contrariaba sobremanera alterar el orden de sus hábitos, le exasperaba acelerar el ritmo de su vida convirtiéndola en una sucesión de episodios fugaces y agotadores.

Me tendió la medicación antes de marcharse. A pesar de que todo lo hacía con la metódica frialdad de siempre, mi desarmado estado de ánimo interpretó aquellos gestos como una muestra de amor incondicional. Tal fue la sensación, aún sabiendo que la invocaba el conjuro de la fiebre, que tuve que reprimir lágrimas de agradecimiento y de pena. De pena por mí misma, tal vez, como un hombre extraviado en el desierto se compadece de sí mismo al descubrir que sacia su sed en el oasis de un espejismo.

Me volví a dormir y al poco tiempo sonó el despertador como cada mañana. Lo apagué con un manotazo y por un instante a punto estuve de salir proyectada hacia el baño, antes sin embargo recordé que estaba enferma, que eran ya las nueve y media de la mañana y que la alarma de mi despertador estaba desconectada. Aquel estrépito se había producido en las profundidades de algún sueño, arrojándome sobresaltada hacia el mundo real. Me arropé de nuevo con las sábanas. Mis ojos, turbios por la abundante formación legañosa, se cerraron otra vez, protegiéndose de las inclemencias del exterior. Y allí, sobre el mullido colchón, sentí la caricia de las gasas, los esparadrapos, las vendas, el suero de curas, el betadine, la mercromina, los apósitos, las pomadas, el alcohol y el agua oxigenada, que si no conseguían sanar mis verdaderas heridas al menos mitigaban el dolor resultante. Tener la oportunidad de continuar durmiendo restó aspereza a aquel abrupto despertar en el que se agolpaban los acontecimientos lacerantes de la noche anterior

y el hormigueo de la fiebre. Mi cama, mi mejor enfermera, mis cuidados intensivos, mi sopa de pollo cocinada por mi madre cuando era pequeña y me encontraba mal. Y entonces sonó de nuevo el estrépito que me había arrancado del mundo onírico con unas tenazas herrumbrosas. Enseguida lo identifiqué con el timbre de la puerta: en realidad alguien insistía en llamar desde hacía algunos minutos y la fiebre no me había permitido ingresar en la vigilia con la facilidad acostumbrada, entremezclando elementos de los dos universos.

Me levanté recibiendo una protesta de mis músculos, me puse la bata y las zapatillas, y me dirigí a la puerta, temiéndome de antemano que al otro lado aguardaría algún vendedor de enciclopedias o de cacharros de arcanas utilidades o un correo certificado. Sin embargo, tras comprobar quien era por la mirilla, descubrí a Harald Sturluson, el nuevo vecino islandés. Vacilé antes de abrir, no me apetecía hablar con nadie, y menos con aquel hombre al que no conocía de nada. Pero frente a su terquedad con el timbre, resolví abrir la puerta y despacharlo con alguna disculpa. Me apetecía dormir, y aquellos timbrazos urgentes no me lo facilitarían demasiado.

Al encararme con el señor Sturluson éste se quedó petrificado y se demoró en reaccionar, así que me adelanté a él:

-Hola, señor Sturluson. ¿Ocurre algo?

-Eh... –titubeó. Parecía que su seguridad inicial se había desmoronado. Obviamente no era quien esperaba que fuese. –Vaya, Ana, pensé que estarías en el hospital.

-Como verá no estoy demasiado bien.

-Ya veo, ya veo.

Silencio.

-¿Desea alguna cosa? –le apremié con el ceño fruncido.

-No... bueno, no quería molestarte. Un poco de sal, sí. Sólo un poco de sal. – Compuse una mueca de extrañeza. ¿Sal a las nueve y media de la mañana? ¿No había supermercados abiertos ya a aquellas horas? Añadió: -Estoy terminando de hacerme el desayuno, ¿entiendes? Pero no quiero causarte ninguna molestia.

Le dije que no había problema, que esperase unos segundos, y fui en busca de un salero con la sospecha de que el señor Sturluson no estaba siendo sincero conmigo. Es más, llegué a la conclusión de que en realidad esperaba que hubiera sido mi marido el que le hubiese abierto la puerta. Él solía marcharse sobre aquella hora, aún debería estar cerca de casa. Pero el señor Sturluson no había previsto que quizá

llegaba tarde y que el coche de Fred lo metemos en el garaje, con lo cual es imposible certificar si se encuentra en casa o no. Le tendí el salero.

-Aquí tiene, señor Sturluson.

-Harald. Llámame Harald –me corrigió esbozando una sonrisa forzada.

-Harald... ¿Algo más?

Se disculpó de nuevo y se marchó hacia su casa con paso muelle, como si se hallara enfrascado en profundas elucubraciones.

Por mucho que traté de dormirme de nuevo, la irrupción del señor Sturluson encrespó mi suspicacia. Entonces recordé que él siempre solía mirar a mi marido de un modo inquietante, como si tratara de descifrar algún sentido oculto en él. Mi imaginación se puso a funcionar concibiendo mil situaciones distintas, que alentadas por mi estado febril, derivaban en lisérgicas especulaciones que fueron avivando mi espíritu de aventura. Fred. El señor Sturluson. Fred. El señor Sturluson. Los dos son irlandeses. El señor Sturluson es un hombre misterioso. Y Fred también, a su modo. ¿Existía alguna relación entre ellos?

En vez de descansar, así consumí toda la mañana, entre hipótesis cada vez más descabelladas, como si fuese una escritora en ciernes provocando una tormenta de ideas para su próxima novela.

Cuando Fred regresó del trabajo y comimos, todo se desarrolló con la parsimonia y el sosiego acostumbrado, él no parecía dolido, ni siquiera parecía recordar el monólogo que había desembuchado la noche anterior. Sin embargo, yo le observaba de otra forma. Le escudriñaba con el recelo de una suerte de Sherlock Holmes. Sí, Sherlock Holmes. Aquella tarde jugaría a los detectives. En mi fuero interno se reflejaba la tenue sospecha de que en realidad indagaba en busca de algún indicio que eximiera de culpa a Fred, que le revelase como, no sé, un agente secreto que debía llevar una doble vida. Entonces todo encajaría en un instante, todo sería comprendido, perdonado. Yo, tal vez, podría continuar a su lado. <<Sí, he descubierto que tú y el señor Sturluson sois agentes de incógnito del gobierno islandés, así que ahora que conozco el secreto, puedes ser más natural conmigo, podemos empezar a ser la feliz pareja que nunca hemos sido; incluso te puedo ayudar en tu trabajo. Ahora que te has sincerado conmigo, yo me sinceraré contigo: nunca tuve un idilio ni con Oli ni con nadie. Porque te quiero demasiado para hacer algo así, porque tanto te quiero que me inventé aquella horrible historia para recuperarte, aunque los riesgos fueran tan abismales. A lo mejor podría dejar mi trabajo como enfermera, olvidarme de Oli, de mis compañeras, de los rumores, de

las miradas, y convertirme también en un agente secreto, ¿qué te parece? Llevaremos a cabo peligrosas misiones los dos juntos. Y entrenaremos a Eli para que cuando sea mayor también se una a nuestras peripecias. Seremos la primera familia que trabaja para el gobierno islandés.>>

Mi cabeza febril deambulaba por disparatadas regiones del pensamiento, descontrolada. Así que, después de que Fred se marchara de nuevo dejándome sola en casa, tomé una ducha, me refresqué las ideas y, tras cambiarme de pijama, me arrogué la personalidad del insigne y perspicaz detective Sherlock Holmes. No formularía más hipótesis sin apenas fundamento, me limitaría a los indicios o a las pistas que hallase aquella tarde.

Primero me apropié de los prismáticos que guardábamos en el trastero y, mientras mordisqueaba un sandwich de jamón y queso para merendar, me aposté en la ventana que daba a la casa del señor Sturluson. Examiné todas sus ventanas, la planta de arriba, el ventanuco de la buhardilla. En el interior de la casa no parecía haber ningún movimiento, ni siquiera luz. Por último enfoqué el jardín. A pesar de que siempre solíamos encontrarle trajinando con él y nos saludaba desde el otro lado de la valla con el rostro contraído por el esfuerzo, el jardín parecía muy descuidado. Elemental, querido Watson, *simulaba* podar sus rosas o cortar el césped siempre que nos oía llegar o salir de casa para tener la oportunidad de observar a mi marido. No había otra alternativa. Después de todo, iba a poder convertirme en agente secreto; mi marido se me revelaría como un audaz hombre de acción que, por cuestiones de seguridad, se transformaba en un personaje apagado y sobrio, como un camaleón que adoptase el tempo plácido de una vida familiar. <<Por eso te despidieron de aquel colegio, ¿verdad? Sobreactuaste, tenías tanto miedo de que te descubrieran que te excediste>>.

Agotado aquel campo de acción, opté por investigar en el despacho de Fred. Allí seguro que podría encontrar más pistas. Pero antes debía excitar mi capacidad de percepción. Me preparé un café bien cargado al que añadí tres terrones de azúcar. Aquel brebaje legal y aparentemente inocuo conseguía siempre acelerar la velocidad de conexión entre mis neuronas, sumiéndome así en una suerte de hiperlucidez que desembocaba en una verborrea desatada, una creatividad sin límites, un estado de perpetua alerta y un mayor grado de atención. Sí, empleaba el café a modo de droga psicoactiva en muchas ocasiones para aligerar las mañanas en el hospital, por ejemplo, pero aquella se me presentó como la oportunidad más

propicia para aprovecharme de los efectos de la cafeína. ¿Holmes no era un cocainómano?

Cuando franqueé la puerta de su despacho ya comenzaba a notar los efectos psicoactivos, una efervescencia de mi pensamiento, un hormiguelo de perspicacia que agudizaba mis sentidos a fin de acometer con vigor aquellas pesquisas. No dudo que en este proceso influía decisivamente la autosugestión, que de ninguna manera un café con mucho azúcar podía provocar todos aquellos prodigios, pero lo importante era que se sucedía un cambio beneficioso, que la niebla de la fiebre parecía retirarse un poco para dejar paso al sagaz escrutinio de una mente en tensión.

El ambiente de paz y quietud de su despacho otorgaba a aquella estancia una atmósfera de recogimiento monacal, inspirándome una calma que trató de adormecerme. No lo permití y me desplazé por la estancia con rápidos movimientos felinos. Las paredes estaban forradas de libros y manuales técnicos y una pesada mesa de roble dominaba el espacio central. Todo tenía un aspecto impoluto, en aquel lugar parecía estar vedado el tiempo y todo se conservaba como si fuera nuevo; hasta las cosas parecían emanar aquel olor tan característico de los objetos recién estrenados, aún vírgenes de las influencias aromáticas de tu hogar y de ti mismo. Todo desprendía una sensación de orden y monotonía que no excitaba mi atención, así que decidí rodear la mesa y sentarme en su silla con ruedas. Encendí el flexo. Sobre la mesa habían amontonadas algunas revistas de viajes y cuadernos sobre Islandia, amén de su libreta de cuentas de portada azul marino. Fred gustaba mucho de leer acerca de aquel país formado por hielo y fuego, la isla más septentrional del mundo, que se sume en un largo invierno durante nueve meses al año. Vi fotografías de su ciudad, Höfn, y demás instantáneas de la vida de los islandeses, aquellos descendientes de los vikingos, y de idílicos paisajes de cataratas, volcanes, géiseres y glaciares en los que se contemplaban fenómenos meteorológicos de todo tipo, los cuales cambian inesperadamente de un estado a otro. Como reza un dicho islandés, <<Si no te gusta el tiempo que hace, espera un poco y cambiará mientras te bebas una cerveza>>. Fred adoraba contemplar aquellas páginas, quizás era su modo de regresar a su tierra. Yo también me quedé hechizada por los paisajes lunares, los tonos anaranjados y rojos de las pequeñas flores, el gris y blanco de las cenizas volcánicas, la lava amontonada en múltiples formas y cubierta por un musgo verde grisáceo. El resto del escritorio imitaba uno de aquellos áridos paisajes nórdicos de sus revistas con algún montículo allá y

alguna casa aquí. El montículo lo representaba un gran vaso octogonal del que surgían cual espinas erizadas diversos tipos de bolígrafos, rotuladores, marcadores y lápices del número dos con punta de goma. Por cierto, la goma permanecía completa y conservaba su color blanco original; algo que yo nunca he conseguido con mis lápices. De cada lado del vaso colgaba de sus respectivos ganchos un portacelos, un porta post-it, un calendario, un portaclips magnético, una grapadora, un sacagrapas, pegamento líquido y una lupa. La casa la representaba una estructura de bandejas apilables, donde clasificaba documentos y recibos. En un extremo de la mesa también descansaba un ordenador cuyo teclado, brillante, higienizado a menudo, surgía de un tablero que se deslizaba bajo la mesa. La pantalla se encontraba apagada pero el ordenador reverberaba, seguramente trabajando en alguna tarea que Fred le había dejado pendiente antes de marcharse. Me incliné hacia la pantalla con la gravedad de un estudiante que cree haber encontrado la clave para despejar una incógnita. Mi imagen se reflejó en la superficie de densa negritud y advertí que en mi rostro se formaba un mohín de ansia, de afán desmedido de información. Alentada por el esbozo de una premonición pulsé el botón de encendido y la pantalla cobró vida lentamente. Se mostró un programa de su empresa que calculaba arcanos parámetros y abajo, bingo, una página web minimizada. Se leía *Google*, uno de tantos buscadores de páginas web por palabras clave. No me hubiese importado descubrir que exploraba páginas de sexo para desahogarse, incluso me habría llamado la atención, porque nunca solía ser demasiado fogoso en la cama y aquella señal de perversión podría incluirse en nuestros escasos juegos eróticos. Por otra parte, también habría sentido una punzada en mi autoestima, porque tal vez ya sólo conseguía excitarse con mujeres virtuales y mis kilos de más habían dejado de seducirle. Temía maximizar aquel buscador, un temor que se hizo físico traduciéndose en un leve cosquilleo en mi estómago. Mi dedo índice vaciló, cuestionándome hasta que punto estaba vulnerando la intimidad de mi marido. Pero cuando resolví apretar el botón del ratón y el buscador se maximizó no sentí que le estaba traicionando, más bien que clarificaba un misterio a fin de reconciliarme con él. Escrito en aquel buscador se señalaba la palabra: *círculo* ¿Círculo? Qué interés podría tener un círculo. ¿En qué andaba metido Fred? El buscador mostraba que había estado recorriendo al menos doscientas webs donde aparecía la palabra *círculo*. Se había detenido en aquella sección que englobaba desde la página 210 hasta la 220. Un círculo de filatélicos, una noticia de un periódico donde se mencionaba la palabra círculo, una asociación

de lectores, un grupo de desarrollo personal, un artículo sobre el misterioso Círculo de Miami, un círculo de amigos, un canal solidario, una reseña cinematográfica, un análisis económico y un tutorial sobre dibujo técnico. Nada concluyente, demasiadas pistas dispersas. Volví a apagar la pantalla y me dediqué a registrar los cajones del escritorio, ya que la papelera, la guarida por antonomasia de indicios y huellas, estaba vacía. Todo parecía normal, salvo uno de los cajones dedicado a informes de su empresa. Los desplegué sobre la mesa y entre ellos hallé hojas escritas a mano por él mismo, bosquejos que luego pasaría a limpio al ordenador para imprimirlos. Tampoco encontré nada significativo, sólo eran cuestiones técnicas de su trabajo, apuntes y restos de un curso de reciclaje al que asistió durante tres meses el pasado verano. Sus notas eran impolutas y su letra semejava la de molde de una máquina de escribir. En la universidad yo siempre emborronaba mis apuntes, un caos que debía interpretar en cada evaluación, y los márgenes estaban atiborrados de monigotes, flores, casas, árboles, caricaturas del profesor o simplemente manchas y rayas sin sentido que semejaban tests de Rorschach. Sin embargo, Fred no ensuciaba ni una hoja con nada que no fuese imprescindible para ilustrar el tema. Entonces encontré otro tipo de folios, más blancos, más nuevos, que me ayudaron a encajar el primer rompecabezas. En ellos habían dibujados a compás innumerables círculos de todos los tamaños, incluso superponiéndose unos a otros como si de un palimpsesto geométrico se tratase. Después encontré más folios con otros círculos, esta vez dibujados a mano, con bolígrafos, con rotuladores, con marcadores, con lápices. Cientos y cientos de círculos que iban del tamaño de una moneda hasta los que abarcaban toda la superficie del papel. ¿Representaciones del círculo polar ártico de su país de hielo? ¿La serpiente de Midgaard, un monstruo prodigioso de la mitología nórdica que rodeaba el mundo en forma de círculo mordiéndose su propia cola? Pero lo más importante, y a la vez incomprensible, lo que terminó por convencerme de que algo muy serio estaba sucediendo con mi marido, fue que todo aquel puñado de círculos estaban incompletos, a todos les faltaba una pequeña sección para ser círculos de verdad, como los pendientes en forma de anillo cuyos extremos se unen atravesando el lóbulo de la oreja de Julia.

Por la noche cenamos sumidos en nuestro silencio cotidiano, algo que por primera vez agradecí, porque en mi mente ya había suficiente ruido, el chirriar de la

maquinaria de mi imaginación, que formulaba toda clase de hipótesis. Observaba a mi marido como si fuera un impostor, como si ya no fuera mi marido sino un hombre al que nunca había llegado a conocer. Pero era el momento de subsanar el error, iba profundizar en aquel desconocido que comía una ensalada ensimismado, o más bien abstraído en sus pensamientos, misteriosas elucubraciones sobre círculos incompletos. Tal vez perteneciese a una secta. Una secta apologeta de la contrición y la economía anímica, de la vida contemplativa, del ascetismo; quizás una secta a la cual también pertenecía el señor Sturluson. Tal vez ese hombre que se parecía a Sean Connery era el sumo sacerdote y mi marido uno de sus acólitos. ¿De cuántos integrantes constaría la organización? Me imaginaba sus reuniones en la oscuridad de un templo, un lugar frío y solitario, silencioso, en las que orarían sin articular palabra, convencidos de que la voz lo estropea todo, que las explicaciones tornan farragosas las ideas más bellas o las acciones más nobles, que la comunicación debía de ser perfecta o ser erradicada por imperfecta; ergo la humanidad arrastraba un defecto evolutivo que se debía reprimir, como si cegaran a un miope o a un daltónico, ensordecieran a alguien aquejado de acúfenos o de otitis o extirpasen la pituitaria a los que padeciesen algún tipo de perversión del olfato: una suerte de eugenesia voluntaria de los rasgos que dificultaban una existencia pura, que los elevaba a la perfección en la ausencia de aspiraciones de perfección.

Las pesquisas de Ana Holmes continuarían su curso el próximo día, a pesar de la fiebre no había guardado cama en todo el día: por la mañana perturbada por la visita reveladora del señor Sturluson y por la tarde descubriendo la obsesión por los círculos de mi marido, que bien podría ser el símbolo de aquella organización secreta. Círculos incompletos, imperfectos; como el que opta por no recurrir a su imperfección para no pecar de imperfecto, exhibiéndola pero no empleándola. Así que me acosté pronto, sobre las diez y media de la noche; antes que Fred, algo poco habitual. Al menos, pensé mientras me arrebujaba entre las sábanas, si todas aquellas especulaciones no fuesen más que producto de la fabulación de una escritora frustrada, dispondría de suficiente material literario para mi retiro espiritual como novelista. Y me dormí en pocos minutos, extenuada por aquella súbita transformación de anodina enfermera infeliz en su matrimonio a investigadora del misterio que rodeaba a los dos islandeses que habían emigrado a aquella apacible urbanización.

9

Sobre las doce de la noche me desperté de nuevo, la fiebre parecía haber remitido a pesar de los excesos de aquel día, pero un persistente malestar no me dejaba dormir pacíficamente. Sufría sueños agotadores y la vigilia no se presentó en mi ayuda hasta que un trueno de arcabuz producido por la tormenta que arreciaba afuera me rescató al fin. Me levanté de la cama y me dirigí al baño para beber un poco de agua, y allí, mientras sorbía del vaso, contemplando mi rostro demolido por la falta de descanso, me percaté con sombría certidumbre de que aquella noche sucedería algo decisivo para mi futuro. Fred no estaba en la cama: por primera vez en todos nuestros años de convivencia mi marido aún no se había acostado a pesar de las intempestivas horas. Me encaminé hacia la sala de estar y hallé el televisor encendido y la lámpara de sobremesa acariciando el ambiente con su tenue luz. Pero la butaca que le engullía cada noche mantenía las fauces abiertas, tan estupefacta como yo de que todavía no hubiese recibido su ración. Me asomé a la cocina, el fluorescente parpadeó y allí tampoco lo encontré. Después de recorrer toda la casa y de cerciorarme de que sólo la habitábamos Eli y yo, mi primera reacción fue la de lanzarme a la ventana que comunicaba con el jardín del señor Sturluson, en busca de alguna respuesta. Me creí demasiado ingenua al esperar encontrarles a ambos conspirando bajo la torrencial lluvia que se precipitaba en aquellos instantes, así que necesité parpadear dos veces antes de asimilar que así era: mi marido y el nuevo vecino se encontraban mirándose cara a cara, a escasos centímetros uno del otro, de pie, inmóviles sobre el césped del señor Sturluson, protegiéndose con sendos paraguas de aquella lluvia que se cernía implacable sobre ellos. Limpié de vaho un redondel en el cristal, como si me estuviese asomando por el ojo de buey de un barco. <<Dios mío>>, musité. Contemplaba al sumo sacerdote y a su acólito favorito bajo la mayor tormenta que presenciaba en años a través de un círculo rodeado de vaho, un círculo completo, consciente de su propia cohesión, porque se ha ensamblado sobre sí mismo, encontrando la clave que necesitaba para llegar a la perfección. Todo comenzó a encajar, mis dislates febriles se me revelaban no sólo como plausibles, sino como altamente probables. ¿Qué razón existiría para que Fred, el hombre inmutable, el hombre de hielo, hubiese salido al jardín en pleno concierto de truenos y relámpagos para reunirse con un vecino del que apenas sabíamos nada? Tal vez no perteneciesen a ninguna secta, pero al menos era obvio que algo confidencial y misterioso se traían entre manos. Las respuestas a mis

preguntas, el bálsamo que mitigaría mi sin vivir. Por fin al alcance de... lancé un juramento cuando tomé conciencia de que ambos se alejaban calle abajo. Corrí hacia el dormitorio, me enfundé unos vaqueros y las botas de agua, me cubrí la parte superior del pijama en un chubasquero y, sin más preámbulos, salí al exterior. Con el paraguas a modo de escudo crucé el jardín por el camino de adoquines, sorteando algunos charcos de agua, y ya en la calle me cercioré de la dirección que habían tomado. Cruzaban campo a traviesa los jardines de los García para encarrilar otra calle que les conduciría a la carretera.

En un acto reflejo resolví ir a por mi coche, la lluvia comenzaba a provocarme tiritera y debería correr mucho para alcanzarles; sin mencionar que podían verme en cualquier momento. De ese modo, guarecida en el coche, sería capaz de seguirles a una distancia prudencial, con las luces apagadas y con el ronroneo del motor sofocado por aquel estrepitoso repiquetear de la lluvia sobre el asfalto. Y así lo hice, en pocos segundos estuve a unos doscientos metros de ambos, vigilándoles como hacían los detectives privados, y rozando siempre mínimamente el acelerador para que el sigilo me amparase en todo momento.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, preso del temblor de la aventura; bien que subí la calefacción por si también estaban influyendo mis ropas empapadas. Enseguida, sin embargo, me vi obligada a aparcar, porque Fred y el señor Sturluson ya se habían internado en el laberinto de calles que conformaban la periferia de Igualada. En aquellas circunstancias, la persecución se hacía impracticable debido a una mayor dificultad para desdibujarme en la distancia y un posible apremio de los demás vehículos, incapaces de adelantarme en aquella angostura vial. Me apeé del coche y me abroché el chubasquero hasta el cuello, embozando mi cara con una bufanda que hacía las veces de máscara, eliminando de este modo cualquier fisura por la que pudiera colarse el agua y el gélido viento que silbaba en una desigual batalla acústica contra el estrépito de la lluvia y la artillería pesada de los truenos. Completé el camuflaje cubriéndome la cabeza con la capucha del chubasquero y, de nuevo protegida por el paraguas, chapoteando en los charcos que se formaban por doquier, me encaminé siguiendo sus pasos, dejando siempre una buena distancia entre nosotros. Me hubiera gustado que mis compañeras del hospital, y hasta Oli, pudieran contemplarme en aquellos instantes desde la comodidad de las butacas de un cine y acompañándose de palomitas, en tensión por la intriga de la que estaba siendo partícipe. No obstante, estaba sola; y me sentía más sola que nunca persiguiendo a dos enigmáticos personajes que habían dejado de ser cercanos y

familiares para mí: se habían transfigurado en vampiros que salían en noches de tormenta en busca de sangre, en una especie a la cual yo no pertenecía y de la que posiblemente debería protegerme con ajo, estacas y una cruz.

Algo que me llamó la atención, además de que avanzaban con brío y decisión hacia un objetivo claro a pesar del intrincado itinerario, es que caminaban en fila india, y mi marido andaba el primero, encabezando la marcha en un signo de iniciativa impropio de él. Fred era el mascarón de proa, el señor Sturluson, el antiguo barco vikingo y yo, la estela en aquel océano de aguas embravecidas. Las calles estaban desiertas, salvo por algún pobre borracho que bizqueaba el paso sin separarse del resguardo que le procuraban los salientes de los balcones y las fachadas, pero poco a poco nos acercábamos a un punto en el que parecía reunirse toda la fauna nocturna de aquella ciudad. Fred se detuvo frente a un semáforo con el disco en rojo, el señor Sturluson unos pasos detrás de él y yo corrí a instalarme bajo la marquesina de una peluquería con objeto de disponer de doble paraguas a la par que me ocultaba de un posible reojo. Sin embargo, ambos se hallaban embelesados ante el camino que les aguardaba, con los ojos puestos en el futuro, hipnotizados por las sinuosidades de lo inmediatamente anterior. Parecían soldados desfilando con la cabeza bien alta, el primero con la vista perdida en el infinito y el segundo, clavada en el cogote del primero. El disco se puso en verde, reanudaron la marcha al unísono y yo me apresuré a seguirles el paso, cediendo un poco de terreno hasta que entraron en una plaza. Sólo entonces aceleré el paso hasta desembocar también en la plaza, justo en el momento en el que, sin decelerar, girando con brusquedad, se hundían en uno de tantos bares que se alineaban despiertos para los alcohólicos, los perdidos, los insomnes, los desarraigados, los noctámbulos o los deprimidos sin norte, dejando tras de sí como única prueba de su existencia sus sombras agigantadas en el suelo por la luz de las farolas. *El carajillo alegre*, se leía en su frontispicio.

Indecisa, caminé plaza arriba plaza abajo echando miradas furtivas al interior de aquel local. No parecía diferenciarse de los demás, incluso también guarecía de la tormenta a algunos parroquianos habituales, cada uno ocupando el sitio para el que fue designado desde hacía años: el anciano beodo con gorra de marinero estribado al final de la barra, el barbudo de semblante amenazador en una mesa, la joven prostituta toxicómana erguida junto a la puerta acristalada, en un ademán de perpetua huida, el camarero orondo y calvo secando los vasos con la mirada abducida por el resumen de un partido de fútbol en la televisión, y al final, en una

mesa extraviada de las demás, mi marido y el señor Suturluson, encarados, contemplándose y moviendo sus bocas; desgranando tal vez las claves de mis desvelos.

¿Cuánto tiempo estarían allí dentro? El aguacero parecía arreciar y el temblor de mi cuerpo resurgía con más intensidad. No sabía cuánto más podría prolongar aquella espera. Me sentía como un científico persiguiendo el gran misterio alrededor del cual gira su vida: la resolución estaba siempre al alcance de su mano, pero también ésta avanzaba a idéntico ritmo, como la zanahoria que se pone frente al burro, hasta que un golpe de suerte, una casualidad promovida por la tenacidad y la preparación, cual serendipia, propiciaba que el descubrimiento se dejase atrapar, o interpretar. De pronto, no siendo demasiado consciente de mi decisión, quizás impulsada por la vehemencia derivada de aquel pensamiento, entré en aquel bar de ínfima estofa.

Más de un mirada convergió en mí, todas procedentes de aquellos fantasmas (la lividez de sus rostros atestiguaba su condición sobrenatural) que moraban el bar, abismados en su pena, sin ánimos de asustar a los visitantes. Todo y así avancé impermeabilizada, segura de mí misma, quizá por la protección que me otorgaba mi chubasquero amarillo, o porque en mi realidad sólo existían Fred y el señor Sturluson.

-Ana... -dijo el señor Sturluson con un hilo de voz a la par que su semblante se petrificaba en una mueca de estupor. Fred giró el cuello para contemplarme también incrédulo.

-Bueno -comencé con voz clara y serena, tanto que hasta me sorprendió a mí misma-, creo que va siendo hora de que me expliquéis de qué va todo esto.

Tomé asiento junto a mi marido con la ropa calada por la lluvia, dejé el paraguas plegado a un lado, humedeciendo el serrín que recubría el piso, y me aparté unos traviosos mechones de pelo de la cara. Fred nos miraba alternativamente a mí y al señor Surluson, como buscando alguna respuesta. Yo parecía la más serena a pesar de todo, superando la flemática disposición natural de mi marido, cual severa madre al descubrir a sus díscolos hijos han cometido una travesura.

-¿Qué será? -nos interrumpió el camarero esbozando una inquietante sonrisa mellada; sólo esperaba no hallarme en el centro neurálgico de una secta surrealista, rodeada de secuaces prestos a arrancarme el corazón a la mínima oportunidad. Pedí un café con leche (en aquellas circunstancias necesitaba mucho café y mucho azúcar) tras cerciorarme de que ellos tomaban lo mismo.

-Bien –suspiré con un ligero temblor en la voz-, ¿quién de los dos va a explicarme primero por qué habéis venido hasta aquí bajo una lluvia de mil demonios a las... –consulté mi reloj de pulsera y corroboré la hora en el de pared del bar, no fuese que la maquinaria se hubiese detenido como mi corazón- una de la madrugada?

El señor Sturluson bajó la vista hacia la mesa y jugueteó con unas migas de pan de tiempos inmemoriales que por allí campeaban antes de responder con gravedad:

-Supongo que lo mejor para Fred es que trate de explicarte qué ocurre, él ya tiene suficientes quebraderos de cabeza para añadir el de una esposa indignada.

-¿Indignada? –le escupí. -¿Indignada? –repetí dirigiéndome a mi marido. –No sé si *indignada* define el estado de ánimo en el que me encuentro. Habría que incorporar asustada, desorientada... al borde del divorcio. Está pasando algo muy extraño, no soy tonta, así que tendrá que ser muy convincente o desapareceré por esa puerta para acudir a la policía, sí, a la policía, y denunciar vuestra secta. O llamaré a los periódicos y revelaré que soy agentes secretos. –En aquellos instantes era una histérica bajo los efectos de la fiebre y de la adrenalina de la persecución.

El señor Sturluson levantó las manos tratando de apaciguarme.

-Entiendo tu preocupación, y supongo que habrás imaginado muchas posibilidades. No es mi intención hacerle daño ni a tu marido ni a ti, sólo he venido a recoger algo que me pertenece. –Miró a Fred.- Y él vendrá conmigo sólo si lo desea.

-¿Qué? ¿Quién coño es usted? –dije fuera de control.

-Tranquilízate.

-No me diga que me tranquilice, señor Sturluson.

-Llámame Harald.

-Le llamaré como me dé la gana. Y ¿tú? –me dirigí a Fred, que mantenía el rostro imperturbable, observando la batalla dialéctica. -¿No piensas explicarme qué pasa?

-No puede –intervino el señor Sturluson-, tu marido, Ana, no es como tú ni como yo.

Entrecerré los ojos con repentina suspicacia.

-¿Qué quiere decir?

El camarero me sirvió el café con leche, pero no lo toqué, aguardando alguna explicación.

10

Neurobiología. Aquél era el término que lo explicaba todo. O casi todo. El señor Sturluson había tomado un palillero, que era un cubilete de plástico, y lo había situado en el centro de la mesa después de limpiarla de migas y restos de comida con una servilleta de papel. De él fue extrayendo diferentes mondadientes que dispuso frente a mí para esbozar un tosco cerebro, con sus partes más representativas; para ello incluso había partido o doblado algunos palillos, creando, ensamblados entre sí, las más diversas formas. En la parte superior del sistema límbico, me dijo señalándolo en aquella construcción minimalista, se halla el *septum*, una estructura neural que se relaciona con la capacidad para producir la sensación de placer. Diversos experimentos con monos han permitido descubrir cómo la estimulación eléctrica de esa zona mediante la colocación de microelectrodos produce placer orgásmico, de tal forma que si se permite a los monos que se autoestimulen mediante un pulsador, éstos pueden llegar a morir de hambre y de sed, pues nada les resulta más placentero que aquella sensación. Otras estructuras del sistema límbico que me mostró fueron la amígdala, que estaba relacionada con la agresividad y con la afectividad, el hipocampo, que era el sistema operativo de la memoria, o el giro cingular, que se relacionaba con la capacidad para el libre albedrío. Tras apremiarle que a dónde quería llegar impartíendome aquella clase de neurobiología, me reveló que Fred había nacido con el sistema límbico disminuido, casi desconectado del resto de su cerebro. Ströblem Genetics Reseach, con sede en Reykiavik, era la compañía que había creado semejante monstruo de la naturaleza.

-Numerosos genetistas, ingenieros informáticos, educadores, sociólogos, expertos en neurofisiología, matemáticos deudores de McCarthy y Minsky... hombres de las más diversas disciplinas participaron en aquel experimento. Yo fui uno de los directores del proyecto, que me tomé como un desafío intelectual, al igual que lo hizo el padre de la inteligencia artificial, el maestro Turing, con su *Entscheidungsproblem*. Allí me sentía como rodeado por Fermi, Feynman, Lawrence, Oppenheimer y demás científicos que se encerraron a trabajar en el fabuloso Proyecto Manhattan o como si participase en el *Summer Reseach Project Artificial Intelligence* financiado por la Fundación Rockefeller en el que también participaron brillantes investigadores procedentes de las disciplinas más dispares. Te lo explicaré someramente, no quiero abrumarte con tecnicismos. Nuestro

propósito era modificar genéticamente a un feto para que éste se desarrollase con el sistema límbico, la fuente de nuestras emociones, parcialmente mermado. Teníamos a cuatro sujetos, pero los resultados no fueron los esperados y la investigación se suspendió. Esos cuatro niños fueron reinsertados en la sociedad, adoptados por familias que ignoraban la manipulación a la que habían sido sometidos. Fred era uno de ellos.

-¿Qué? –exclamé con un jadeo. Calibré el valor de aquellas palabras en el rostro de Fred, pero permanecía extasiado contemplando los mondadientes que formaban su cerebro con la misma devoción que María le profesaba a sus manchas de humedad. -¿Para qué? ¿Qué sentido tiene extirpar una parte del cerebro tan importante como ésa? –Entonces miré en derredor, buscando amparo en un auditorio más amplio, pero nadie prestaba atención a nuestra extravagante conversación; sólo recibí el estupor inerte de las comidas frías y caducadas que se alineaban en la barra, la ensaladilla rusa, los calamares a la romana, las gambas, el pulpo a la vinagreta, los huevos duros con mayonesa, el salpicón de marisco, las judías, el arroz tres delicias y el bacalao. Situaciones tan extravagantes como aquélla, en las que intervenían científicos extranjeros con oscuros propósitos, alteraciones genéticas o experimentos posiblemente ilegales con seres humanos se sucedían, si me atenía a las reglas novelescas, en laboratorios, en alguna mansión en las afueras, en un puerto a altas horas de la noche, en la base secreta de algún anciano megalómano, pero insólito y ridículo resultaba que aquellas revelaciones que descubrían las claves de alguna trama oculta culminasen en una tasca de beodos llamada *El carajillo alegre*.

-Te voy a contestar con otra pregunta, ¿qué sentido tuvo que en el pasado un mono engendrarse a un hijo disminuido que era capaz de adoptar una posición bípeda? Yo te lo diré: esa particularidad anatómica le permitió liberar las manos, porque ya no tenía necesidad de apoyarse en ellas para desplazarse. Ese ser de conformación vertical era un hombre primigenio, Ana; un hombre capaz de manipular los objetos; lo que posteriormente desembocaría en un acrecentamiento de los rasgos culturales y fisiológicos de los que nos beneficiamos en la actualidad.

>>El hombre siempre ha luchado por diferenciarse del animal, acallando sus instintos, embistiendo a la naturaleza, tratando de adormecer sus automatismos para llegar a convertirse en un hombre bueno, o en un no-animal en definitiva. Platónicos, estoicos, epicúreos o cínicos se cuestionaban qué hacer con las pasiones, si erradicarlas, modificarlas a nuestro antojo para fines concretos o

permitir que nos controlasen por completo. Fred es la respuesta de la ciencia a ese dilema. En nuestro espíritu se entremezcla la razón y el rito, la ciencia y la religión.

-El sistema límbico es esto –dije señalando una zona del cerebro construido con mondadientes, inmersa ya en aquella conversación que se regía por las leyes de la ebriedad de aquel bar-, y me ha dicho usted que es la parte fundamental para experimentar sentimientos.

-Exacto. La mente no puede lograr una victoria absoluta sobre el cuerpo, antiguamente incluso las pasiones tenían un carácter mitológico de fuerzas demoníacas. La gente creyó haberlas domado cuando lograron imponer normas y leyes, ciudades, comunicación, ética; pero se equivocaron. Constriñendo la libertad del animal latente que anida en el cuerpo del hombre sólo se consigue que éste se vuelva contra el hombre mismo, ya que no puede desahogarse hacia el exterior. Las experiencias infantiles, la educación y la cultura puedan mitigar las tendencias innatas más profundas, pero no eliminarlas. Así que debemos extirpar a ese animal, epítome de la sinrazón.

-¿Los sentimientos son la sinrazón? –le espeté, ofendida.

-Exacto. El hombre está sujeto a demasiadas pasiones para ser racional y justo; no resulta igual de frío, medido y objetivo con un extraño, con un familiar o con alguien que le ha perjudicado de algún modo. ¿Cómo se puede sobrevivir ante semejante barbarie? Nuestra equidad pende de un hilo, de cualquier circunstancia adversa. Es un absurdo que el prójimo corra mejor o peor suerte dependiendo de su condición ante nuestros ojos. ¿Dónde está la inteligencia en ello, la justicia? Nuestros deseos nacen díscolos, sin criterio, como hierbajos en un monte. Tú misma estás dominada ahora por mareas de pasiones encontradas, y no dejas de ponerte a la defensiva.

-¿Yo? Le aseguro que me estoy controlando muy bien. Debería estar barrenándome la sien con el dedo índice y estoy aquí escuchándole.

-Sí –me concedió con una sonrisa triste-, la verdad es que sí. Pero dudo que consiga reprimirlos cuando esta conversación finalice.

-¿Me voy a enfadar más?

-No te culpo, yo soy igual que tú. Sólo Fred nos supera a ambos.

Miré a mi marido, que continuaba con su beatífico semblante instalado en el rostro, como si simulase (tal y como él mismo decía) estar escuchándonos.

Recordé cómo los sentimientos me habían convertido en una gran enfermera, cómo los sentimientos provocaban que amase a Eli, que me levantase cada mañana con la ilusión de ser mejor persona, con la... oh, Dios. ¿Fred no tenía sentimientos?, advertí entonces como si la revelación se hubiera manifestado justo en ese instante. ¿Aquella era la razón de su estado de ánimo aletargado? Recordé también una visita al museo de antropología cuando era niña. Me encontraba en una rotonda del segundo piso, admirando una vitrina que mostraba restos de estatuillas priápicas de madera, máscaras ceremoniales y utensilios de comida procedentes de la Melanesia. Entonces me giré y advertí una forma antropomórfica en un gran viril. Me aproximé con cautela para comprobar que sólo era una representación en cera de cómo debía de un hombre prehistórico. Alcé la vista para leer el letrero que indicaba en qué zona del museo me hallaba y descubrí que era una demarcación donde se alineaban restos neanderthalienses. Así que aquel homínido tan parecido a mí físicamente era un hombre de Neanderthal. Sentí el mismo escalofrío que por aquel entonces me había recorrido la espina dorsal. Aquella criatura se había extinguido, a pesar de que era muy semejante a mí; y el señor Sturluson parecía insinuar que quizá nosotros también nos extinguiríamos para formar parte de una colección en la recóndita sala de un museo, superados por la frialdad y el pragmatismo de Fred. Era inquietante, pero ineludible. No era posible concebir una vida sin evolución, sin cambio de crecimiento o de mengua. Sin cambio no había movimiento, y sin movimiento no había vida; o el tiempo se había detenido. Pero suspender el sistema límbico de una persona no podía significar cambiar a mejor. ¿Dónde quedaban entonces los sentimientos? ¿Dónde quedaba la comprensión, el amor, el odio, el altruismo? Esos sentimientos irracionales pero tan intensos podían resultar grotescos para una mente fría y calculadora, pero constituían la esencia del ser humano. Gracias a esos altibajos se habían escrito poemas conmovedores o se habían esculpido figuras sugerentes; las historias de amor, la pasión, las pirámides, la excentricidad, la Gran Muralla, el sacrificio. Sí, quizás eran locuras desde el punto de vista de una mente racional. No obstante, qué aburrido sería el universo si no existiese la locura, si algunas personas no hubiesen infringido las normas para cumplir lo que el corazón les dictaba, para portarse mal, para cometer temeridades, para viajar a los confines del mundo.

-Entiendo que no puedas aceptarlo –continuó el señor Sturluson, como si hubiese leído mi pensamiento en la expresión de mis ojos-. Está en tu naturaleza no hacerlo, porque no te riges por la reflexión y el examen, porque te dejas llevar por

pensamientos espontáneos y fugaces, concediéndoles el mismo valor que a mis razonamientos profundos. Sé que para ti, como para la mayoría de gente, es más importante algo dicho con el corazón, alegando que si se dice sólo con el cerebro es algo frío, puede tener una doble intención o puede ser falso. Pero lo *dicho de corazón* responde a unos impulsos incontrolables, a las segregaciones de hormonas y a la irreflexión. ¿Cuál de las dos alternativas proporciona más garantías de ser verdadera o buena? Yo me fiaría más de los que sólo utilizan su cerebro. Porque la racionalidad te puede parecer brusca o insensible en algunos aspectos de la vida. Puede que un hombre que no se deje llevar por las emociones y obedezca a una mente pragmática no haga obras de caridad si sabe con certeza que ello no le va a reportar ninguna ventaja posterior. Eso te parecerá horrible, inhumano. Pero tu error radica en presuponer que ese acto es malo. Imagina que te demuestro que ese acto sería ideal para todos, ¿no nos estorbarían los sentimientos entonces?

>>Puede parecerse excesivo, pero los instintos que tanto defiendes como parte inseparable de las personas podrían compararse a un virus. Muchos virus no sólo matan sino que también pueden apoderarse de sus huéspedes y manipular su comportamiento para favorecer el contagio de otros huéspedes. Cuando el virus de la rabia inunda el torrente sanguíneo de una bestia, se dirige al sistema límbico de su cerebro para controlar sus impulsos agresivos. Su furia desatada provoca que la bestia ataque sin tregua a otros seres y el virus aprovecha las heridas producidas en la víctima para colarse en otros organismos. El virus ha estado manejando a la bestia como a un juguete, como los instintos y los aflujos de hormonas nos conducen a nosotros obedecer un comportamiento seleccionado para contribuir a la propagación de una secuencia genética determinada, mantener a la especie e innumerables objetivos que escapan a nuestro control.

Zarandeeé la cabeza, algo confusa.

-¿Me quiere decir para qué coño sirve todo eso si mi marido parece un *zombie*? – le reproché entonces, levantando mi mano derecha para detener aquel discurso preñado de puntos de vista iconoclastas. –Me está diciendo algo increíble, algo que no puedo creerme porque eso significaría que me he casado con... con un monstruo. Pero imaginemos que todo es cierto, imaginemos que me lo creo, de acuerdo, ¿qué utilidad tiene? No poseo tanta formación científica como usted, debe de tener razón acerca de todo eso sobre los sentimientos, pero ¿y qué? ¿Para qué querría vivir si no sintiese nada?

-Tienes razón, tienes razón –cabeceó con condescendencia. –Fred aún conserva algunos vestigios de sentimientos, porque si no fuera así, ya hubiese muerto, paralizado por completo. De este modo consigue, al menos, sobrevivir.

-¿Sobrevivir? ¡Parece que ya esté muerto! –ladré como desquitándome de los agravios sufridos durante aquellos cinco años de convivencia con mi marido. Temí haber sido demasiado cruel, pero él continuaba ensimismado en sus asuntos, o en la nada, seguramente, así que no experimenté ningún tipo de remordimientos por mi cruda consideración. Fue como insultar a una mesa o a cualquier otro objeto carente de sentimientos. El resto de parroquianos, sin embargo, se alertaron por mis voces, pero dejaron de prestarnos atención en cuanto bajé el tono de nuevo.

-Pero no está muerto, Ana; ésa es la diferencia. ¿Sabes lo que es el miedo? Seguramente lo estás sintiendo ahora. El miedo no es más que adrenalina. Cuanta más adrenalina corra por tu sangre más miedo sentirás. Incluso se puede hacer sentir artificialmente. Amor, miedo, odio, celos. Una simple visita al odontólogo, una inyección de adrenalina y ahí tienes el miedo. La timidez, la dominación de los mansos, la risa, la veneración de los héroes, la obediencia a quienes mandan, el llanto. El pensamiento tiene poco que ver con ninguna de estas situaciones. El agua son dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, pero para nosotros, que sentimos sed o calor, adquiere un nuevo significado. Para Fred, sin embargo, siempre será H₂O. ¿Comprendes?

Efectivamente, podría suceder que mis creencias acerca de la sensibilidad de las personas no fueran más que fanatismo gratuito, prejuicios retrógrados que no me permitían aceptar los lúcidos razonamientos del señor Sturluson. Porque podría tener razón. Podría ser que sobrevalorase el grado de participación del pensamiento consciente en la vida cotidiana, también podría ser que los sentimientos fuesen una rémora de nuestra antigua condición animal, que en realidad nos guiaban demasiado en nuestra vida. Podría ser. Advertí que mis mejores ideas habían surgido siempre de manera imprevista, cuando no era consciente de ello, mientras pensaba en otras cosas; o que en aquellos minutos, interviniendo en aquella conversación para orates o aficionados a la filosofía de bar, había saltado caprichosamente (o manipulada por ese maléfico avatar llamado sistema límbico) a la sorpresa, de la sorpresa a la incertidumbre, de la incertidumbre a la calma, de la calma a la furia, de la furia al arrepentimiento, del arrepentimiento de nuevo a la sorpresa y así sucesivamente. Hormonas. Sentimientos. Conductas programadas. Reflejos. Genética. Influencias. Sin embargo, toda la estructura argumental del señor Sturluson se venía abajo al

considerar una vida sin sentimientos, que sólo obedece a la razón, apenas lábil o influenciabile, porque una postura semejante nos transformaría en robots; sin aquellos órganos, tan maleables pero capaces de percibir lo interesante, nos volvíamos ciegos, sordos; inapetentes.

-Es un robot –añadí como colofón a aquella pirueta intelectual.

-Fred no está muerto –insistió el señor Sturluson-. Es prácticamente inmune a las emociones, en efecto, pero sin embargo no lo es a las órdenes.

-¿Órdenes? –Me temí lo peor. -¿Qué clase de órdenes?

-La mayoría de los avances científicos están ligados al mundo militar, Ana, eso lo sabes tan bien como yo. Fred terminó siendo un experimento financiado por el Pentágono, el Departamento de Defensa norteamericano y el célebre DARPA. Todos unidos para crear al soldado perfecto. ¿Te lo imaginas? Un hombre que no tiene interés por hacer nada, sólo acata órdenes con la frialdad y la diligencia de una máquina.

Di un respingo.

-¿Un soldado? ¿Ahora mi marido es un soldado? –Estallé en una risa nerviosa y Fred me contempló por primera vez con algún atisbo de interés. Sospecho que la fiebre y sus efectos sedantes influyeron para que encajara aquella nueva revelación sin ofrecer demasiada resistencia, enhebrando en la cordura las barbaridades del señor Sturluson. Me puse seria enseguida, tomando conciencia de las implicaciones que acarreaban aquellas palabras. -¿Y qué pretende usted? ¿Pretende que vuelva a ser operativo para alguna misión secreta? ¿O se ha vuelto loco y pretende invadir algún país?

El señor Sturluson negó con la cabeza, desconcertado ante mis disparatadas conjeturas.

-Entonces ¿qué? ¿Por qué se ha metido en nuestra vida? ¿Qué es lo que quiere?

Cerró los ojos y al volver abrirlos los fijó en mi marido como si se hallara bajo los efectos de alguna droga.

-Lo que yo quiero no tiene nada que ver con los intereses abyectos de los militares. Soy un científico, ¿recuerdas? Sólo busco la verdad y el conocimiento. Fred es una *tábula rasa*, un ser puro que no ha sido contaminado por los automatismos más básicos que nos mueven a todos a matar, a fornicar, a amar, a sufrir. La cabeza de Fred está limpia de cualquier tipo de perturbación. Se encuentra apagado, esperando que alguien lo encienda y le ordene alguna tarea que de sentido a su vida. El proyecto se canceló, a los éxitos iniciales habían seguido

amargas desilusiones, y yo me olvidé del asunto. Aunque durante unos años viví atemorizado, temía que los servicios secretos vigilaran mi casa y me siguieran, que me torturaran para asegurar mi silencio; que me hiciesen comer de la manzana envenenada de la que comió el maestro Turing. Me sentía acosado como si fuese James Bond, ¿te lo puedes creer? Pero dejé de parecerles una amenaza cuando se dieron cuenta de que me había convertido en un frustrado e inofensivo viejo al borde de la jubilación que pasaba el tiempo leyendo y cuidando de su jardín. Sin embargo, un día me llegó la noticia de que Fred estaba en España y entonces resurgió la ilusión inicial con la que acometí el proyecto de la supresión del sistema límbico. Internet, por ejemplo, fue creado por el Pentágono para fines bélicos y luego devino en la herramienta que ha abierto las puertas de la comunicación a nivel global. Ahora me he dado cuenta de que mi trabajo no fue en vano; de que Fred aún puede ser útil a la humanidad, que la depuración de las pulsiones que llevamos a cabo en sus facultades intelectivas también puede llegar a ser útiles para el mundo.

-¿Útil para el mundo? -¿Y por qué no era útil a su familia? ¿Por qué no era un buen padre con Eli y se preocupaba de sus problemas? ¿Por qué no era un buen marido? Bebí un sorbo de café tratando de dominarme, o como diría el señor Sturluson: *tratando de apelar a la razón sin dejarme llevar por irreflexivos impulsos*. -Puede ordenarle cosas, ¿entonces?

El señor Sturluson pronunció unas palabras en un idioma incomprensible y al final de la larga frase me pareció entender su nombre, Fred. ¿Hindi, yiddish, swahili, hebreo? ¿Klingon?, pensé por último sumida ya en el absurdo. Al terminar, en lo que parecía inglés, dijo algo así como que se levantase y se dirigiese a la calle. Entonces, por el rabillo del ojo, me pareció advertir una mínima sonrisa en mi marido, sus ojos parecieron adquirir una tonalidad más viva; hasta mi imaginación lo aderezo todo con el rumor de los servomotores activándose. Lo que pude constatar con inquebrantable convicción fue que Fred pareció desperezarse, abandonando su condición de agarrotado muñeco inerte, y se levantó con el mismo ímpetu que yo me apeaba de la cama cada mañana. Retiró la silla a un lado y, con paso lento pero inexorable, se dirigió a la puerta, abriéndola y franqueándola para salvar la calle. Y allí se quedó paralizado, esperando una nueva orden que diese sentido a su existencia.

-Ya lo has visto -intervino Fred rompiendo la magia entorno a aquel sencillo fenómeno, como si la luz hubiese retirado de súbito las sombras que parecían

confundirse con espectros en la habitación donde practicábamos espiritismo, revelándome que allí no había nada. –Se recurrió a un idioma en desuso, un detalle poético de uno de mis compañeros, para cifrar el mensaje que debía disponer la conexión voluntaria y momentánea con su sistema límbico: *completa el círculo*. Después se verbaliza la clave de acceso al sistema, tres, uno, cuatro, uno, seis y –en tono confidencial- cuatro números más. Y se termina con su nombre, Fred. Entonces ya está abierto el canal, cualquier orden o mandato será cumplido sin remisión; siempre que se formule en inglés, por supuesto. *Coge aquello, haz eso, dime qué piensas sobre el aborto o la pena de muerte*. Y acatará la orden o mandato con la misma ilusión y arrojo que cualquier hombre que se sienta realizado con su trabajo, con la particularidad de que él siempre será ecuánime, su comportamiento será sereno. El juez perfecto.

-El esclavo perfecto –añadí.

-Si no le introduces instrucciones permanece en estado latente, en hibernación. La esclavitud es su modo de vivir, como un ordenador; o como tú, esclava de sus pasiones. Pero no reincidamos en esa discusión baldía. Tu marido es el Golem, la estatua viviente, misteriosa, mágica, artificial; el monstruo de arcilla perfectamente moldeable por mis manos, y moldeándole le atribuyó forma, un sentido a su existencia amorfa, un propósito; y la obra resultante no nacerá del sometimiento sino de la gracia.

Parecía un filósofo perturbado, un Diógenes de la neurología y la computación. Y me había robado a mi marido. Al igual que yo le había capturado aquel día en el hospital, indicándole lo que debía sentir por mí, primero mediante un *Drum* y después con mis reprimendas, mi insistencia para que nos casáramos y el capricho que arrastraba desde la adolescencia de tener una hija, pensé con amargura.

Me faltaba el aire, necesitaba respirar a través de una mascarilla de oxígeno graduado para administrarme una concentración del cien por cien. <<Una mascarilla de Monagan, enfermera>>. Pero aquella voz formaba parte de mí, no existía un médico que cuidara de mi estado de salud, me encontraba completamente sola frente a aquel espectáculo de ilusionista. De alguna manera aquella explicación de ciencia ficción barata me pareció la más plausible para justificar lo que había visto. Rememoré un documental en la televisión sobre el efecto paulov. A un perro se suministraba comida sólo cuando se oía una campana. Después de algunos días, tan sólo con escuchar el tañido de la campana, aunque el alimento no apareciese, las glándulas salivares del perro segregaban saliva, relacionando de tal modo aquel

sonido con la comida que surtía el mismo efecto que la contemplación de la comida misma. ¿Habían llevado a cabo algún tipo de manipulación refleja en la cabeza de Fred para que se estableciese aquella suerte de tácita relación jerárquica entre ambos?

-Esto es una broma –musité aferrándome a los restos de escepticismo que habían sobrevivido al naufragio.

-Te puedo asegurar que no lo es, Ana.

-Entonces –vacilé, buscando cualquier otro objeto flotante-, ha introducido a mi marido en una secta y le han lavado el cerebro y ahora...

-No, Ana, Fred siempre fue así, cuando lo conociste, y al poco de nacer.

Me cubrí la boca con una mano, sobrecogida de repente, incapaz de decir nada más. Yo era una enfermera, estaba acostumbrada a tratar con seres humanos, con almas; estaba dispuesta a enfrentarme a cualquier dolencia, a escucharles, a entenderles, a experimentar empatía. Pero no sabía cómo debía relacionarme con alguien como Fred, con un híbrido entre hombre y robot; con una máquina fría y árida. Tal vez si fuera técnico informático como él, pensé con cinismo.

-Increíble, ¿verdad? –comentó el señor Sturluson, quizá también sin saber como continuar.

Los caprichosos sentimientos, las indomables reacciones: se abrió el canal del cinismo, que me distanció de la pesadumbre, luego también el de la tristeza, la desazón y por último se añadió a la mezcla unas gotas de complacencia que nos embarga al desvelar algún misterio (incluso compuse una sonrisa amarga), una combinación etérea de sensaciones imposibles de definir o de combinar en el mundo teórico, pero que milagrosamente se fundían en mi interior cuajando con espontánea armonía: -Sí, supongo que increíble es el adjetivo más apropiado; el más superficial, pero el más apropiado; las palabras no alcanzan para más.

El señor Sturluson terminó su café dejando fluir el tiempo, no pretendía continuar con aquel enfrentamiento acerca de las pasiones humanas. Su intención no era filosofar sino, invocando el pragmatismo del que Fred hacía gala, recuperar su creación originando el mínimo perjuicio y perturbación en los demás.

-¿Cómo me descubriste? –dijo al fin.

Le desgrané mis primeras sospechas perdiéndome en los detalles, como si de ese modo hiciéramos una tregua hasta acometer una resolución que ambos temíamos. El señor Sturluson aclaró que aquellos dibujos de círculos incompletos que había encontrado en el escritorio de Fred eran una mera proyección gráfica de su

frustración, de su necesidad de hallar un sentido a su vida, una clave que cerrase aquellos círculos; por ello también buscaba sin descanso alguna explicación en Internet. <<Supongo que esa forma geométrica representa la perfección para una mente analítica como la de Fred. Y sin directrices que seguir, se siente inútil, sin ambición, como si no cumplierse los sueños que tenía de niño, condenado a vivir sin más; sin contar, por supuesto, que la frase *completa el círculo* es uno de los pasos requeridos para desperezarle>>, me explicó el señor Sturluson. <<Completar el círculo es una bonita metáfora de un circuito que se cierra, por el que fluye la electricidad, de una máquina que cobra vida y se dispone a funcionar>>. Imaginé que la sensación que experimentaría Fred debía de ser como si un ábaco, un carrillón, un reloj de agua o cualquier otra máquina rococó se transformase por el poder de un hechizo en un avanzado ordenador ajedrecista tipo *Deep Blue*, o en uno de aquellos androides tan simpáticos de *La guerra de las galaxias*, el alto y remilgado que se hacía llamar C3PO. Sería una sensación semejante a la de divisar la costa tras varios días de naufragio en un océano de posibilidades e incertezas. El señor Sturluson, entonces, me narró con sinceridad sus dificultades para seguir la pista de Fred, viajando por varias ciudades de Islandia hasta que dio con los padres que lo adoptaron al cancelarse la investigación sobre la supresión del sistema límbico. Cómo viajó hasta España y encontró por casualidad una casa junto a la nuestra para estudiarle de cerca. Me confesó que hasta aquella noche no las tenía todas consigo, temía que Fred, al haber interactuado durante tanto tiempo con las personas, hubiese restablecido conexiones neurales con su sistema emocional, y que ya no respondiera a la programación ni resultara útil para sus fines. Pero aquella noche descubrió con ilusiones renovadas que Fred tan sólo simulaba poder vivir con los demás, pero continuaba perdido, esperando que alguien lo activase. Aquella noche, después del traspies cometido por la mañana al encontrarse conmigo en casa y no con él, volvió a llamar al timbre, Fred salió a recibirle y comenzó a reaccionar favorablemente a sus instrucciones. Aquel pequeño viaje a pie bajo el aguacero no era más que otra orden para comprobar su operatividad. <<Dirígete hasta la calle tal, gira en la carretera comarcal, entra en la ciudad...>> Y allí había recalado, en aquel bar, el objetivo último que demostraría que Fred continuaba siendo una máquina perfecta que nos iluminaría a todos.

Dios mío, ¿con quién me había casado? ¿Tan desesperada y ciega había estado? Ese hombre apagado y gris... ¿cómo había sobrevivido hasta ahora? ¿Cómo había estudiado, trabajado, hablado con los demás? ¿De dónde había obtenido las fuerzas?

¿Reductos de una voluntad primigenia? ¿Corrientes de las emociones ajenas que lo arrastraban como a una hoja huérfana por un río caudaloso?

En realidad, el señor Sturluson no pretendía secuestrarle ni nada parecido. Le iba a hacer feliz, al igual que lo es un horno calentando o el aire acondicionado refrigerando.

El señor Sturluson se me reveló como un pobre anciano, un buen hombre con planes loables y lícitos para ordenar un poco el caótico mundo en el que vivíamos. No pretendía utilizar a Fred, su relación con él sería simbiótica. En parte me recordó a la representación sobre la obra de Dante que hacía en mi hospital recurriendo a mi desafortunada imaginación: yo también trataba de arreglar el mundo. Yo recurría a los sentimientos para personalizar a mis pacientes y él, el raciocinio. Ambos podíamos respetar las herramientas del otro, pero las creíamos incompatibles. Tal vez, como ser sujeto a pasiones que era, también el señor Sturluson había fabulado con una realidad en la que encajar su misión: un anciano triste cuyos alentadores experimentos fracasaron estrepitosamente, sobreviviendo día a día con una pensión mínima, se creía un elegido por el destino para llevar a cabo una labor de obligado cumplimiento moral más elevada que el simple vivir, dejando así por fin una impronta más o menos duradera en el mundo. Tal vez, renegando de los intereses militares que al principio le ofrecieron los medios para alcanzar las estrellas y que luego le extirparon la ilusión de su vida sin escrúpulos, había echado mano de las misiones alegóricas de los seres de leyenda que poblaban la mitología escandinava para dar sentido a sus actos; como yo hacía en parte con mi diosa Eir. El señor Sturluson se erigía entonces como un héroe en busca de la verdad y del sentido de la vida, empleando como arma la razón y el juicio, un arma personificada en mi marido. Aquel héroe era un ser de dos cabezas, una de hielo y otra de fuego, una de fe y otra de razón empírica, una dualidad mente-pasión sólo concebida en el mundo de los sueños.

Advertí con arrepentimiento que yo había pretendido cambiar a Fred, a pesar de regirme con arreglo a sentimientos como la compasión o la empatía, calentando para ello su frialdad y adecuándola a mi temperatura. El señor Sturluson lo mantenía puro, tal y como fue concebido, sin intentar que traicionase lo que era, y así conseguía que fuera feliz, o alguna sensación equivalente dentro del mundo de la razón.

-¿Puedo hablar con él a solas? –le pregunté entonces.

-Por supuesto.

Me dirigí a la calle abrumada por el descubrimiento de la inconsistencia de mi matrimonio, de todo mi mundo; con la impotencia del agricultor que contempla su cosecha arruinada por una plaga de langostas. El aire fresco me azotó el rostro y me despojó del ambiente viciado de aquella tasca de ínfima estofa, distanciándome de la conversación con el señor Sturluson como si no hubiese participado realmente en ella. La prostituta, el anciano beodo, el camarero, aquel científico islandés... todos se encontraban a escasos metros de mí pero en un segundo parecían haberse extraviado en las brumas de la memoria.

A aquellas horas ya había escampado y como única prueba del paso devastador de la tormenta sobrevivían charcos y riachuelos entre los adoquines del suelo y los perfiles de las cosas habían adquirido mayor nitidez de la habitual. Contemplé a Fred, que se giró para mirarme. Bajo aquel manto de estrellas, con su cabello blanquecino, nevado por la gelidez que se cernía siempre sobre sus ideas. Traté de escudriñar sus ojos en busca de circuitos, engranajes, ruedas dentadas o levas, tratando de atisbar algo que estuviera más allá de las apariencias, algo invisible para los sentidos pero no para la intuición, pero su rostro continuaba siendo impenetrable.

Le sonreí, sin saber cómo dirigirme a él, y él continuó serio, esperando alguna interpelación por mi parte. Bajé la vista, ordenando las palabras, y cuando la volví a alzar las pronuncié con la seguridad de estar leyendo un guión:

-¿Cómo te encuentras?

Se demoró en responder, como si él también buscara en su memoria algún guión predefinido para situaciones como aquella. Sin embargo, mucho me temo que no existiese tal guión, los acontecimientos se me antojaban de veras insólitos y de buen seguro no habría precedente alguno.

-Bien –dijo al fin-. Supongo que el señor Sturluson ya te ha explicado que si cierro el círculo, me siento bien. –E ilustró la palabra formando un rosco al unir el índice y el pulgar. El gesto, satisfecho de sí mismo, emparentado con alguna entelequia como la cuadratura del círculo, me resultó cómico, semejaba el saludo de algún extraterrestre, como la particular disposición de los dedos que efectuaba el señor Spock en *Star Trek*. –Cumpliendo alguna labor doy sentido a mi vida, me siento pleno. Todo es un absurdo pero de esa manera me refugio en mi pequeña parcela de orden.

-¿Me quieres? –casi le interrumpí con las cejas arqueadas. Las palabras había surgido de forma inesperada de mi boca, sin apenas haberlas reflexionado. Creí

observar que me miró con cariño por un instante, pero debió de ser una ilusión provocada por mi desamparo. -¿Me quieres? –repetí con la voz amputada por un susurro. Traté de evocar sin conseguirlo la secuencia fonética que completaba el círculo en la mente de Fred para ordenarle que me dijera que me quería, que cómo no va a hacerlo, que es por ello que se casó conmigo, que deseaba envejecer junto a mí, ver como Eli se hacía mayor, que viviéramos en casa en paz, lejos de aquellos planes megalómanos del señor Sturluson; que él sí tenía sentimientos y que estaba loco por mí, que no lo podía controlar, que *algo*, quizás mi sonrisa, mis ojos, mi bondad, mi dulzura o mi inteligencia le había seducido de tal modo que su cuerpo no respondía a su cabeza, que había segregado aquella sustancia que nos aboca a amar a una persona más que a uno mismo. Pero yo no quería eso. Después de tantos *te quiero* impostados o protocolarios, necesitaba una respuesta genuina y sincera. Y por esa misma razón, derrumbé los hombros, porque ya conocía la respuesta. Ni el puntillismo de Seurat ni las abstracciones de Kandinsky ni el atonalismo de Schönberg ni el flujo de conciencia de Joyce ni ninguna otra corriente vanguardista generaba emociones en mi marido, porque en sus parámetros mentales no existía el concepto amor. Fred estaría capacitado más bien para interpretar la idea del no ser en la metafísica de Leibniz o los símbolos para indicar las pausas o los silencios en un pentagrama. Fred no me quería porque no sabía lo que era querer, al igual que yo, un ser humano, no podía inmiscuirme en su seráfico destino, porque tampoco estaba construida para comprenderlo. -¿Me quieres? –repetí de nuevo sin emplear la voz, sólo moví la boca formando las palabras por inercia. Y él se hundió un poco más en la espesura de su silencio tras decirme con voz hermética que lo sentía.

11

Cuenta la leyenda que, para defender territorio inglés de los invasores, a finales del siglo trece dos frailes franciscanos, Bungey y el científico y filósofo Roger Bacon, idearon una colosal muralla de latón que recorrería todas las fronteras. Para llevar a cabo semejante obra de ingeniería, los frailes proyectaron primero una cabeza mecánica que les instruyera al respecto. Tras siete años de concienzudo trabajo, la cabeza estaba lista, pero no hablaba. Invocando un espíritu para otorgarle el don de la palabra, este respondió: <<Esperad y estad preparados para cuando la cabeza hable>>. Los frailes permanecieron sentados frente al artefacto durante tres semanas, inmóviles, a la espera de que aquel cerebro manufacturado se activase. Sin embargo, la cabeza continuaba muda. Finalmente, resolvieron concederse una noche de sueño y encomendaron a un guardián la tarea de vigilar la cabeza, con órdenes expresas de despertarles en caso de que hablase. Apenas se durmieron, la cabeza de latón comenzó a hablar: <<Es el momento>>, anunció. No obstante, el guardián consideró la frase demasiado banal para molestar a los frailes extenuados. Después de media hora, la cabeza volvió a hablar: <<Era el momento>>, pronunció. Tampoco en aquel caso el guardián le prestó atención. Cuando transcurrió otra media hora, la cabeza articuló sus últimas palabras: <<El momento ya pasó>>, y acto seguido estalló en mil pedazos.

Cada mañana mi despertador también me hablaba, avisándome de que era el momento de brincar de la cama para sumergirme en la ducha. <<Las cosas *hablan*>>, me dijo mi diosa Eir tras narrarme aquella leyenda. Ella era la única persona a quien había confiado mi increíble historia aquella noche de tormenta, ya hace un año. Sorteé las interpelaciones de Julia, María, Berta y Oli como buenamente pude, esgrimiendo diferentes excusas, todas ellas ficticias; proporcionándoles carnaza para que continuasen hablando de mí entre ellos. Ya no me importa, creo que el próximo año me mudaré a vivir a otra ciudad y empezaré una nueva vida; mi casa conserva demasiados recuerdos lacerantes. <<Tómalo así>>, me aconsejó mi diosa Eir, que a pesar de su escepticismo inicial se tomó en serio aquel asunto, <<eres como el obispo de Grossatesta, el papa Silvestre II o San Alberto Magno, todos ellos constructores y dueños de autómatas. O Wagner, el criado de *Fausto* de Goethe, que confeccionó el *homunculus* gracias a su alquimia. Además, después de cuarenta años asistiendo partos y viendo vaginas de todos los tipos imaginables, te aseguro que preferiría, antes que el viscoso proceso natural,

que creáramos a nuestros vástagos como a uno de esos *homunculus*, siguiendo la receta de Paracelso: metiendo durante cuarenta días en un alambique el esperma de un hombre, y que se pudra hasta que comience a vivir y a moverse, lo que es fácil de constatar. Entonces aparecerá una forma similar a la de un ser humano pero transparente y sin substancia. Luego se alimenta a este ser con sangre humana y se le conserva durante cuarenta semanas en un calor igual al del vientre de un caballo. Se te puede antojar una técnica repugnante pero te garantizo que, parangonada con el proceloso mundo de las vaginas, es preferible.>>

Sí, entiendo que pueda parecer cruel considerar que Fred es simple objeto sin alma porque se comporta como tal, después de todo me esforzaba en humanizar a todos mis pacientes a diario. Pero necesitaba hacerlo o me volvería loca. Mi diosa Eir no andaba desencaminada en su consejo, como siempre ocurría (incluso, su táctica de simular una aventura con Oli, *a priori* errónea, en última instancia había resultado beneficiosa). Conseguí no echar de menos a Fred como marido, sino que lo hice como electrodoméstico. ¿Se puede querer a un electrodoméstico? ¿Se puede amar a un objeto opaco y sin sentimientos? Creo que sí, aunque el matiz diferencial es muy sutil. Aprendí a echar de menos a Fred como echaba de menos el diario que escribía de niña, a mi lápiz de la suerte extraviado en un viaje a Amsterdam o a mi osito de peluche con el que dormía cada noche. Ninguno de aquellos objetos de poderosa carga emocional había participado de mis sentimientos, no habían experimentando empatía cuando estaba triste o alegre, nuestro amor nunca fue recíproco, y sin embargo los recordaba con cariño infinito, los añoraba como si fueran una parte esencial de mí. Mi diario, mi lápiz de la suerte, mi osito de peluche. Fred era donde había escrito una parte de mi pasado, como mi diario. También hacía las veces de talismán, como mi lápiz de la suerte, porque junto a él todo pareció adquirir un nuevo sentido y se tornó más asequible y esperanzador; sensación que se intensificó cuando juntos hicimos que Eli naciese. Y también era mi osito de peluche para dormir, un cuerpo atemperado como las entrañas de un muñeco pero una presencia que me recordaba durante toda la noche que no me encontraba sola, que cuando regresara de mi viaje onírico él estaría cuidando de mí, y que podría abrazarme a su cuerpo si el viaje era accidentado. No resulta difícil desembarazarse de una nevera, de una lavadora, de monedas fuera de circulación, de recibos, de cremalleras, de botones o de hebillas, bien que objetos como un diario o Fred eran el *atrezzo* que proporcionaba consistencia a nuestro mundo. Empleando el frío racionalismo del señor Sturluson, sí, todos nuestros seres

queridos funcionaban como fetiches, talismanes o acompañantes a los que les insuflamos un espíritu como el de la cabeza de latón de los frailes franciscanos; y aquella posición, muy alejada de mi acostumbrada inclinación por los sentimientos para asistir a mis pacientes, me ayudó a seguir adelante.

Fred se había marchado con el señor Sturluson aquella misma noche. <<Es mejor así>>, me dijeron. Yo, paralizada por la vertiginosa velocidad de los acontecimientos, contemplando como estos se sucedían a mi alrededor sin involucrarme apenas, sólo asentí con la cabeza, asumiendo que nada podía hacer ya para alterar sus planes. Era como si se hubiese enamorado de otra, permutando, ironías del destino, nuestras situaciones: yo había pasado de ser la mujer del romance con el apuesto médico andaluz a la esposa afligida por el idilio de su marido.

Fred recogió algunas de sus posesiones, haciéndose una simple maleta. Besó a Eli mientras dormía, despidiéndose de ella quizá para siempre. Y, por último, en el jardín, a las cuatro de la madrugada, mientras el señor Sturluson aguardaba en una furgoneta negra con el motor ronroneando, se despidió de mí. <<Lo siento>> me dijo de nuevo en tono monocorde. Negué con la cabeza con una serenidad que aún hoy me asombra: <<Sé que no lo sientes. Prefiero que no me lo digas si no es verdad>>. Mi marido se marchaba de viaje con un vecino, nos abandonaba para cumplir una misión que no terminaba de comprender, y bajo aquel limpio manto tachonado por la titilante miriada de estrellas, frente al hombre que se me antojaba un robot, aún con el trasiego de revelaciones reverberando en mi cabeza, conservé la entereza, como si me hubiese estado preparando durante años para aquella despedida.

-Adiós, Fred. Llámanos algún día. Te echaré de menos.

Y partió sin intercambiar más palabras conmigo, como lo hubiese hecho mi diario, mi lápiz de la suerte o mi osito de peluche preferido; y por ello no me sentí dolida ni consideré una pérdida de tiempo el demostrarle por enésima vez que lo quería.

Los primeros días no reaccioné, continuaba mi vida cotidiana como siempre (a excepción de acudir al hospital, ya que aún estaba de baja). Mi marido era un desaparecido, como los millares que desaparecían cada año cuando bajaban a comprar tabaco y ya no regresaban jamás. Así se lo comuniqué a Eli, <<papá se ha marchado a su país de origen, a Islandia, a ese lugar de leyendas de dioses y monstruos fabulosos en el que conviven el fuego y el hielo, y tardará en volver.

Pero no te preocupes por él, estará bien>>. Dejaría para más adelante el explicarle que me había *divorciado* de él al fin. Y para algún día, el desvelarle quién era en realidad su padre; si no lo descubría por ella misma antes, ya que siempre me sorprendía su madura perspicacia. Lo mismo comuniqué a mis compañeras del hospital, <<nos lo imaginábamos>>, me dijeron una mañana mientras tomábamos un café, <<lo vuestro no parecía andar bien>>. Ni siquiera la víbora de Julia se atrevió a hurgar en la herida, ni tampoco a reincidir en mi relación con Oli, y continuó explayándose como siempre en los prodigios que llevaba a cabo su Juancho.

Al principio, incluso pensé en denunciar la desaparición de mi marido. Luego deseché la posibilidad por descabellada. La policía también fue una de las alternativas. ¿Qué les diría? ¿Mi marido es una cabeza de latón? ¿Está siendo manipulado mentalmente por un viejo científico que trabajó para el Pentágono? ¿Mi marido no me quiere porque carece de la parte del cerebro necesaria para ello? Al final conseguí que su ausencia no fuese más que un hecho tan ordinario e irreversible como el extravío de mi diario, mi lápiz de la suerte o mi osito de peluche.

Ahora mi vida transcurre apacible. Creo que si Fred no nos hubiese abandonado, tal vez nosotras lo hubiéramos hecho entonces. Sin embargo, todavía hoy rastreo los canales de televisión y de radio o las hojas de los periódicos en busca de cualquier noticia sobre el científico filósofo y su asesor factótum, el primer robot consciente de la historia. Cuando no viajaba al mundo de la fantasía *naïf* del dormitorio de Eli, ni libraba batallas contra el general Desgana y sus falanges de sarisas enhiestas, ni acompañaba cual Virgilio a los pacientes que ingresaban en el Purgatorio, ni me perdía en la sabiduría omnisciente (y a veces desconcertante) de mi diosa Eir, aún tenía tiempo para imaginarme qué estarían haciendo aquellos dos seres de leyenda.

Me los imaginaba pronunciando conferencias en universidades y asociaciones varias, emitiendo teorías tan innovadoras y controvertidas como irrefutables. Oscureciendo supersticiones e iluminando verdades, desenmascarando prestidigitadores y retirando el manto que cubre la sinrazón. Lidiando con las cuestiones morales más peliagudas, desarrollando tesis sociológicas que deslumbrarían al mundo y desestabilizarían sus creencias más hondas, abriendo con su iconoclasia los caminos que más tarde recorrerían los sabios. Me los imaginaba provocando que se entonaran himnos en su honor, que se enarbolaran consignas, que se hicieran ondear banderas, que se alzaran las manos, las aclamaciones y el griterío en congregaciones multitudinarias para que se cambiaran las leyes, las

normas sociales, las ideologías y demás asuntos anclados en el pasado; cambios todos en consonancia con las nuevas ideas difundidas por aquellos teóricos excéntricos. Me los imaginaba fundando, quizá, partidos políticos, sectas, concurridos portales de Internet que ilustraran su forma de ver el mundo. Aportando su ciencia a libros y a toda clase de publicaciones. Exponiendo sus afirmaciones a la disección de los intelectuales más ilustres. Me los imaginaba solventando discusiones, moderando pleitos y abordando cualquier tipo de trifulca avalados por su magisterio y su imparcialidad, salvando para ello las infranqueables lagunas de la incompreensión entre culturas, entre miriónimas verdades, entre ideas políticas, incluso entre individuos. Me los imaginaba esclareciendo las disputas conceptuales más densas y ambiguas, describiendo el mundo y el pensamiento mediante símbolos inequívocos, objetivos, universales, lógicos, cumpliendo por fin el sueño de Leibniz, como si de un Pascal contemporáneo y su *máquina aritmética* se tratase; <<calculémoslo>>, anunciarían frente a cualquier asunto. Sí, mi marido era uno de esos robots de cerebro positrónico que Asimov describía en sus novelas, un Robbie, un Speedy (SPD-13), un Cutie (QT-1), un Dve (DV-5), y al igual que ellos cumpliría las tres leyes de la robótica (No lesionarás a ningún ser humano o, por inacción, permitirás que un ser humano sea lesionado; obedecerás las órdenes de los humanos, excepto si éstas entran en conflicto con la primera ley; protegerás tu propia existencia siempre que no infrinjas la primera o la segunda ley). Me los imaginaba conciliando las culturas y las creencias en el vértice de lo esencial, alcanzando una idílica concordia, un crisol de ideológico sólo concebible por las utopías más optimistas. Me los imaginaba erradicando del mundo a los pecadores, evitando así más ingresos en el Purgatorio de envidiosos, orgullosos y demás porque aquellas eran pulsiones irracionales. Me los imaginaba viajando por todo el globo, y Fred siempre serio, nunca riéndose de una broma, sólo esbozando aquella mínima sonrisa de placidez cuando le ordenaban cumplir alguna tarea, jamás exigiendo unas vacaciones porque esté cansado o aburrido, acostándose y levantándose metódicamente a las mismas horas, comiendo con sus dedos semejantes a apéndices mecánicos, como si practicase mecanografía, hablando lo imprescindible, siempre correcto, reservadísimo, sucinto, *simulando* que miraba la televisión, tomaba un café o se hacía una foto de grupo para no resaltar como un bicho raro; *viviendo* en una perpetua existencia postiza. Me los imaginaba recibiendo el premio Nobel, el primer Nobel otorgado a un ordenador. Me los imaginaba como embajadores justos y ecuanímenes entre naciones, incluso entre

nuestro mundo y el resto del universo. Me los imaginaba resolviendo cuestiones como el aborto o la pena de muerte y no sólo los problemas clásicos de lógica como el de la torre de Hanoi o aquel tan célebre de la cabra, la coliflor y el lobo que deben atravesar un río pero en la barca sólo hay lugar para uno de ellos cada vez.

Me los imaginaba juntos, al creador y a su Golem con la palabra judía *emet* (verdad) inscrita en la frente, idéntico a la figura de arcilla que los cabalistas alemanes del siglo trece habían creado; y también imaginaba a Fred pronunciando su mismo discurso: <<Dios sólo creó a Adán. Y cuando quiso que Adán muriese, borró la *alef*, la primera letra de *emet*. Entonces no quedó más que *met*, muerte. Es lo que tenéis que hacer conmigo: no creéis otro hombre, o el mundo sucumbirá a la idolatría>>. Y al terminar de pronunciar aquellas palabras, Fred regresaría a mis brazos, con Eli, en casa, como antes, como debió ser siempre. Y entonces, como si yo fuera una suerte de Pigmalión sedicente que hubiera arrebatado el título al señor Sturluson, volvería a enamorarme de mi estatua, y ésta se transformaría en hombre. Pinocho dejaría de ser un niño de madera bajo los designios de aquel Pepito Grillo; y yo dejaría también de acudir a mi diosa Eir, porque mis problemas estarían resueltos.

Todo eso me imaginaba, aunque sólo eran especulaciones sustentadas en mi endémica tendencia a fabular. Lo que en verdad estuviesen haciendo lo ignoraba. Si acaso algún día cazaría jirones de información de su periplo aquí y allá, bien que por el momento no sabía nada ni de Fred ni del señor Sturluson. Tal vez trabajaban subrepticamente para eludir el acoso de los servicios secretos. Tal vez Fred se había averiado y tenía planeado regresar a casa, alentado por un deseo genuino independiente del poder para concertar voluntades de su creador. Tal vez.

Aquella tarde, al cruzar por su despacho, me detuve un instante en el vano de la puerta: todas sus pertenencias continuaban en su sitio desde el día que había partido; en el ambiente se respiraba el mismo silencio, la misma quietud. Pero una variación en la densidad del aire me recordaba que faltaba algo; una cosa o una persona, la diferencia, después de todo, tampoco me importaba demasiado.

Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.com/](http://www.revistakatharsis.com/)

Depósito Legal: MA-1071/06

© Copyright Katharsis 2006.